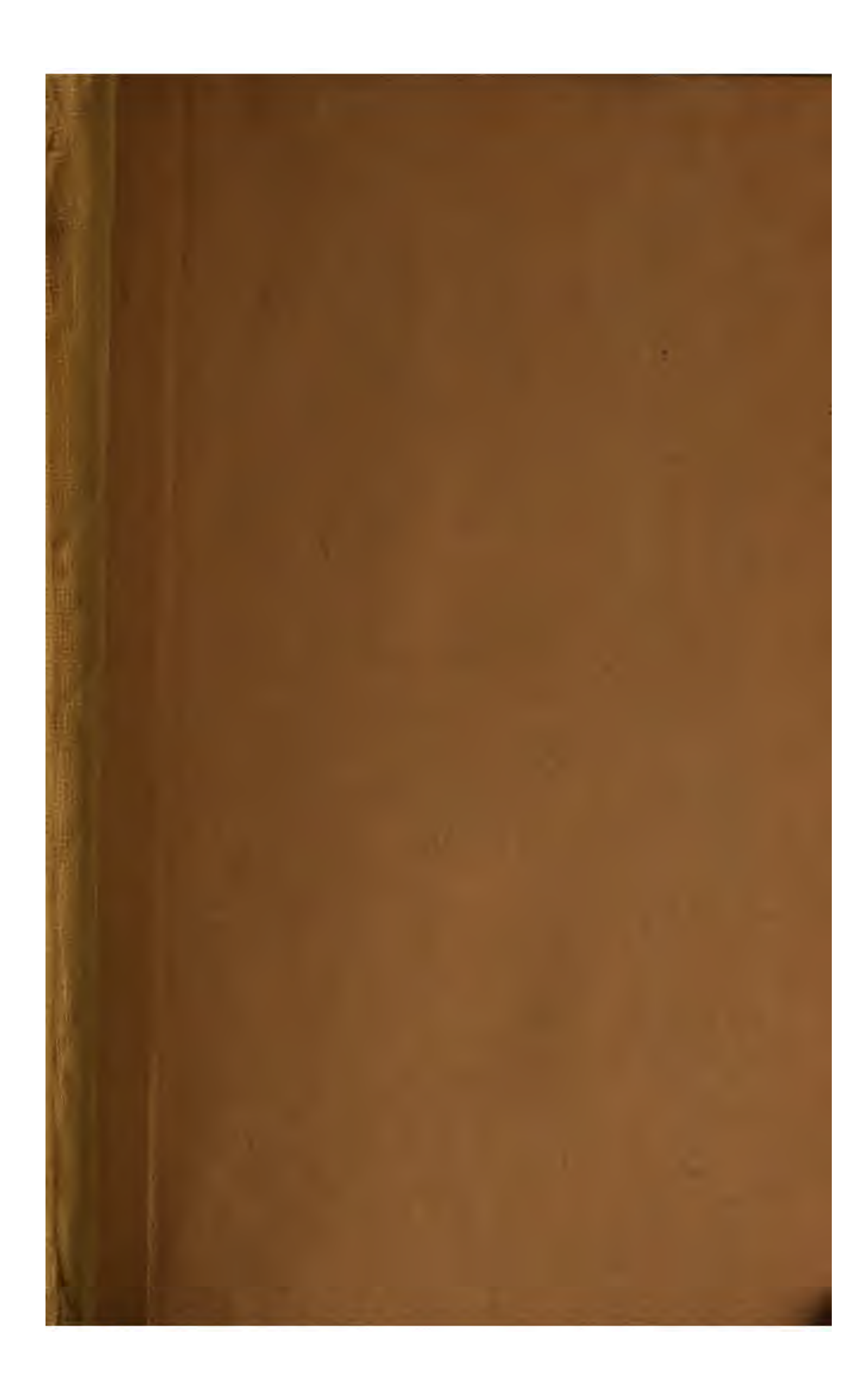

3 2044 102 833 704





COLECCIÓN HERRES

ENTRE LOS REBELDES

La verdad de la guerra

REVELACIONES

DE

UN PERIODISTA YANKÉE

George Bronson Rea

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS



MADRID
TIPOGRAFÍA HERRES, Á CARGO DE J. QUESADA,
Villanueva, 17, *Teléfono 982*
1898

La historia acusará en su día; quizá no le sea inútil para depurar los hechos este libro escrito por un hombre que ha permanecido más de un año entre los filibusteros cubanos.

Para todo español es siempre agradable ver reconocida la verdad; pero tiene que ser mayor su alegría al verla proclamada por un enemigo convencido y admirado de la energía española.

***



GEORGE BRONSON REA

La mayor parte de las guerras modernas pueden, en último extremo, ser imputadas á antipatías nacionales, creadas principalmente por las invectivas de los periódicos y por la gran parcialidad de los corresponsales de ellos.

Leekis-England in the Eightcenth Centuny.

AL PÚBLICO

En los momentos actuales en que la impudencia yankee llega al colmo; cuando este pueblo salta por cima del derecho y la equidad, amparándose de la calumnia descarada para justificar su proceder, es consolador para todo español el saber que en aquel país hay un hombre que se atreve á decir la verdad á sus compatriotas.

Avalora sus palabras la circunstancia de ser corresponsal de uno de los periódicos de mayor circulación en Norte América y, sobre todo, el hecho de haber estado en la campaña cubana al lado de Máximo Gómez, Maceo, Aguirre y otros cabecillas, confesando además que simpatiza con la causa de la insurrección.

Sincérasenos en este libro á los españoles, por testigo de mayor excepción, de casi todas las calumnias que contra nosotros se han forjado; patentízase la falsedad de laborantes y corresponsales, la mala fe de la prensa y los políticos yankees, censurando la falta de aplomo de éstos, y se ponen en claro los bárbaros procedimientos que la insurrección emplea.

Há pocos días que cayó este libro en mis manos, y el deseo de que sea conocido en España

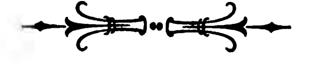
me impulsó á traducirlo precipitadamente para que pueda ser leído en estos momentos en que las proporciones á que ha llegado el conflicto con la *Gran República* le dan extraordinario interés.

Pero el libro es un tanto voluminoso á causa de que contiene muchas repeticiones, y porque, después de terminada la parte de interés general, dedica el autor nueve capítulos á sus aventuras personales.

Estos capítulos han sido totalmente suprimidos en esta traducción, y en los restantes se han eliminado algunos párrafos, aunque muy pocos, que no son sino repeticiones de lo que en otros lugares se dice, ó aclaraciones innecesarias. En suma, que se ha entresacado todo lo que tiene verdadero interés, traduciéndolo con fidelidad, procurando dar al estilo la mayor concisión para que no resulte largo, y trasladando literalmente, dentro de lo posible, al cambiar de idioma, los documentos numerosos y las abundantes citas que el libro contiene.

No cabe que esta traducción, hecha en seis días, resulte elegante; pero la urgencia no daba de sí mayor espacio, y basta para el objeto que sea fiel, de lo cual responde

EL TRADUCTOR.



Dedicatoria

—

A la prensa americana y á los diputados del Congreso, engañados sistemática y voluntariamente por ciudadanos espúreos y poco escrupulosos, ayudados por incompetentes y parciales corresponsales, dedico este libro. Según se verá en las siguientes páginas, estoy en condiciones de abordar el asunto, pues he conquistado la verdad exponiendo mi vida; y mi único objeto, al patentizar la falsedad de innumerables patrañas propaladas, es, además de jugar limpio, llamar la atención sobre lo ridícula que ante el mundo civilizado resulta la campaña emprendida por nuestra prensa y nuestro más alto Cuerpo Legislativo,

GEORGE BRONSON REA.

Brooklyn Octubre 15—1897.

Introducción

El 18 de Enero de 1896 salí de la Habana para unirme á la partida de Máximo Gómez como corresponsal del *New York Herald*. Permanecí con diversas partidas hasta fin de Septiembre que regresé á los Estados Unidos. Asistí en dicho tiempo á muchas escaramuzas, combates y ataques á pueblos.

He aquí los más importantes de estos hechos de armas:

Seborucal (M. Gómez) Enero 26; Santa Lucía (Gómez y Aldecoa) el 27; Peñalver (Gómez y Linares) el 31; La Luz (Gómez y Ruiz) Febrero 1; Quivicán (emboscada) el 2; Guara (excursión nocturna) Roque, el 10; San Antonio de las Vegas, el 15; Jaruco (saqueo é incendio) el 17; Moralito (Gómez y Maceo) el 18; Catalina de Güines (Maceo, Linares, Segura, Aldecoa) el 18; El Gato (Maceo y Hernández) el 19; Tinajita (Maceo) el 21; Güira, el 22; La Perla ó Guamacaro (Maceo y Prats) el 24; Ibarra (Maceo) el 26; Portela (Maceo) el 29; Santa Cruz (Maceo) Marzo 1; Minas (Maceo) el 2; Nazareno (Maceo y Aldecoa) el 3; Río Bayamo (Maceo y Aldecoa) el 3; Tapaste, el 4; Morales (Maceo y Melguizo) el 5; Madruga (Maceo) el 5; Acana, el 7; San Francisco (Maceo y Melguizo) el 7; Diana (Maceo y Vicuña) el 8; Río de Auras (Maceo y Molina) el 9; Nueva Paz (Maceo y Tort) el 12; Batabanó (incendio y sa-

queo por Maceo, Banderas y Tamayo) el 14; Waterloo, Toscana y Neptuno (Maceo y Hernández) el 16; Galope (Maceo é Inclán) el 17; Nueva Empresa (Maceo, Linares, Inclán) el 17; La Tumba (Maceo, Linares, Inclán) el 19; Cayajabos (Maceo y Francés) el 19; Rubí (Maceo, Delgado é Inclán) el 21; San Rafael (Maceo, Delgado é Inclán) el 23; La Palma, el 30; San Diego de los Baños, el 31; El Toro (Maceo) 1 de Abril; San Claudio (Maceo y Devós) el 11; Tapia (seis encuentros); Cacarajícara (Maceo é Inclán) 2 de Mayo; Morales, San Sebastián, Quiñones (Maceo y Altamira) el 5; El Gano (Maceo é Inclán) el 6; San Andrés (incendio) el 22; Consolación del Sur (Maceo, Gelabert y Molins) el 23; Descanso de Las Lajas (Maceo y Suárez Valdés) el 25; La Teresa, en Julio; La Gloria (Bacallao y Loño) Agosto 1; San Francisco (Aguirre y Ochoa) el 20; Cayajabos (Aguirre y Moncada); La Viuda (Aguirre y Albergoti).

Por la anterior lista puede verse que al menos había un general cubano que heroicamente procuraba el triunfo de su ideal, combatiendo por él. Como le he visto dirigiendo la lucha en las primeras filas, no puedo menos de sentir admiración por quien, á despecho del color de su tez, era tan superior á todos los *generales de ópera bufa* del ejército libertador de Cuba. Mis simpatías se sienten arrastradas hacia aquella falange que abandonada á su suerte en las lomas de Pinar del Río aguantaba lo mejor que podía las embestidas de millares de bien pertrechados soldados enviados á aniquilarla.

Sus compañeros del Este, Gómez, García, Rodríguez y otros, se ocupaban poco, al parecer, del éxito de la campaña del Oeste, pues nada se intentó en otros distritos que fuera suficiente á distraer la atención del enemigo y que sirviera de ayuda al bravo

mulato que con un puñado de hombres había llevado tan lejos la guerra, dejando á todos los demás *famosos* jefes descansando en los riscos de Oriente y en las sabanas del Camagüey, donde se ocupaban más que del enemigo en disensiones que los dividían. En cuanto á Maceo no se ocupaba sino de la campaña, y no sólo no rehusaba los combates, sino que cuando algunos días dejaban los españoles de hostigarle, procuraba recordarles que aún estaba vivo. Aun durante los dos meses que siguiendo el rastro de las columnas ocupaba su gente en recoger municiones que se caían de las bien provistas cartucheras de los soldados españoles, nunca huía desde el primer momento al tropezar con éstos, sino que los esperaba, procurando sacar el mejor partido posible de los pocos cartuchos de que disponía. No es, pues, extraño que en tanto él vivió fueran mis cartas (publicadas en el *New-York Herald*) favorables á la causa cubana.

Después de regresado á los Estados Unidos volví á ser comisionado para adquirir informes respecto al estado, en aquel entonces, de la guerra en Las Villas, donde operaba Máximo Gómez, y según los cubanos de La Florida preparaba una nueva invasión hacia Occidente.

No era fácil: más de veinticinco corresponsales esperaban en La Florida oportunidad de entrar en Cuba y unirse á Máximo Gómez, y el gobierno español procuraba que no lo consiguieran. Llegué al cuartel general de Gómez, en Arroyo Blanco, el 29 de Enero. Durante este viaje tuve poco tiempo de estudiar el estado de la guerra, pues sólo me preocupaba de alcanzar á Gómez y volver á la costa para enviar á Nueva York mis cartas de modo que llegaran antes que las de otros corresponsales. Esta es la razón por

la cual mis primeras correspondencias parecían todavía favorables á la causa cubana; pero cuando por mí mismo pude enterarme de los procedimientos y táctica empleadas por los insurrectos en aquel distrito, me convencí de la verdadera descomposición que allí imperaba; y cuando en lugar del ejército que esperaba encontrar á las órdenes de Gómez, ví 150 hombres, y cuando me convencí de que la gran marcha á Occidente no era sino una ficción, y que toda la estrategia del *célebre caudillo* consistía en jugar al escondite en las maniguas de la Reforma, sin querer jamás habérselas con el enemigo, consideré mi deber, no sólo con respecto al *Herald*, sino con mi país, decir lisa y llanamente la verdad. Me confirmaron en mi propósito los insultos que en mi presencia profirió Gómez contra mi país y mis paisanos, contra los diputados y senadores americanos, contra el presidente y el periódico que yo representaba, amenazándome con fusilarme, lo mismo que á otro cualquier corresponsal, si me atrevía á escribir la verdad de lo que en el campo insurrecto ocurría.

Al separarme de él le escribí una carta, en la que le ponía en antecedentes respecto á los motivos de mi marcha, y los que me movían á obrar poco en consonancia con los deseos y sentimientos de muchos de mis compatriotas.

Hela aquí:

«Al General en Jefe del Ejército Libertador, Máxi»mo Gómez.—Estimado Señor:—Al recibo de ésta »me hallaré en viaje para los EE. UU. ó preso en »un calabozo español. Doy este paso por no poder »llenar mi misión de corresponsal, puesto que bajo »pena de la vida me habéis prohibido decir la ver»dad sobre la campaña.—Según piensa V. trájome



EL AUTOR EN EL CAMPAMENTO DE MÁXIMO GÓMEZ

—Si usted ú otro corresponsal americano se atreve á venir á mi campamento para escribir la verdad sobre nuestra situación, lo fusilo. ¡Caramba!

»sólo la idea de ganar un miserable salario, pero »espero demostraros que aún quedan unos pocos de »estos *mercenarios americanos* que respetan la ver- »dad y la prosperidad de su patria más que el dine- »ro.—Como á los americanos y al periódico que »represento los clasificais en la misma categoría de »mercenarios, y como nuestro solo deseo es *prolon- »gar la guerra para vender armas á los cubanos,* os «vais á sorprender mucho de mi conducta.—Vuestros »insultos á mi país, al periódico que represento y á »mí mismo, no pueden quedar ocultos; pues aunque »amo la libertad y, por tanto, la causa cubana, soy »ante todo, ciudadano americano, y pienso que mi »primer deber es decir la verdad á mis compatriotas, »antes que den algún paso que pueda comprometer- »nos con los países de Europa.—Tengo el honor de »quedar vuestro servidor.—GEO. BRONSON REA.»

Al llegar á mi país hallé que en vez de apreciar cual era debido mis correspondencias, había sido acremente censurado por haberme atrevido á decir la verdad; y aunque los insultos de Gómez fueron proferidos en el campamento de los Hoyos públicamente, delante de su pequeño ejército, hasta ahora no me ha sido posible presentar los hechos á la consideración del público americano.

Después, cuando repasé las columnas de los periódicos y me convencí de la extensión y profundidad de las miserables é incalificables tendencias de otros corresponsales, encaminadas á enredar á nuestra nación en una guerra con España, fundada en motivos creados por su propia fantasía, decidíme á escribir un libro dedicado á este asunto; y aunque pienso que al hacerlo he de crearme numerosos enemigos, confío en que aún ha de quedar bastante gente racional en este país para aceptar estas mani-

festaciones en lo que valen; y si la lectura de las siguientes páginas abre al menos los ojos á unos pocos de mis lectores sobre la enormidad del criminal abuso que los simpatizadores de los cubanos han hecho de nuestra prensa, quedará satisfecho,

George Bronson Rea



CAPÍTULO PRIMERO

Ataques al autor.—Dificultades de los corresponsales en la Habana.—De cómo se fabrican las victorias de los insurrectos.—Conducta de los primeros corresponsales.—Las fábricas de noticias de la guerra en La Florida.—Ejemplos de sus productos.—Buena fe de los corresponsales de la prensa en Cayo-Hueso, demostrada con la verídica relación de mister Scovel sobre la muerte de Maceo.

En vista de la persistente campaña de falsa información acerca de Cuba, emprendo la ingrata tarea de presentar unas cuantas opiniones fundadas en hechos, en apoyo de las cuales puede agregarse un cuidadoso estudio de la prensa y de los escritos de imparciales y concienzudos corresponsales.

No me basaré en noticias urdidas por los laborantes en la Habana, ni en conferencias celebradas con personas desconocidas y sin significación, según han hecho otros con reprensible ligereza.

Nuestra intervención en los asuntos de un país con el que hasta aquí hemos estado en buenas relaciones, es demasiado seria para que deba ser influída por mentirosas invenciones, ni por patrañas urdidas para favorecer ninguna causa extraña; y espero que los siguientes hechos, imparcialmente relatados, aportarán completo esclarecimiento á tan difícil cuestión.

Desistí de publicar mis impresiones en el campo insurrecto pensando que levantarían gran polvare-

da, y que al poner en claro muchos puntos poco conocidos de esta contienda, perjudicaría con ellas á una causa francamente apoyada por la mayoría de mis conciudadanos y de sus representantes en el Congreso.

Mi silencio se ha interpretado mal, he sido atacado, y, sin que se haya puesto en duda la certeza de mis artículos, no se ha encontrado otro medio de desconceptuarme que el hecho de ¡haber pasado de un salto de ingeniero electricista á corresponsal en campaña del *New-York Herald!* ¡Esto ha sido suficiente para condenarme!

El intrépido *corresponsal de guerra* de un acreditado periódico que, sin abandonar la Habana, presenció maravillosas batallas y conferenció con gran número de desconocidos cabecillas, mezclando nombres geográficos en forma que hacía correr á los insurrectos un centenar de millas en una hora, tuvo la avilantez de darme por expulsado del campamento de Gómez.

Mi amor á la verdad y mi conciencia profesional han hecho que mientras he permanecido en el campo cubano haya procurado olvidar mis simpatías, y que sólo haya tratado de comunicar lisa y llanamente hechos, señalando como farsas y embustes las falsas noticias y poco escrupulosas apreciaciones conque varios corresponsales han engañado á mis compatriotas.

*
* *

Como prueba de mi buena fe, mis afirmaciones todas han llevado, francamente y sin temor, mi firma. A causa del peligro que había en llegar á los lugares donde podía verse claro, los Estados Unidos

han sido engañados por muchos corresponsales: unos han sido víctimas del enjambre de laborantes que pululan en todos los centros de población de Cuba: al llegar á la Habana han tenido casi todos que recurrir á los servicios de intérpretes simpatizadores ó agentes de la causa cubana: gentes nacidas en Cuba y naturalizados en los Estados Unidos, las cuales tenían interés en hacer propaganda insurrecta. ¡Imposible ver claro por los ojos de tales auxiliares, tan eminentemente perjudiciales! Todo americano que llega á Cuba cae enmedio de esta turba que acecha en los corredores de los hoteles que constantemente frecuenta, y que á todas horas está dispuesta á relatarnos una reciente y colosal victoria del ejército libertador, no hablando sino de centenares de españoles muertos sobre el campo.

***

Llega la noticia de una escaramuza, y cualquiera, *confidencialmente y con referencia á noticias de la capitanía general,* echa á rodar la bola de que *tantos* españoles han muerto ó sido heridos. Por supuesto, se trata de un secreto, y á poco de lanzado el notición ya ha perecido la columna entera y el jefe de ella ha caído prisionero.

En esto se apodera de la noticia un corresponsal, ó mejor, se apresuran á llevársela; redacta un despacho para su periódico, agregando algo de su cosecha para aumentar el efecto; lo envía á Cayo Hueso, y á la mañana siguiente los lectores de Nueva York leen como remitido de lo más espeso de la manigua aquel disparatón.

Es notable que á todo americano que va á Cuba en busca de informes de la guerra, lo asedian los cubanos con toda suerte de fábulas inverosímiles, sin que apenas encuentre un español que le quiera facilitar informes.

Convierte su cartera en un almacén de supuestas atrocidades de los españoles, batallas, rapiñas y toda suerte de horrores que la parte interesada y contraria les atribuye graciosamente; vuelve á los Estados Unidos y á su debido tiempo ofrece en Washington su completo surtido á los comités.

Varios periódicos se han llegado á convencer de la absoluta falsedad de las noticias; pero, á fin de mantener al públicó inflamado en santa indignación contra España, se callan. Los hechos, la verdad, y la imparcialidad se arrojan á un lado.

***

En tiempo de Martínez Campos todo corresponsal acreditado podía acompañar á las columnas sin más que solicitar un pase. Si en aquella época los corresponsales se hubieran querido molestar en ir á buscar la verdad al campo de batalla, en lugar de atender á las mentiras de los laborantes, el tono de la prensa americana respecto á Cuba habría sido mucho más mesurado. Pero era más cómodo para los *corresponsales en campaña* aceptar lo que los cubanos les contaban, porque, como los españoles era cosa sabida que *lo falsifican* todo, no había por qué arriesgarse á intentar cambiar la corriente de la opinión pública. Así siguió la farsa hasta que Weyler prohibió los corresponsales en las columnas y en

las partidas. Hoy día toda suerte de atrocidades se atribuyen á los españoles bajo la palabra de sus enemigos, sin que nadie se tome el trabajo de averiguar si lo que éstos propalan son verdades ó calumnias.

Mientras se pudo ver nadie se ocupó en mirar; ahora, aunque se quiera, nada se puede ver. El decreto de Weyler acerca de los corresponsales se ha interpretado como un medio de ocultar crímenes. Difícil es afirmar si esto es ó no cierto; pero, sea como quiera, queda el hecho de que durante un año ningún periódico, á pesar de poder hacerlo, envió corresponsales para ver desde el lado español los campos de batalla. Sólo una excepción hay que hacer: la del Dr. Wm. Shaw Bowen, del *New-York-World*.

¿Es extraño, por ventura, que Weyler adoptase la resolución citada y desconfiara de la buena fe de nuestra prensa, cuando dos principales periódicos de Nueva York inventaron descaradamente la batalla de Colón, y otro periodista, desde su habitación del Hotel Mascota, en la Habana, descubrió el Capitolio de la República Cubana en Cubitas y adornó el embrollo con una conferencia con el presidente y miembros del gobierno provisional? ¿Puede censurarse á Weyler aunque arroje á todos del país?

La orden de Weyler, en lugar de beneficiar su causa, dió el resultado opuesto, pues, á favor de ella, los corresponsales cubanizados se apoderaban de todas las invenciones, añadiendo lo que convenía á las diferentes tendencias de cada uno; y como consecuencia, en América se ha presenciado la más audaz y repulsiva campaña de información sistemáticamente falsa y de voluntaria mentira que el mundo ha presenciado.

Periódicos hasta entonces imparciales, en su afán de dar noticias al público, compraban é imprimían descarados embustes como recién llegados del campo de batalla.

* * *

Las grandes fábricas de noticias de la guerra, establecidas en La Florida, bajo la dirección de cubanos, rivalizaban con el celebérrimo Baron de Munchausen en la fertilidad é inverosimilitud de sus invenciones. Ardía la fragua y se trabajaba bien, por más que cualquiera persona de juicio podría observar que nombres, fechas y lugares, barajados al acaso, delataban la obra como falsa. Los periódicos empleaban cubanos como corresponsales en La Florida, y así ha sido el resultado.

Durante las operaciones en Pinar del Río la labor de esta gente llegó á su colmo; y es maravilla, á juzgar por las relaciones que uno de nuestros principales periódicos llegó á publicar, que sus autores no alcanzaran una plaza en una casa de locos, pues no habiendo un solo corresponsal en el campo en dicha época, aquella gentuza encontraba ancho campo para su fantasía.

* * *

Los insurrectos ganaban victoria tras victoria; la columna Manrique de Lara pereció sin que un hombre se salvara en la Siguanea...; y resultó que había triunfado por completo de los insurrectos. Versión tras versión fueron enviadas á la prensa buscando en todas efectos de sensación: y cuando todo había

pasado, supe por unos insurrectos cubanos que aquella columna se cansó de buscar á las partidas sin conseguir que pelearan, y que después, unida al coronel Palanca, estuvo operando cuarenta días en la zona de Placetas.

Díjose que Banderas había tomado á Santa Clara, y se apuntó otra victoria como las anteriores. Cuando Weyler atacó á Maceo en el Rubí, corrió como una verdad que una mina de dinamita preparada por un muchacho de Jaksonville había hecho volar una columna entera. Después de esto vino la mayor de las calumnias, la invención inconcebible del asesinato de Maceo. Hé aquí el resultado de los corresponsales cubanos. Disfrazadas con el sello de la Habana llegaban las noticias arregladas en Jacksonville, que se telegrafiaban luego á Nueva York, donde cándidamente se publicaban.

Esta asombrosa fábula produjo el apetecido efecto de indignar nuestro país contra el traidor Zertuche y su supuesto cómplice el Marqués de Ahumada. A pesar de que el primero y el general Weyler rectificaron bajo su firma en los principales diarios de Nueva York, la calumnia había arraigado profundamente en la opinión pública, que había sido cuidadosa y arteramente predispuesta á creer á los españoles capaces de todos los crímenes, y prefirió tomar como indiscutibles verdades las anónimas y cobardes declaraciones de quienes preferían la seguridad de los hoteles de La Florida á luchar con honra y peligro por la libertad de su país. El nombre de Zertuche quedó como sinónimo de traidor: pues á pesar del testimonio de los principales cabecillas cubanos, que deponía á su favor, el *New-York Herald* fué el solo periódico que tuvo el valor de estampar la verdad en sus columnas.

Otro ejemplo de cómo trabajaban por su causa los corresponsales cubanos de La Florida:

Mr. Silvester Scovel, redactor del *New-York-World*, pasó á la Habana, y su primer cuidado fué visitar los lugares donde Maceo fué muerto, retornando con la relación imparcial obtenida de labios de insurrectos. Según él mismo me informó después, en dicha relación se ponía en claro, sin lugar á duda, que no había existido traición. Envió sus papeles y marchó al campamento de Máximo Gómez, donde, al encontrarme, me habló del asunto, suponiendo que por aquel tiempo ya habría su periódico publicado en New-York su informe.

Más adelante me sorprendió no hallarlo en la coleccion del *World*, y supuse que este periódico no era imparcial; pero un amigo mío que se hallaba en Cayo-Hueso cuando llegó allá la relación de mister Scovel, me aseguró que cuando se enteraron de ella los corresponsales cubanos la secuestraron cuidadosamente, y ni siquiera tuvo el periódico noticia de su existencia. No convenía á los cubanos que se conociera la verdad, pues estaba en su interés que nuestro Congreso, engañado por mentirosos y diabólicos informes, tomara alguna determinación. Hasta tal punto ganó crédito esta fábula, que nuestros inocentes diputados estuvieron á pique de cometer precipitadamente una ligereza denunciando á España como infractora de todas las leyes de la civilización, inculpándola de haber asesinado á Maceo, haciéndole confiar en una tregua.

Pero la verdad es muy difícil de ocultar, y tarde ó temprano resplandece confundiendo á los que tienen por único plan arrastrarnos á una guerra con España para conseguir ellos sus egoistas fines.

CAPÍTULO II

ATROCIDADES

Esfuerzos de los cubanos para llamar la atención hacia su causa.—Relación de atrocidades por Scovel.—Humana política de Campos.—Mala fe de los rebeldes.—Clemencia española.—Los cubanos en el Este.—Sus oprimidos compatriotas del Oeste.—Arenga de Gómez en Galeón.—La invasión.—Desmanes y crímenes de plateados y rebeldes.—Crueldad de Bermúdez.—Incidente presenciado por Scovel.—Descontento de los conservadores.—Relevo de Campos.—Los cubanos responsables del nombramiento de Weyler.—Generosidad de Aldecoa.—Proceder de los cubanos.—Represalias de los guerrilleros.—Rumores de violaciones faltos de fundamento.—Incidentes.—Doblez de los campesinos.

Hace dos años que los cubanos combaten por sacudir el yugo de España, y no han dejado nunca de procurar por todos los medios que nuestro gobierno intervenga en su favor.

Trataron primero de inspirarnos simpatías, creyendo esto bastante para que el Congreso reconociera su beligerancia, y no lográndolo quisieron horrorizarnos con carnicerías, asesinatos y rapiñas atribuídos, al por mayor, á los soldados españoles, convertidos en verdugos de indefensas é inocentes personas que no tomaban parte en la lucha.

De esto he de ocuparme ahora; y aunque no pretenda negarlo todo, ni defender á ningún partido de las injurias del otro, presentaré algunos hechos, hasta hoy desconocidos en nuestro país, que me son

familiares á causa de mi larga residencia en Cuba, antes de la guerra y durante ella.

Las sangrientas escenas comunicadas por corresponsales, que ó no han visto la isla ó no pasaron las puertas de la Habana, han sido sugeridas por los activos laborantes. No dudo que algo sea verdad, pero se ha inventado tanto que es difícil separar lo cierto de lo fantástico. En todas mis investigaciones en la isla, y aunque moralmente esté convencido de que ha habido muchas ejecuciones en el campo, solamente he podido comprobar el asesinato de *dos pacíficos* cometido por los españoles. Puedo añadir que el corresponsal que remitió á su periódico una larga lista de pacíficos asesinados en Pinar del Río, no vió ni un cadáver de ellos, habiendo recibido la relación de Maceo, que ordenó á sus subordinados que le enviaran dichos datos, que á su vez remitió á quien los había pedido. Yo, que he visto estos documentos, puedo asegurar que no me inspiraron confianza alguna.

Todo esto se reunía con objeto de remitirlo á nuestro ministerio de Estado en Washington, como base que justificara una intervención; pero redactado todo por una parte interesada, no reunía las necesarias garantías para semejante determinación.

Pienso que Scovel aceptó las relaciones de buena fe, y que corroboradas después algunas de ellas por otros insurrectos, dedujo que todas debían ser ciertas.

***

Para honra de Campos, durante su mando imperó la clemencia y el olvido para todo el que se presentaba á las autoridades y entraba en la legalidad.

No se fijó plazo para el perdón, y el decreto otorgándolo rigió permanentemente. No cabe duda de la buena fe conque se cumplió el bando, y prueba de ello el gran número de rebeldes que aprovechándolo fueron puestos inmediatamente en libertad, volviendo á sus casas sin que nadie los molestara.

Trató por honrosos medios de hacer deponer las armas á los rebeldes y de evitar que se les unieran los descontentos. Los apuros del tesoro era lo único que le detenía en dar trabajo á las masas que de él carecían; y á pesar de ello empleó gran número en grandes obras públicas que se comenzaron. No hay cubano que no reconozca que Campos fué honrado é imparcial en todos sus tratos con ellos.

Tan respetado es, que Máximo Gómez no tolera á nadie que hable mal de él, y si alguno de sus subordinados reincide en ello lo arroja de su campo.

***

¿Pero fué apreciada y correspondida esta política de Campos por los insurgentes? Dicen que si él era leal, su gobierno era traidor, y que por tanto no tenían escrúpulos de abusar del perdón ofrecido.

Probablemente, un tercio de los rebeldes que se acogieron á indulto, lo hicieron de buena fe y se fueron á sus casas convencidos de su error; pero los otros dos tercios fué muy distinto, pues ni uno de ellos tenía propósito de cumplir lo que prometía: muchos deseaban volver á su finca ó á su pueblo para arreglar asuntos que al alzarse en armas dejaron embrollados, otros querían ver á sus familias ó queridas y otros venían lisa y llanamente á expiar á

los españoles, á recoger armas, municiones ó equipos; y en cuanto habían acabado lo que allá los llevara, retornaban á la manigua sin preocuparse de honor ni de gratitud. Yo mismo he oído á varios que se alababan de haber repetido este juego en tres lugares diferentes, con la particularidad de que cualquiera de ellos acusaba á los pocos momentos á los españoles de traición y doblez.

Sólo recordando el adagio de que en la guerra todo está permitido, podrán intentar los cubanos justificar su proceder en este caso.

***

Contrastando con tal conducta, encontramos que, no obstante que las autoridades españolas conocían el juego, no aplicaban como castigo la penalidad que en otro cualquier país se hubiese impuesto, lo cual habla muy alto en favor de su clemencia. Campos llegó más allá, pues llegó á ordenar la mayor clemencia con los prisioneros hechos en el campo, y que se les volviera á las poblaciones. Porque algunos se deportaban á Ceuta ó Fernando Póo ó se los mantenía presos en la isla, los cubanos lanzaron un alarido de horror y gritaban hacia los cuatro puntos cardinales para que el mundo presenciara la *bárbara* conducta de los opresores.

¿Qué recurso quedaba? Si se los ponía en libertad se volvían á las partidas, y si se quedaban en los pueblos era para servir solapadamente á la insurrección. ¿Qué se había de hacer sino aquello para acabarla por medios humanos? Acaso alguno de nuestros principales simpatizadores de los cubanos pro-

ponga alguna flamante solución para este problema, completamente nueva y totalmente opuesta al sistema de Weyler, que no es sino una repetición del que ha estado en boga desde que la guerra surgió entre los hombres.

A pesar de sus esfuerzos para ser reconocidos beligerantes, los rebeldes carecían de personalidad ante el Gobierno español y ante los extranjeros. Considerados como bandidos, se les trataba como tales, y aunque los voluntarios y el partido conservador reclamaban la pena de muerte, Campos resistió enérgicamente las ejecuciones por causa de rebeldía.

Sólo los cabecillas eran exceptuados del perdón, y hace el elogio de Campos, su pesar por haber tenido que firmar la sentencia de tres jefes de escasa importancia que fueron hechos prisioneros y murieron convictos y confesos. Esta política, desarrollada durante el crecimiento de la rebelión, fué la causa de que los conservadores pidieran el relevo del general. Las tropas no la veían tampoco con buenos ojos y deseaban cierta latitud de facultades para que, al hacer prisioneros en el campo, pudieran los jefes de columna proceder con arreglo á las circunstancias. Su descontento al ver que los insurrectos lograban casi siempre evadir los combates, y la negligencia en la ejecución de las órdenes del general en jefe, fué una de las principales causas que permitieron que Maceo verificara su marcha al Oeste.

Hasta Diciembre de 1895 poco se habló de inhumanidades y en realidad no se cometió ninguna: el reinado del terror comenzó cuando los cubanos entraron en la provincia de Matanzas ganando la retaguardia de las columnas españolas.

***

En Santiago de Cuba, el Camagüey y en el Oriente de Santa Clara, la mayoría de la gente es cubana. La llanura central está cubierta de hermosos pastos y abundan los grandes potreros de ganado, y los habitantes, atrevidos y buenos jinetes, están hechos á la vida del campo. En las costas abunda la caña, y en Santiago de Cuba las plantaciones de cocos y café. Excepto las cortas líneas de Santiago al Cristo, y de Puerto Príncipe á Nuevitas, no hay realmente líneas de comunicación, viajándose por lo común á caballo. Los orientales, gente dura, han sido el nervio de las insurrecciones cubanas y han estado siempre dispuestos á secundar todo alzamiento contra el Gobierno de España. Son en Cuba lo que entre nosotros los mineros y pastores de Occidente; predominan en esta zona los negros, inteligentes, independientes y los mejores para la guerra, habiendo conseguido la clase de color sacudirse de la dependencia de los blancos, estableciendo algunos buenas plantaciones, disfrutando algunos respetable renta y siendo muy superiores á los de su misma raza que viven en la otra parte de la isla. Los Maceos, Banderas y hermanos Ducasse pertenecían á esta clase.

***

En las provincias occidentales, en lugar de estos cubanos, independientes é inquietos, se encuentran gentes completamente distintas. No habiendo sufrido los efectos de la guerra de los diez años, eran tibios é indiferentes por la causa de la libertad. Vivían, sin aspiraciones, una holgazana vida que los sometía á los económicos y astutos bodegueros y á

los propietarios, generalmente españoles, con los que siempre estaban en deuda.

Los cubanos se quejan de vivir en la opresión, y no es cosa de aclarar aquí, con un examen de las leyes que los rigen, si su queja es ó no fundada. He vivido en Cuba durante cinco años antes de la insurrección, casi siempre en el campo, y puedo asegurar que si existe la opresión no se me alcanza en qué pueda consistir, pues no hay país en el mundo donde se goce de mayor libertad de acción, y en ninguna parte he visto infracciones tan evidentes de la ley y la moral como en esta *oprimida tierra;* y aun añadiré que causaría espantoso escándalo en Nueva York, si pudieran ser vistas, las indecentes danzas populares á que se entregan.

No incluyo á todos los cubanos en este juicio, pues conozco algunos cuya cultura reprueba tales bailes que vergonzosamente se exhiben en medio de la calle. Los responsables son los que ejercen autoridad y no prohiben tan inmorales exhibiciones; pero esto sólo prueba que los españoles las toleran por estar muy arraigadas en las costumbres del país, aunque originariamente proceden estos bailes de los negros del Congo.

Los abusos reales ó fingidos trajeron la insurrección, y con ella vinieron las venganzas. Estando en minoría los españoles en el Este, sus pequeños almacenes estaban desperdigados y aislados en el campo. Los pueblos y las ciudades, á cortas distancias unas de otras, tenían su guarnición local de voluntarios, en su mayoría españoles. Abundaban aquí las fincas de café y tabaco de donde procedían en gran porción las rentas del Tesoro.

En Pinar vivían gran número de canarios llamados isleños y casi todos eran voluntarios.

Conviene no perder de vista que cuando la insurrección, al cabo de un año, estaba en su apogeo en Oriente, y fué llevada por los orientales al otro extremo de la isla, los simpatizadores de ella en el Oeste, no habían aún hecho esfuerzo positivo para secundarla. Algunas vergonzantes é impremeditadas tentativas se verificaron, pero en pocos días fueron sofocadas, y los motores, convencidos de que la persecución era demasiado activa, y que el pueblo rehusaba acudir alrededor del estandarte cubano sin dar pruebas del entusiasmo que se esperaba, consideraban que habían cumplido sus compromisos y enseguida se rendían y eran perdonados. Como me hallaba en las provincias occidentales en los principios de la guerra, pude observar que el pueblo en su mayoría no la deseaba, pues quería estar tranquilo y que le dejaran moler su caña: sólo se unieron á la insurrección empujados por la falta de trabajo, el hambre ó la quema de sus hogares.

***

Los españoles pretenden que la guerra fué impuesta á las provincias del Oeste, y yo soy de esta misma opinión. Conversaciones habidas con jefes rebeldes y la arenga de Gómez á sus tropas en Galeón me han confirmado en ella.

Quejándose de la cobardía de dos cabecillas en el encuentro de Santa Rita, dijo: «es una desgracia y una vergüenza que un puñado de orientales, bajo las órdenes de Maceo y las mías, hayan tenido que llevar la guerra á Occidente y enseñar á este pueblo cómo se lucha por la libertad, y hoy mismo es pre-

ciso que nosotros—aquí citó á Zayas—lo hagamos todo y soportemos lo más rudo de la guerra.»

El principal propósito de Gómez era incitarlos fuertemente á la guerra, y el único medio de lograrlo era quitarles toda esperanza de ganarse el sustento. Esta idea era la que presidía el plan de invasión. Los orientales estaban indignados con la indiferencia de sus paisanos, y habiendo ellos sufrido los rigores de la guerra en la de los diez años, querían que los otros sufrieran ahora la miseria y los horrores que consigo lleva la manera de combatir de las guerrillas y las partidas.

Con objeto de que resulte claro lo que voy á decir, he hecho la anterior digresión.

***

Hasta su entrada en Matanzas habían los insurrectos observado una buena disciplina, pero en cuanto llegaron á la rica comarca azucarera parecieron poseídos del mismo demonio. Montados en soberbios caballos que robaban por todas partes, se escurrían entre las más débiles columnas encargadas de estorbarles el paso. Así montados, fácilmente esquivaban los encuentros y andaban alrededor de ellas, por más que algunas veces sufrieron descalabros sin importancia á causa del gran número de dichas columnas que contra ellos marchaban.

El itinerario insurrecto se señalaba por una masa continua de pesado y negro humo procedente de los campos de caña y de los ingenios de azúcar, y hasta una distancia de 50 millas el sol se veía como á través de un vidrio ahumado. Tras ellos quedaba

siempre esta horrible estela. No se resistió la tentación que tan rica zona ofrecía, y el saqueo y el pillaje se pusieron en práctica; los hogares fueron allanados para apoderarse de ropas, calzado y armas; y aunque el robo de dinero estaba aparentemente prohibido por Maceo y Gómez, poca fuerza tuvieron tales órdenes sobre aquella desordenada é indisciplinada horda.

Desencadenáronse las venganzas personales y los que tenían algún resentimiento con los españoles, se aprovecharon, para sus fines particulares, del pánico que inspiraban los procedimientos de la invasión. Pacíficos labradores y gentes que vivían fuera de las poblaciones, fueron asesinados ó ahorcados de un árbol colgándoles al pecho un tarjetón con el nombre de alguno de los jefes insurrectos. Aunque no quiero hacer pesar la responsabilidad de estos horrores sobre todos los cabecillas, debo hacer constar la anarquía que entonces reinó y la responsabilidad debe ser por todos compartida.

***

Bandas armadas de bandoleros, que en realidad no reconocían jefe, aumentaron el horror de la situación asaltando hogares, atropellando mujeres y asesinando á inofensivos españoles. Operaban con el nombre de insurrectos, y no era posible distinguir entre unos y otros. Maceo y Gómez se esforzaban en su persecución, y cuando los cogían los colgaban de un árbol. En cuanto á los españoles siempre han sostenido que eran insurrectos como los demás. Se los llamaba *plateados*, y es probable que de una gran

parte de los asesinatos y violaciones que en aquellos dos terribles meses se cometieron, y fueron imputados á los insurrectos, fueran ellos los autores.

La vanguardia del ejército invasor no dejaba de tomar su parte en aquellas abominaciones, pues gran número de labradores y voluntarios fueron ahorcados por la más ligera acusación de ser espías.

Los diarios de la Habana, daban cuenta constantemente de hallazgos de cadáveres con el obligado cartelón insurrecto, sujeto á sus ropas. Las causas eran infinitas, desde la condición de plateado hasta por trabajar en los ferrocarriles desobedeciendo las órdenes de los rebeldes.

***

A los regimientos (insurrectos), de Bermúdez y Núñez, que abrían la marcha, les fueron imputados numerosos crímenes; y era dicho corriente entre los campesinos cubanos que su camino se hallaba fácilmente por el rastro de hombres colgados de los árboles que tras sí dejaban, llegando la barbarie á su colmo un día en que 20 isleños (canarios), fueron colgados de un solo árbol en Pinar del Río. Todo el mundo tuvo que refugiarse en los pueblos huyendo de la rabia de los rebeldes. El pretexto más usado para justificar las ejecuciones era el de que se llevaban á cabo para castigar á los que llevaban noticias á los españoles.

Las venganzas de Bermúdez se verificaron principalmente en el Sud y el Oeste de Pinar del Río. Según ya he dicho la mayor parte de los granjeros eran isleños que no simpatizando con la revolución

hacían todo cuanto les era posible por contrarrestar sus progresos, haciendo que en muchas ocasiones los individuos de sus familias ejercieran el espionaje.

En lugar de atraerse á esta gente con humanitarias disposiciones, Bermúdez inauguró un reinado de terror, asesinando á los hombres y obligando á las familias á refugiarse en las poblaciones.

Esta política perjudicó mucho á su causa en el Oeste. Los pacíficos que al principio simpatizaban con los rebeldes, cambiaron de opinión y se alistaron en las guerrillas.

La mayor parte de los asesinatos que más tarde cometieron los guerrilleros reconocieron por causa el deseo de venganza que los animaba.

Una vez terminada la invasión Bermúdez quedó investido del mando de la provincia de Pinar. Sotomayor, Gil, Socorras, Perico Delgado y Llorente fueron en calidad de segundos jefes á varios distritos.

Su proceder al marchar Maceo al Este, pudo juzgarse bien cuando éste á su regreso introdujo importantes cambios. La crueldad de Bermúdez no llegó á noticia de su jefe sino algún tiempo después de haber éste vuelto á la provincia, pues, temiendo las iras de aquel, los pacíficos guardaban silencio; pero al fin hablaron.

Maceo relevó á Bermúdez poniéndolo á sus inmediatas órdenes; Ducasse pasó á mandar la brigada del Sud. En el cuartel general de Maceo se ignoraban los cargos contra Bermúdez, pero algo se murmuraba respecto á la real causa de su traslado. Un viaje que á poco hice al distrito en que había aquél ejercido el mando, me convenció de que á las murmuraciones no les faltaba fundamento, pues los po-

cos pacíficos que allí quedaban estaban aterrorizados de él y su gente por lo bestialmente sanguinario de sus crueldades. Tanto temían ser asesinados en cualquier momento, que ni comían ni dormían sin su Winchester al alcance de la mano. Como prueba de lo dicho relataré un incidente ocurrido en La Palma que presenció Scovel, quien me lo refirió, horrorizado, pocos días después.

***

Rodeado de sus oficiales, estaba Bermúdez en una casa de campo, hallándose de bastante buen humor. Dos insurrectos trajeron un mulatillo acusado de robos y de asustar á los pacíficos del distrito, el cual no podía inspirar gran temor por ser manco. Terminada la acusación ordenó Bermúdez que se lo llevaran, orden que procediendo de tal hombre ya era sabido que equivalía á una sentencia de muerte, y entendiéndolo así el prisionero sacó rápidamente su cuchillo gritando: «no me mataréis». Todo el mundo retrocedió creyendo al pronto que iba á atacar a jefe, pero volviendo el arma contra sí dióse dos mortales puñaladas en el pecho.

Bermúdez ordenó entonces á su gente que se lo llevaran y lo remataran.

El infeliz imploraba le dejaran vivir los pocos minutos que sus heridas le dejaran de vida; súplica que hubiera sido atendida por quien no tuviera un alma de hiena, pero Bermúdez con un sencillo movimiento de mano lo hizo sacar de allí y machetearlo, orden que fué ejecutada bárbaramente en presencia de Scovel.

¿Puede extrañarse que Maceo destituyera del mando á semejante hombre? Lo que sorprende, es que poco después lo ascendiera á brigadier en vez de degradarlo, que es lo que hubiera debido hacer. Bermúdez era valiente y uno de los pocos que allí se batían bien; y como los *guapos* escaseaban, de aquí que su jefe en lugar de expulsarlo se contentara con llevarlo á mandar un regimiento ligero bajo sus inmediatas órdenes.

Y no era el solo de los jefes de distrito que en Pinar del Río incurrían en atropellos: Gil fué relevado por borracho é incompetente; rumores que luego se confirmaron, acusaban á un cabecilla importante de intentar abusar de las hijas de una respetable familia emparentada con el viejo patriota Jesús del Sol.

Dos de los jefes insurrectos de aquella provincia habían sido presidiarios y se les imputaban muchos crímenes, por más que por mi parte no me sea posible certificar ó negar esto. Eran Perico Delgado y Socorras. Núñez, otro jefe, había sido bandolero antes de la guerra, según voz pública.

En tanto en Pinar ocurría esto, escenas semejantes se reproducían en otras provincias. La invasión llegó al extremo Oeste, y sus procedimientos se aplicaban en todas las zonas que había recorrido. Por los insurrectos he sabido que hasta una mujer fué ahorcada en la provincia de la Habana: suponiéndola espía fué detenida y registrada, hallándosele papeles que la comprometían; atósela de pies y manos y se la colgó con el obligado letrero aconsejando á los demás que tomaran ejemplo de aquel escarmiento.

***

Y si esto ocurría en los campos, ¿cómo no habían los españoles de suspirar por la venganza y de pedir un cambio de política? El constante clamoreo contra Campos por tal motivo produjo la dimisión de éste y su relevo. Corrieron versiones diversas respecto á quién sería su sucesor, y pienso que los cubanos tuvieron gran culpa en el nombramiento de Weyler. En tanto los conservadores insistían en el relevo de Campos, los insurrectos se ocupaban mucho en discutir los méritos de sus probables sucesores, señalando como los más temibles por su crueldad á Weyler y á Polavieja. Tanto se temía al primero, que, al solo anuncio de su nombramiento, muchas personas pacíficas tomaron las armas ó emigraron. Estoy convencido de que lo que decidió al Gobierno á nombrar á Weyler y á los conservadores á pedirlo, fué aquel continuo hablar de lo que haría ó no haría *el monstruo*.

Durante el tiempo en que interinamente desempeñó el mando el general Marín, la misma política de clemencia de su antecesor fué la que prevaleció, y no se verificaron cambios de importancia durante su interinidad por lo breve de ella,

***

Poco tiempo después del relevo de Campos (Enero 18) salí de la Habana para reunirme á los insurrectos, y soy testigo que en la provincia de la Habana, la cual atravesé, no se habían verificado ni las ejecuciones ni las atrocidades que los cubanos atribuían á los españoles.

En confirmación de la manera cómo éstos se con-

ducian en el campo, referiré un incidente que publicó el *Herald:*

«Al abandonar la hacienda Santa Lucía las tropas de Gómez, dejaron en ella varios insurrectos enfermos para que allí los cuidaran. Una semana más tarde llegó la columna Aldecoa, y los enfermos asustados huyeron refugiándose en el ingenio Portugalete. Cuando Aldecoa se enteró preguntó por ellos, y al ser informado de cuál era su escondite, en lugar de ordenar su captura y ejecución, según todos suponían que haría, envió un médico para que los asistiera y les dejara suficientes medicinas para que siguieran curándose. La vanguardia y el grueso de la columna pasaron de largo; pero cuando llegó la retaguardia se hizo que los rebeldes echaran adelante amenazándolos con las bayonetas hasta llegar donde estaba el general, pues no dieron aquellas tropas crédito á las afirmaciones de que Aldecoa los había dejado allí en libertad; y un infeliz cayó y expiró. Cuando llegaron donde Aldecoa estaba se indignó de aquel proceder y de la desobediencia á sus órdenes, obligando á las tropas á que volvieran hacia atrás escoltando á los insurrectos hasta el lugar donde los habían encontrado.» Todos estos detalles son rigurosamente ciertos, pues los oí de labios de los mismos insurrectos enfermos, cuando al volver Góméz á Santa Lucía le refirieron el hecho. Cualquier jefe de otro ejército hubiera agradecido tan noble proceder, pero Gómez no; pues cuando vió la favorable impresión que aquel relato me producía, en vez de alabar el hecho estuvo perorando más de una hora para convencerme de que todos los españoles eran unos pícaros y unos sanguinarios, y que si Aldecoa había hecho aquello sería con segunda intención; y enseguida que Aldecoa no era digno del mando de

su columna, pues que, si lo fuera, no se hubiera atrevido su tropa á desobedecer sus órdenes. Toda aquella charla no tenía más objeto que disuadirme de comunicar aquella acción de los españoles á mi periódico. El mayordomo del ingenio puede testificar acerca de todo esto: es americano y continúa en el mismo cargo.

***

Conviene señalar los progresos de la rebelión hasta la llegada de Weyler, y algunas de las causas que en breve dieron lugar á muchas ejecuciones y asesinatos por los guerrilleros.

Cuando la invasión se extendió en el Oeste, el territorio fué dividido en pequeños mandos que formaban núcleos para la concentración de reclutas. Todas las familias que viviendo en el campo se sabía que eran afectas á la insurrección, fueron respetadas y protegidas hasta cierto punto sus propiedades.

Estas familias salían y entraban libremente en las poblaciones fortificadas, y pronto se dedicaron á llevar contrabando de armas y municiones para los insurrectos. Los movimientos de los españoles, eran cuidadosamente vigilados y de ellos se enteraba á los rebeldes por medio de intermedarios. Gracias á este constante espionaje, pudieron varios jefes de la insurrección, hacer inútiles todos los esfuerzos de las tropas para obligarlos á combatir.

La experiencia me ha enseñado que si hace un año, cuando los insurrectos inauguraron su sistema de obligar á los que no simpatizaban con la rebelión

á refugiarse en los pueblos, los españoles hubiesen limpiado el campo de pacíficos, la insurrección hubiera sufrido un rudo golpe, pues cada pacífico que entraba en un pueblo era un espía; así que mucho antes de que al amanecer formaran las columnas para marchar, tenían los insurrectos noticia de que se ponían en movimiento y en muchos casos estaban informados hasta de los caminos que iban á recorrer. Claro es que se aprovechaba el aviso y en tanto las tropas buscaban al enemigo en una zona, galopaba este á varias millas de distancia en dirección opuesta.

Nunca me sorprendió tanto esta táctica, como en las cinco semanas que en la provincia de la Habana pasé con el general Aguirre, que mandaba una brigada de 900 combatientes, la cual operaba entre la capital y Ceiba-Mocha. Trataban de copar á esta pequeña fuerza más de 7.000 hombres, divididos en ocho columnas cuyos centros de operaciones eran Minas, Jaruco, Aguacate, Ceiba-Mocha, Madruga, San José de Las Lajas, Santa María del Rosario y Guanabacoa. Los demás pueblos estaban guarnecidos por destacamentos de ejército y voluntarios, para evitar la destrucción de ellos. Muchos ingenios estaban asimismo guarnecidos.

A todo el que no conozca la táctica de los insurrectos le parecerá imposible que los cubanos no fueran derrotados, como seguramente hubiera ocurrido en otro cualquier país. En cuanto á mí puedo decir que tuve bastantes temores, pero la calma de Aguirre y el aplomo con que dirigía las operaciones me tranquilizaron, y pronto me hice tan confiado como ellos, pues cuando estaba conversando con el jefe tranquilamente, iban llegando escuchas y pacíficos que con todo detalle nos informaban de todos

los movimientos de las columnas de los pueblos inmediatos; y entonces comprendí cómo tan insignificante partida lograba evitar siempre el combate. Aguirre jugaba constantemente al escondite con las columnas y estaba siempre al lado contrario del que ellas recorrían.

Las personas que vivían en el campo y simpatizaban con los españoles aprovechaban, según era lógico, las ocasiones que se les ofrecían para comunicar noticias á las tropas respecto á la situación de los insurrectos; pero no solía faltar quien denunciara el hecho á las partidas y aquellos infelices eran á poco sorprendidos por los rebeldes é inmediatamente sentenciados á muerte. Muchísimos inocentes labradores fueron víctimas en esta forma de denuncias presentadas por enemigos personales, y es cosa sabida que no se podía esperar gracia de los cubanos. Por supuesto que ni ellos mismos han negado estas ejecuciones, sino que abiertamente las confiesan como perfectamente justificadas por la ofensa y el daño recibido.

Pero en esto son inconsecuentes, pues niegan á los españoles el derecho de imponer la misma penalidad, y cuando se verifica alguna de estas ejecuciones por auxiliar á los insurrectos, ponen el grito en el cielo, hablan de barbárie, de inhumanidad, y alborotan el mundo diciendo que allí se matan los hombres por el salo delito de nacer cubanos. Pero si en cambio matan ellos á los españoles y á los voluntarios por esta sola causa, se enfurecen cuando se dice que usan los mismos procedimientos que sus enemigos. Toda persona afecta á la dominación española ó indiferente á la causa cubana, se vió en el caso de refugiarse en las poblaciones para huir á las venganzas de las partidas, llegando un día en

que todos estos se hallaban al amparo de las tropas, quedando en el campo tan sólo los simpatizadores de la insurrección. Los primeros fueron arrojados á los centros habitados, por la quema de sus hogares y propiedades, y por la ejecución de algunos de los varones de las familias acusados de espionaje.

Llegaban á las ciudades arruinados y sin esperanza de recuperar su fortuna, ni de hallar ocupación lucrativa, roíales el pecho el deseo de venganza, así que no es de extrañar que se unieran á los voluntarios ó á los guerrilleros como única manera de ganarse la vida y perseguir su venganza. Hay, pues, motivo para afirmar que los mismos insurrectos son los primeros responsables del sinnúmero de asesinatos que ahora se cometen. La llegada de Weyler y el cambio de política fué aprovechado por los guerrilleros.

***

En el libro de Mr. Stephen Bonsal *El Estado de Cuba en la Actualidad*, se asegura que los guerrilleros eran penados sacados de los presidios españoles para que desahogaran en Cuba sus inmundos instintos. No puedo estar conforme, y aunque no pretenda defender á los guerrilleros es cosa harto sabida que siete octavas partes de las guerrillas se componían de gente nacida en Cuba, ó que ha residido largos años allí y conoce perfectamente el país. *Acaso haya más cubanos en estos cuerpos de tropas irregulares que en todo el ejército insurrecto.*

En cada expedición de las que hacen frecuentemente estos hombres encuentran alguna víctima.

Todos tienen su cuenta que ajustar con los insurrectos, y el primero que cae á sus golpes es el cubano que los denunció á las partidas, y fué causa de la pérdida de la hacienda y del hogar.

Todas las colunmas llevan uno de estos destacamentos en la vanguardia como guías, dando noticias á los jefes relativas á las familias de insurrectos cuya residencia se encuentra á corta distancia de la línea de marcha que la columna va siguiendo.

Estoy completamente convencido, no sólo por los informes adquiridos por mí directamente, sino por los que los mismos insurrectos me han dado, de que los oficiales del ejército español no tienen que ver nada con los crímenes cometidos por esa gente, pues hasta en la misma lista de asesinatos á que ya me he referido antes, todos invariablemente son imputados á los guerrilleros, y especialmente en Bahía Honda, La Palma, Consolación del Sur y en el extremo Oeste de la provincia. Venganzas personales que son casi siempre las causas de ellos.

⁂

Mucho se ha hablado de muchachas y mujeres del campo ultrajadas y asesinadas: pero con conocimiento de causa, puedo afirmar que en su mayor parte estos casos no son sino falsedades. En tres casos de que nos hablaron á Scovel y á mí, confesaron los que los referían que los autores fueron castigados por los jefes de las columnas á que pertenecían. Otros dichos análogos resultaron mentira. Al acampar Scovel y yo con la partida, en Enero último, en el ingenio Tomasito, poco después de haberlo

abandonado Linares y Aldecoa, los pacíficos de las inmediaciones relataban que los soldados habían atropellado á todas las mujeres que vivían en los barracones del ingenio. El resultado de nuestras investigaciones fué hallar unas cuantas negras que orgullosamente enseñaban el dinero que había pagado el alquiler de unas noches de crápula. No tengo duda de que la mayor parte de los cuentos análogos que corren por ahí, tienen el mismo fundamento que el que acabo de referir. En guerras de esta naturaleza siempre se habla más ó menos de atropellos de esta índole; pero en realidad pienso que la de Cuba ha dado lugar á menos casos de violación que otra cualquiera de estos últimos tiempos...

Puedo añadir que muchos cabecillas y soldados insurrectos tienen sus mujeres y sus queridas escondidas en lugar seguro en las profundidades de las selvas ó en los riscos de las lomas, y que Quintín Banderas siempre viajaba acompañado de varias *damas*.

En cuanto á muertes de mujeres y descuartizamientos de chicos son mitos que sólo existen en la fantasía de los cubanos que no tienen más relación con la guerra que fabricar cigarros en La Florida, dejando un tanto por ciento de su jornal para socorrer á muchos que se hallan en muy buena posición, y, sobre todo, que entre sí rivalizan en ver quién puede inventar más absurdos cuentos sobre la barbarie española. Obrando según el adagio de que «más fuerte es la pluma que la espada», los emigrantes patriotas tratan de hacer tragar sus invenciones á los periódicos que las imprimen para que las lea un imbécil público que todo se lo cree.

Estas invenciones son cosa exclusiva de los ojalateros de La Florida, pues durante mi estancia ni una

sola vez he oído que los españoles fueran acusados de semejantes atrocidades por los que en el campo los combatían, no habiendo llegado á mi noticia alguna vez sino que en ocasiones habían insultado á mujeres. Esto no es, en verdad, muy grave, pues sin estar en guerra basta pasearse un rato por ciertos parajes de nuestras grandes ciudades para oir algo análogo. Por otra parte, nunca ha sido costumbre de los soldados usar un escogido vocabulario, y pienso que en esto los del ejército español no serán una excepción. En este asunto sería difícil decir si ellos ó los cubanos se llevan la palma.

Varias veces he presenciado batallas de insultos entre los españoles de algún fuerte y los cubanos, que, á cubierto, se ponían tras de las rocas ó escondidos en la maleza. Ninguno parecía tener el valor de tomar ninguna determinación decisiva: los cubanos no se atrevían á atacar, y los españoles, prudentemente se abstenían de salir del fuerte.

Cada parte invitaba á la otra á que abandonara su posición y se mostrara: «Salid de ahí, coyones, »blancos, blancos, cobardes, y vereis como os da»mos machete, etc., etc.»—gritaban los valientes insurrectos. «Salid de detrás de esas rocas... mam»bises, y ya vereis que bien saben las píldoras del »doctor Maüsser ¿Os creeis que somos unos... locos? »Venid, venid aquí á machetearnos.»

Ciertamente que no es muy escogido el lenguaje de las tropas españolas, pero sólo un santo dejaría de usarlo si se viera obligado un día y otro día á marchar en persecución de un enemigo cuya táctica conocida es cansar á su adversario con largas é inútiles jornadas á través de un país más mortífero por su clima que las balas insurrectas. Se necesita mucha paciencia para llegar á una casa de donde

los rebeldes acaban de salir, según lo prueba el fuego que aún arde y los restos frescos de una reciente comida, y recibir del propietario la contestación de que ni sabe dónde están ni qué camino tomaron, y que á cada interrogación responde con una mentira. ¿Es acaso extraño que él y su familia—tan embustera como él—sean tratados con dureza, que se les ordene marchar á la población y que se incendie su vivienda?

***

Los cubanos obligaron á los que simpatizaban con España, á refugiarse en los pueblos, y sólo permitían en el campo las personas que les eran afectas y les prestaban servicios. No hay, pues, que sorprenderse de que las autoridades españolas, cansadas de la eterna doblez de esta gente, hayan llegado á hacer bilis y á convencerse de que todo habitante del campo era un espía ó correo de los rebeldes, que con toda intención y con equivocados informes protegía los movimientos de ellos haciendo que las columnas gastaran sus fuerzas en largas marchas encaminadas en la dirección opuesta de la conveniente. Nadie con buena fé podrá censurar á España, el que tomando la justicia por su mano, según ley de la guerra, les haya castigado fusilando al que resultaba culpable.

¿Cuántos de nuestros generales de la última guerra civil, hubieran hecho la imbecilidad de abstenerse de obrar en tal forma, por la única razón de que los ingleses ó los franceses se emocionaban con tanto derramamiento de sangre? Indudablemente

hemos malgastado mucho ridículo sentimentalismo con motivo de la insurrección de Cuba, pues la guerra no puede ser contestada sino con la guerra, y si los cubanos la han encendido deben soportar virilmente las consecuencias; y cuando sus enemigos toman un desquite debieran callarse y aguantar, en vez de alborotar el mundo para que vea las desdichas que ellos mismos se han buscado.



CAPÍTULO III

ATROCIDADES.

(Continuación)

Proclama de Gómez.—Incidente en Jaruco.—Incidente en La Palma.—Prisioneros ahorcados por Núñez.—Maceo releva á Bermúdez.—Prisioneros colgados por Murgado.—Amonestación de Ducasse.—Carta de Maceo á los voluntarios.—Desobediencia de la orden.—Carta de Ducasse á Vigoa.—Díaz y Ducasse dan libertad á los prisioneros.— Generosidad de Núñez.— Pueblos tomados por los insurrectos.—Los cubanos no hacen prisioneros en el combate.—Meritoria acción de Aranguren. – El mayor Rojas mata los prisioneros.—Clemencia cubana.

Durante los primeros tiempos de la guerra, reconocieron los cubanos la necesidad de hacer algo para ganar simpatías en nuestro país, y uno de los procedimientos más efectivos para lograrlo, fué el dar una proclama en la cual se decía que los prisioneros serían puestos en libertad. He aquí la orden general de Gómez encaminada á este fin:

«Art. 1.° Todos los prisioneros hechos en el campo de batalla, ó que caigan en poder de las tropas del Ejército de la República, serán inmediatamente puestos en libertad y entregados á los comandantes de armas; excepto en los casos en que voluntariamente deseen alistarse en el Ejército Libertador.

»Los heridos abandonados en el campo serán aten»didos y cuidados, y los cuerpos insepultos serán »enterrados.

»Art. 2.° Todas las personas que infrinjan la or»den de 1.° de Julio, serán juzgadas por proce»dimiento sumarísimo. — *El General en jefe, M. »Gómez.»*

La parte de la circular relativa á la libertad de los prisioneros, ha sido invariablemente obedecida por los jefes de graduación, cuando en raras ocasiones han tenido la suerte de tomar un fuerte.

El buen efecto producido por esto entre los simpatizadores de la insurrección en este país, se calculaba que favorecería las pretensiones de reconocimiento de beligerancia y en conjunto la conducta de los rebeldes en los escasos casos en que han hecho unos pocos prisioneros es digna de loa.

Debido á la especialidad de la guerra de Cuba, nunca se hacen muchos prisioneros y no cabe comparar esta con otras de orden regular y en las que combates formales dan lugar á la lucha cuerpo á cuerpo, á la mezcla de enemigos sobre el campo de batalla y como consecuencia á la captura de numerosos prisioneros. Es cosa rarísima que un soldado español caiga en manos de los rebeldes; y aunque no regateemos el aplauso por la acción de dar libertad á un desgraciado, si se quiere proceder con equidad no hay que olvidar que los españoles, digan lo que quieran sus contrarios, han perdonado y dado libertad, probablemente, á 10 insurrectos por cada soldado que estos han soltado.

Durante mi estancia en Cuba, he asistido á 65 combates y no recuerdo sino dos ocasiones en las que los insurrectos hicieran algún prisionero; y aun entonces no pertenecían al ejército, sino que eran vo-

luntarios ansiosos de que los cogieran para rehuir el combate.

Incidente en Jaruco

En el incendio de Jaruco, se hicieron proposiciones de rendición á la pequeña guarnición de un fuerte compuesta de seis voluntarios. Eran cubanos que sólo esperaban una oportunidad para entregar las armas y la aprovecharon. Llevados á presencia de Maceo, ordenó este que quedaran guardados hasta el siguiente día, en el que según lo que desearan se quedarían, ó serían puestos en libertad y vueltos al pueblo.

Este hecho demuestra hasta la evidencia la diferencia entre los soldados que defienden la bandera de España, según que sean cubanos ó españoles.

Mientras los voluntarios cubanos ceden miserablemente á la primera intimación del enemigo, sus compañeros del otro lado del Atlántico rechazan todas las proposiciones y resisten heroicamente contra abrumadoras multitudes hasta la mañana, hora en que el temor de la llegada de refuerzos hace que los rebeldes abandonen su diabólica obra de destrucción.

Incidente en la Palma

En el ataque del pueblecillo de este nombre, defendido por 150 soldados de línea, al mando del capitán Pozo, al entrar los insurrectos en la calle prin-

cipal, sufrieron el fuego que desde las ventanas se les hacía. De todos los sitios donde un isleño se podía resguardar (casi todos los habitantes eran voluntarios), salían proyectiles y se defendía el pueblo. Los rebeldes tuvieron muchas pérdidas en aquella noche, y algunos entraron en una casa sacando arrastra un infeliz en traje de dormir y temblando de espanto. Llevado á una altura cercana donde se hallaba Maceo, fué acusado de ser voluntario y de haber hecho fuego, resultando del examen que era isleño y voluntario de la compañía del inmediato pueblo de Viñales. Me encontraba junto á Maceo y oí que el prisionero sostenía que, aunque voluntario, se hallaba casualmente en La Palma de paso, y que sus acusadores se hallaban equivocados al afirmar que había tomado parte en la defensa.

La gente de Banderas había hecho la captura, y conocedor el infeliz de la fama de crueles que tenían, temía ser muerto, y suplicaba á Maceo que le concediera la vida. Díjosele que no tuviera miedo, pues que los cubanos no mataban á los prisioneros; pero al mirar los feroces rostros de la abigarrada multitud que le rodeaba, iluminados por el resplandor del fuego que allá abajo consumía la población, pensó sin duda que le engañaban y redobló sus protestas de inocencia y sus súplicas.

Me acerqué para interrogarle sobre la fuerza de la guarnición, y acerca de otros puntos que deseaba conocer para mayor ilustración al describir el hecho de armas que se estaba verificando. Cuando terminé, Maceo hizo una seña á dos negros de su escolta para que se lo llevaran, y en tanto me decía, que quedaba prisionero hasta la mañana que se le soltaría.

Ignoro si pretendió engañarme ó no, pero es lo

cierto que desde entonces jamás volví á prestar gran crédito á sus palabras, ni creí fácilmente las historias que me contaban los jefes insurrectos; acaso los negros equivocarían la seña, ó la desobedecerían por el deseo de vengarse de las pérdidas de aquella noche, pues á poco, á escasas varas de distancia vi brillar un machete levantado entre la alta maleza, cayó, y un horrible gemido ahogado se oyó entre el ruido de la fusilería.

Al dia siguiente los negros me dijeron riéndose que la cabeza fué cortada á cercén, y que ella y el cuerpo los echaron monte abajo; así que al dia siguiente lo habrían encontrado los compañeros del muerto.

Y en realidad debo hacer constar que siempre tuve á Maceo por uno de los jefes más humanos, no habiendo presenciado en el tiempo que le acompañé sino dos ejecuciones, aunque en las comarcas inmediatas ordenaban muchas sus tenientes.

⁂

Poco después de la construcción de la trocha de Mariel, seis jinetes españoles se aventuraron demasiado lejos de las líneas forrageando, y mientras dormían en una casa cerca de Cayajabos, Federico Nuñez con su gente los hizo prisioneros sin tener que disparar un tiro. Después de varias cartas cruzadas con Arolas, fueron colgados de un árbol junto al camino.

Maceo, según las apariencias, se indignó al saberlo, pidió explicaciones á Nuñez, y creo que le reprendió y le privó del mando temporalmente por su

conducta. Lo mismo que Bermúdez era muy apreciado para prescindir de sus servicios, además de ser el único que conocía con exactitud la situación de las fuerzas enemigas á lo largo de la trocha, siendo indispensables sus servicios cuando era necesario hacer pasar partidas por la Ciénaga.

***

Anteriormente he referido las crueldades de Bermúdez y sus subordinados. Maceo le reemplazó con Ducasse á causa de su terrible reputación, pasando algún tiempo antes que el nuevo jefe pudiera comunicar á sus subordinados el cambio de jefe y la orden de que en adelante todo lo que se refiriera á sentencias de muerte habría de ser resuelto por él.

Uno de los segundos de Bermúdez, el mayor Murgado, cuyos importantes servicios consistían en holgazanear alrededor de las lomas de Rangel levantando contribuciones de diversas clases, y gozando del trato de las bellas, so pretexto de que se hallaba enfermo, tenía aterrorizados á los pacíficos por sus altos hechos. Enterado Ducasse le envió la siguiente carta apercibiéndole, la cual pondrá más de manifiesto cuanto llevo dicho:

«Ejército Libertador de Cuba».—«Segunda Brigada».—«Regimiento de Gómez, núm. 102.»

«Con noticia de varias ejecuciones que han tenido »lugar en el distrito de mi mando, sin previo conoci»miento mío, y llevadas á cabo por tropas á las ór»denes de V., le dirijo la presente para que en ade»lante se abstenga de proceder en esta forma y sin

»llenar los requisitos legales necesarios en tales »casos.

»Sírvase acusar recibo de esta comunicación.

»Cuba y Libertad.

»Cuartel general: en el campo. Mayo 10 1896.

»El Coronel Jefe de la Brigada del Sur.—*J. Du-»casse.*

»Al Mayor Tomás Murgado.»

Una copia de esta carta llegó á mi poder de manos del propio Ducasse, que se quejaba de la crueldad de sus predecesores. Según he dicho la mayoría de loshabitantes se habían refugiado en los pueblos huyendo las persecuciones de Bermúdez. Para él bastaba pertenecer á los voluntarios, y hasta tener parientes entre ellos, muchas veces, para ser considerado reo de muerte ó para sufrir otro bárbaro castigo.

***

Al despachar á Ducasse á esta parte de la provincia esperaba Maceo que este joven y humanitario jefe podría contrarrestar el mal ejemplo dado por Bermúdez. Ducasse reorganizó las fuerzas del distrito y recuperó la confianza de los pacíficos, necesitando sólo benignas disposiciones para atraerlos en cuerpo y alma á la causa de la independencia, pues eran cubanos de corazón. Era una difícil tarea á la que en parte dió cima. Quería entonces fomentar la deserción entre los voluntarios, muchos de los cuales sólo esperaban tener seguridad de ser protegidos para unirse á sus paisanos de la manigua. Maceo, que llegó á conocer todo el daño que la conducta de

Bermúdez había hecho á la insurrección, promulgó una disposición especial ofreciendo garantías y privilegios á los voluntarios que se unieran á los rebeldes.

He aquí el documento:

«República de Cuba.—Ejército Invasor. Cuartel »General del General.—Segundo Jefe.—Núm. 806.— »Queda V. autorizado para ofrecer toda clase de ga»rantías á los individuos de los cuerpos de Volunta»rios que quieran presentárseos, así como á proteger »sus familias de las persecuciones españolas, po»niéndolas al amparo de las autoridades civiles. Pro»curad por todos los medios que cuando un volun»tario deserte lo haga trayéndose armas y municio»nes, así como que induzca á acompañarle al mayor »número que pueda de sus compañeros.—Patria y »Libertad.—El Toro, Junio, 2, 1896.—A. Maceo.—Al »coronel Juan Ducasse.—Brigada del Sur de Pinar »del Río.»

Recibí una copia de este documento que me entregó un ayudante de Maceo poco después de escrito en el Toro.

No produjo todo el efecto deseado, pues aunque algunos se acogieron á la bandera insurrecta, la generalidad temía arriesgarse á dar un paso que si lo descubrían los españoles les acarrearía una sentencia de muerte.

Para lo que menos sirve un cubano es para guardar un secreto, pues que no descansan cuando tienen alguno, hasta que en *absoluta reserva* se lo cuentan á alguien y de aquí que no tuvieran confianza los unos en los otros para tramar ningún vasto plan de deserción, llevándose sus armas á la insurrección.

No tengo noticia de que la anterior circular produjera otro resultado que hacer que unos 20 fugados

de San Cristóbal, Artemisa y Candelaria, se presentaran á Bacallao en La Florida. Otros se abstuvieron en vista de los malos tratamientos que varios compañeros suyos sufrieron de un prefecto que desconocía la orden de Maceo, ó la desobedecía á sabiendas.

Ducasse tuvo noticia de ello y pasó al prefecto la siguiente comunicación:

«Núm. 108.—Un individuo del Instituto de Voluntarios, que hoy se halla bajo vuestra protección, ha »comparecido ante mí quejándose de haber sido »amenazado por el subprefecto, ó por un soldado de »vuestro distrito. Os encargo que tomeis noticias y »me envieis al delicuente para imponerle el oportuno correctivo.

»Vos mismo sereis responsable en lo sucesivo, de »la repetición de hechos de esta índole que puedan »repetir vuestros subordinados. Patria y Libertad.

»Puerta de la Muralla. Junio 17 de 1896.—*J. Ducasse.*

»Al Prefecto Francisco Vigoa»

***

Como se vé era dura la tarea de Ducasse, de reprimir los sanguinarios hábitos de hombres acostumbrados á decidir de cualquier manera en asuntos de vida ó muerte; y cuando se piense que los casos referidos no son sino una muestra de los muchos análogos ocurridos en la provincia, se comprenderá que nada se ha exajerado al describir el reinado del terror que allí imperó.

En las escaramuzas de Balisa y Atica del Cura,

(13 y 14 Junio 1896), Pedro Díaz y Vidad Ducasse, se alababan de haber hecho 80 prisioneros de guerra, que pusieron en libertad después de recogerles las armas. Tengo motivos para pensar que esto sea cierto, pues he leido varias cartas de personas que asistieron al combate, estando todos contestes; pero creo que esta es la única ocasión en que los cubanos han hecho prisioneros en un combate; y esto ocurrió porque 125 soldados y voluntarios, se vieron envueltos por los insurrectos en la proporción de tres contra uno y la mayor parte de los españoles escaparon sin embargo, gracias á la habilidad de sus guías, siguiendo el fondo de un barranco.

***

Antonio Núñez, otro cabecilla, capturó seis infelices que ganaban la subsistencia de sus hambrientas familias trabajando en las reparaciones del ferrocarril, cerca de Manacas.

Se consideró como importantísima esta victoria sobre seis hombres desarmados, y dió á los cubanos nueva ocasión para pavonearse con su generosidad sin límites, por haberlos puesto en libertad.

El oficial español á quien fueron entregados, en la población más inmediata, cedió un recibo en que constaba que se habían respetado sus vidas, y Núñez tuvo grandísimo interés en que yo lo copiara, remitiendo la copia á los Estados Unidos para que se publicara. Cuando yo me enteré de todos los detalles se quedó un poco apabullado, pues no veo que los cubanos merezcan elogío alguno puesto que se trataba de gente desarmada cuyo solo crimen con-

sistia en trabajar para acallar el hambre de sus familias, víctimas de la miseria que en algunas zonas reinaba como consecuencia de las correrías de los insurrectos.

Como este es uno de los pocos casos en que los insurrectos pueden alabarse de haber soltado á prisioneros de guerra, conviene puntualizar los hechos tal como ocurrieron, pues otras alabanzas semejantes no tendrán, probablemente, mayor fundamento.

***

Es cierto que los insurrectos tomaron el pueblecillo de Guaimaro tras un *sitio* de cuatro días. Y no es gran hazaña, pues lo extraño para un americano es que no lo hicieran el primer día, en lugar de ofrecer el ridículo espectáculo de 4.000 hombres tendidos tras las trincheras y parapetos esperando que los artilleros *americanos* cañonearan los fuertes guarnecidos por el *enorme número* de 150 hombres.

Cualquiera otra tropa se hubiera apoderado de aquello en un asalto de media hora.

También es cierto que entraron en muchos pueblos durante la invasión rindiendo á los voluntarios y y devolviéndoles la libertad: pero estos hechos no pueden calificarse de empresas militares, pues además de no hallarse fortificados y poderse entrar y salir en ellos como Pedro por su casa, se hallaban guarnecidos por voluntarios, entre los que abundaban los cubanos, que solían ceder á la primera intimación, disculpándose luego con el superior número de los insurrectos.

Sólo en estos casos han demostrado los cubano su

cacareada generosidad: pues tratándose de lugares fortificados y defendidos por tropas regulares jamás he oído hablar de rendición (excepto en Guaimaro). Por el contrario, se ha demostrado repetidas veces que una docena de españoles, protegidos por obras sin la menor importancia, no sólo las han defendido victoriosamente contra abrumadoras muchedumbres, sino que han desafiado á sus adversarios aun cuando hayan sido amenazados con artillería y dinamita.

Como prueba de la opinión en que los españoles tienen á los cubanos no hay más que citar el hecho de que los pocos oficiales que se rindieron á ellos han sido juzgados por los consejos de guerra y fusilados ó sentenciados á confinamiento. Recuerdo un incidente ocurrido el 28 de Febrero de 1[illegible]. Maceo eludiendo la persecución de las columnas había llegado á la costa Norte de la provincia de la Habana, donde á mitad de distancia entre esta [illegible] y Matanzas se halla el pueblecito de Santa Cruz del Norte, cerca de la cual está el ingenio de D. Marcelino González, cuyo cuñado el capitán V[illegible] era el comandandante de armas del distrito, en el cual, casi toda la propiedad pertenecía á [illegible]vadores, para proteger los intereses [illegible] había una guarnición, compuesta de [illegible]dos patanes campesinos [illegible] de la Guardia civil, que se [illegible] circunvalada por una pared [illegible].

Maceo á la cabeza de [illegible] se presentó de improviso frente á [illegible]do la rendición y amenazan[illegible] armas, con incendiar el [illegible]ción á cuchillo. Hubiera [illegible] puñado de hombres [illegible]

sin embargo el comandante de armas arrestó al cabo y lo envió á la Habana para ser juzgado por cobarde.

*
* *

Sería injusto, por mi parte, el que omitiera el hecho de la captura de varios oficiales españoles que prendió Aranguren. Esta acción, realmente meritoria, ocurrió á la vista de la Habana en el ferrocarril de Guanabacoa. El cabecilla detuvo el tren y aprehendió á los oficiales que en él iban y que pertenecían á una guarnición cercana. A la mañana siguiente todos, excepto uno que era cubano, fueron puestos en libertad. El que quedó preso murió ahorcado por traidor á los rebeldes. Este episodio es uno de los más sorprendentes por su audacia, y la consideración de él consuela un poco de ese horrible carnaval de crímenes y sangre.

*
* *

No todos los cabecillas han dado libertad á sus prisioneros: pues ya hemos visto lo contrario al hablar de Núñez y Bermúdez, y yo mismo he oído á algún otro alabarse con el mayor cinismo de haber ejecutado á varios. Fué este Rojas á quien se los encomendó Zayas; pero exacerbado por las insolencias de ellos, macheteó á cinco.

Al mismo le oí referir que rehusó tomar parte con sus tropas en el ataque nocturno á La Esperanza, si

no se le había de permitir machetear á los pacíficos que allí se encontraran. En elogio de Zayas, diré: que durante el ataque tuvo constantemente á su lado el sanguinario cabecilla, y las fuerzas de éste estuvieron mandadas por su segundo.

En los ataques nocturnos que yo he presenciado, principalmente en Jaruco, Catalina, Batabanó, La Palma, San Andrés y Consolación del Sur, los insurgentes invariablemente recibían de antemano la orden de incendiar, destruir y saquear, principalmente la de arramblar con todo era la que más se recalcaba, pues así podían proveerse de ropas, zapatos y aun algunas otras cosas más delicadas que sólo se encontraban cuando se realizaban estos ataques. Se encargaba siempre mucho respetar á las mujeres y niños; pero si estas órdenes se cumplían ó no, sólo podrán asegurarlo las mismas víctimas. En cuanto á mí, como no he podido hablar con ellas al terminarse el saqueo, no puedo manifestar nada sobre la conducta de los rebeldes bajo este aspecto. Semejantes ataques entre las sombras de la noche, se prestan á toda clase de tropelías y crímenes, sin riesgo de que sean descubiertos y castigados los autores. La historia de esta guerra ofrece, sin duda alguna, muchos ejemplos de ello.

Cuando desde el campamento de Gómez regresé á la Habana, me detuve en la prefectura de Pitajones, en las lomas de Trinidad, y mientras tomaba el fresco en la hamaca, oí á mi criado y á dos insurrectos heridos, que acaloradamente hablaban de sus hazañas: relataban cómo habían sido heridos en la noche del ataque al pueblo de San Pedro, á las órdenes de Perico Díaz que mandaba la brigada de Trinidad, y entre otras cosas decían que, al comenzar el ataque, los oficiales comunicaron la orden de pasar

á cuchillo á todos los pacíficos del sexo fuerte, tan pronto como fuera tomado el pueblo.

Como esto se compaginaba muy mal con la humanidad de que había oído alardear siempre á los jefes, llamé á los dos soldados para que me repitieran la narración. Tomárommme, sin duda, por uno de los americanos que como oficiales servían á las órdenes de Máximo Gómez, y sin recatarse, repitiéron, poco más ó menos, lo mismo que ya había yo oído, pero poniendo cierto orgullo y vanidad en la manera de contar el hecho.

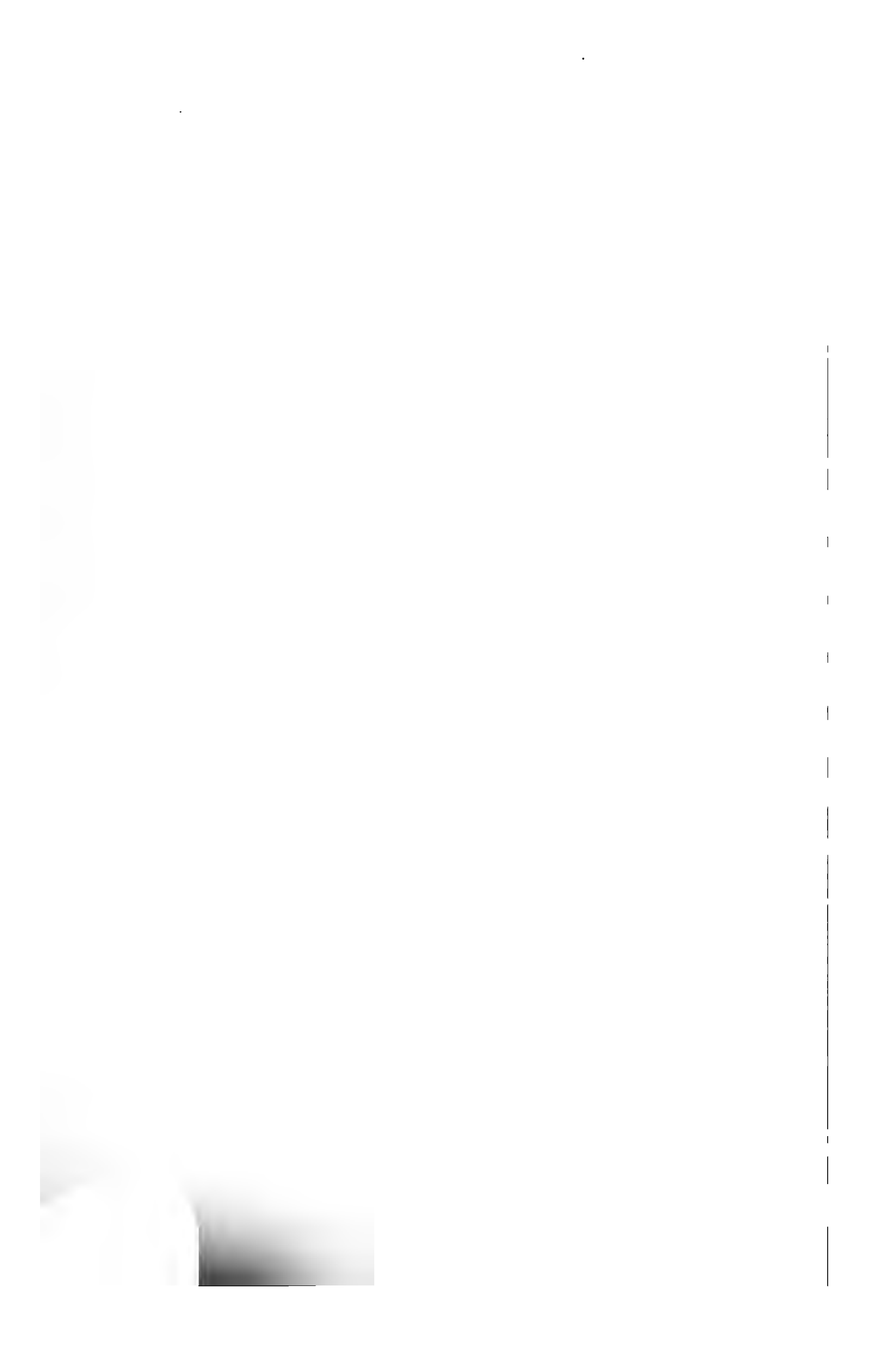
Díjeles que debían estar equivocados, pues no creía que Díaz hubiese dado aquella orden, y que si se sabía que ellos propalaban tal rumor serían arrestados y castigados por hacer correr mentiras que desacreditaban su causa. Creía yo cándidamente que mentían, y los amenacé así para ver el efecto que les producía; pero me sorprendí grandemente al ver que ni se desconcertaban ni se asustaban, sino que, por el contrario, muy tranquilos insistieron en que, como decían la verdad, nada temían, agregando que no tenían inconveniente en acompañarme al campamento de Díaz, donde podrían probarme la verdad de cuanto habían dicho.

De aquí deduje que los insurrectos habían decidido, por lo menos uno de sus jefes, arrojar la careta y tratar como enemigo á todo el que no estuviera en el campo rebelde.

***



MÁXIMO GÓMEZ



Dos son las causas por las que los insurrectos han cogido muy pocos prisioneros y por las que les ha faltado razón para alabarse por su conducta con ellos: primera, que en lugar de tener facilidades para ello con una activa persecución del enemigo y librando batallas ordenadas, es lo contrario lo que les ocurre justamente, pues, constantemente perseguidos, nunca se detienen ni hacen frente por más de unos cuantos minutos, y esto con el único objeto de entorpecer el avance de los españoles el tiempo suficiente para que sus compañeros se pongan en salvo, sin cuidarse en muchos casos de la impedimenta, que queda abandonada completamente á merced de la providencia en aquella general dispersión donde nadie mira sino por sí propio. Esto explica el por qué caen tantos en poder de los españoles, pereciendo á sus manos allí mismo ó siendo enviados á las cárceles.

Otra razón es que si por casualidad se les ofrece ocasión de hacer prisioneros, puede apostarse ciento contra uno á que prefieren matarlos, despachándolos conforme los van cogiendo, para decir luego que han muerto durante el combate.

Este argumento se ha hecho algunas veces para explicar el por qué no se citan los prisioneros tomados por los españoles en el combate.

Si esto es verdad para unos, debe serlo para otros, con la diferencia de que en muchas ocasiones han logrado las tropas coger prisioneros á algunos de sus escurridizos adversarios, enviándolos á las poblaciones para ser juzgados; en tanto que no he oído hablar sino de uno ó dos casos en que los insurrectos hayan hecho prisioneros en el combate, pudiendo afirmar que nueve décimos de los que por tales han pasado fueron guarniciones que capitula-

ron cuando era imposible la resistencia en el fuerte sitiado. En todos los países es ley conocida que tales prisioneros se respetan siempre.

***

Examinando, pues, la cuestión bajo este aspecto resulta que los cubanos han cacareado con exceso la humanidad de su manera de hacer la guerra, y mucho más de lo que merece, puesto que de lo dicho se deduce que, ó les gusta más matarlos antes de aprehenderlos, ó que no han logrado representar el papel de capturadores.

¿A qué, pues, esos clamores contra la «barbarie y las atrocidades» de los españoles que constantemente han perdonado y dejado en libertad á cuantos rebeldes se han presentado á las autoridades?

Es cierto que entre los que han sido cogidos con las armas en la mano han sido ejecutados algunos por rebeldes é incendiarios; pero gran número de ellos no han sido sentenciados sino á reclusión temporal.

Y hagamos una pregunta: ¿Tienen razón los españoles para aplicar á los cubanos la ley como traidores?

¿Qué harían los Estados Unidos en caso semejante? Porque debemos recordar que los rebeldes no afrontan una batalla, sino que, huyendo, vagan por los cerros y selvas de donde, cuando saben que el enemigo no está cerca, salen de noche á quemar y saquear los pueblos y poblados, dejando sin sustento ni hogar á centenares de familias. ¿Cómo tratan nuestros soldados á los indios que hacen la misma

clase de guerra? Nuestros hombres de estado pueden estudiar y proponer radicales medidas para que se apliquen en Cuba; pero debieran comenzar por considerar cuál es el origen del proverbio, tan usado en el Oeste, de que «Un indio es bueno cuando está muerto»; y cuando hayan meditado y conozcan las causas que dieron origen á este dicho, entonces, con conciencia de lo que hacen, si son capaces de ello, que se levanten en el Congreso á pronunciar discursos condenando á España ¡Qué fácil es ver la mota en el ojo ajeno sin ver la viga en el propio!



CAPÍTULO IV

LA JUSTICIA DE LOS REBELDES

Gómez hace ejecutar á cuatro hombres por robar ropas.—Ejecución á sangre fría de un negro en Jamaica.—Un general rebelde convertido en verdugo.—Otro ahorcado por robo.—Asesinato de D. Sebastián Ulacio.—Asesinato de D. Isidoro Abreu.—Incidente de Jiquiabo—Respuesta de Apezteguía á Gómez.—Deseos de matar á Mr. Stillman, de Boston.

Es sabido que al entrar por primera vez en Matanzas, y cuando estaban ocupados en enseñar los talones á las tropas que los perseguían, dedicaban los insurrectos el tiempo que les sobraba á saquear las casas y á tomar por general á Pateta. Era esto en parte autorizado por sus caudillos, y á cualquiera extrañará que á los dos meses de tales excesos, Gómez quisiera detenerlos con la ejecución de algunos de los que los cometían.

Sin duda la razón de esto fué que comprendió el gran daño que, tanto en Cuba como en los Estados Unidos, hacía semejante proceder á la causa que defendía.

Aprovechó la primera oportunidad que se le ofreció para arrestar á cuatro pobres diablos á quienes acusó del enorme crimen de haberse apropiado unas ropas de mujer y algún dinero. No había penalidad señalada para el robo de ropas de mujer, pues así

solamente podían los soldados reponer la suya. Los principales oficiales que tenían dinero á mano podían enviar por ellas á los pueblos: pero los pobres soldados se arreglaban como podían, y, cuando ya no hubo ropas de hombre que apropiarse, hubo que acudir á las del otro sexo; y como con una camisa ó con una falda se hacían dos blusas ó unos pantalones, eran muy codiciadas tales prendas.

Los infelices fueron juzgados como todos aquellos de quienes Gómez era el acusador, saltando por toda consideración de justicia ó decencia y haciendo pronunciar á los jueces la sentencia á que despóticamente los había condenado él desde el primer momento, á lo cual vilmente condescendieron sus subordinados.

Ocurrió esto en la hacienda Luisa, cerca de Güira de Melena, en Enero de 1896.

Se le presentaba á Gómez la ocasión de hacer alarde de su despótica autoridad y lo aprovechó, haciendo que la ejecución se divulgara mucho entre los pacíficos, que la noticia de ella llegara á la Habana y á los corresponsales de los periódicos; y aprovechando la ocasión, largó una de las arengas que tanto prodigaba, en la que tronó contra el robo, y acabó diciendo que la sangre de sus víctimas iba á borrar la mancha que ellos habían echado en la bandera insurrecta.

El hipócrita fingía que olvidaba que, desde él hasta el último soldado, todos eran allí tan culpables como aquellos desdichados, (sacrificados á la vanidad del salvaje dominicano) del crimen por que los hacía morir.

Sonó una descarga y quedó limpia la bandera cubana; fueron las víctimas enterradas allí mismo; y muchos insurrectos me han dicho después que aque-

llo fué una iniquidad que no se hubiera atrevido á llevar á cabo jefe alguno sino Gómez.

Indudablemente quería este atajar el pillaje con un escarmiento, pero sin duda alguna que hubiera sido más eficaz y más justo que el castigo se hubiera aplicado á alguno de los jefes de alta graduación que descaradamente saqueaban por todas partes.

***

Pero la ejecución más trágica que he presenciado fué la de un negro en el ingénio Jamáica á 12 millas de la Habana.

Acababa Gómez de realizar una de sus llamadas asombrosas marchas acampando de noche en la hacienda Portugalete. Esta audacia fué debida á que aun no había Weyler iniciado su activa persecución, y á que no andaba columna ninguna por las cercanías de la Habana. Sabido esto por Gómez se aprovechó de ello para acercarse á la capital y dar motivo para que los corresponsales gritaran desaforadamente que la Habana estaba en inminente peligro; que un ataque era cosa muy probable; y que el ejército libertador llamaba á las puertas de la ciudad con el puño de los machetes. Doce millas es una distancia un poco larga para llamar á una puerta, pero jamás se apuraron por tales bagatelas los cubanizados corresponsales de nuestra prensa.

Durante la estancia en Portugalete una muchacha negra se presentó quejándose de que un insurrecto, negro también, le había hecho proposiciones indecentes, y la había asaltado en su propia casa. El individuo en cuestión, preso durante la noche, fué con-

ducído á la casa donde Gómez estaba alojado; y congregado apresuradamente el consejo de guerra decidió que si se identificaba la persona del ofensor sería ejecutado.

Se emprendió la marcha á la siguiente mañana hacia el Este, ó sea alejándose de la Habana; y al llegar á la proximidad de Jamáica hizo alto la columna esperando la llegada de la negrita para proceder á la identificación del acusado.

Todos los habitantes del poblado lo habían abandonado para acercarse á conocer al renombrado caudillo, y un grupo se había acercado bastante á la columna en su deseo de poder oir las palabras de Máximo Gómez, tan celebrado por su sabiduría. A lo lejos se divisiban los fuertes de San José, y en dicha dirección apareció la negra que venía custodiada por dos negros, en tanto que el preso protestaba de su inocencia implorando su libertad. Gómez que no le hacía caso, pensó que la ocasión era pintiparada para soltar una de sus peroratas á los papanatas que allí estaban sobrecogidos de espanto. Cuando la negra fué acercándose, se vió que el acusado temía su testimonio, pues arrodillándose y levantando los brazos, imploraba clemencia de Gómez diciéndole:

«Perdonadme por esta vez, mi general, yo prome»to no volver á hacerlo.»

«Ah, confiesas», gritó Gómez levantándose sobre los estribos y blandiendo el machete en dirección de la columna que á lo lejos se extendía en una línea quebrada á lo largo del camino.

»Gracia, general, yo no la hice daño, imploraba el infeliz aterrorizado, arrastrándose en el polvo á los piés del caballo de Gómez.

«¡Confiesa otra vez!» chillaba éste; y volviéndose

hacia su gente preguntó: «¿Qué haríais vosotros con »este reptil?»

«Matarle, matarle», respondieron una docena de roncas voces.

«Matarle», repitió Gómez como un eco: «Fusi»larle y pronto», rugió el viejo cabecilla haciendo ademán de sacar el revólver.

Con los ojos fuera de las órbitas y temblando como un epiléptico, trató el sentenciado de retroceder, pero sus piernas no le sostenían; y el último de sus desgarradores gritos pidiendo clemencia se ahogó en un gemido, mientras Gómez repetía con voz de trueno: «Matarle».

***

De pronto me sorprendió ver que mi amigo el coronel Roqué con el rostro lívido y desfigurado por la ferocidad, espoleaba su corcel violentamente de modo tal qne, resoplando, dió el animal un salto hacia adelante como una flecha; al mismo tiempo el ginete con su rifle de 45 disparaba precipitadamente dos tiros, que hiriendo á aquel desventurado en el pecho, lo tendieron en el suelo sin darle tiempo para proferir un quejido. Un nuevo espolazo hizo al caballo saltar por cima de aquel cuerpo; disparó Roqué en el cuerpo del infeliz los tiros que le quedaban, y después que el caballo hubo pisoteado los restos de aquel desdichado, se apartó á un lado.

Tan rápido fué esto, que todo el mundo quedó estupefacto y horrorizado, siguiéndose un penoso silencio. Cuando Roqué saludó á su general después de esta escena, éste, empinándose y agitando su

machete, gritó: «Viva el coronel Roqué, el hombre sin miedo.» Corrieron los vivas á lo largo de la carretera repetidos por las tropas de Gómez, sin que muchos pararan mientes en la horrible ironía de aquellos vítores, pero Gómez probablemente lo comprendió, porque interrumpiéndolos, gritó: «Viva nuestra bandera sin mancha.»

Vivas á Gómez, á la República y al gobierno, contestaron al grito del caudillo; y hecha la señal de marcha, que fué repitiendose de la vanguardia á la retaguardia, emprendióse ésta.

Tan bárbara y cruel resultó la escena, que cuando Roqué volvió á mi lado aún estaba yo sobrecogido, no pudiendo menos de sentir instintiva repulsión al oirle alabarse de su hazaña, de dejarle conocer la extrañeza que me causaba el ver á una persona á quien siempre tuve por un cumplido caballero descender hasta el punto de hacer oficios de verdugo. Me expresé vivamente diciéndole que hubiera ganado mucho la causa cubana si en lugar de lo ocurrido el reo hubiera sido fusilado por un pelotón de soldados y no por uno de los primeros jefes del ejército.

Disculpóse Roqué alegando que el pensamiento de que su esposa y familia pudieran ser víctimas de un bandido como aquél le había cegado, no pudiendo contener la indignación que le arrastró. No negó que aquello fué un instante de arrebato; pero puesto que estaba hecho se cuidaba poco de lo que en los Estados Unidos se pudiera pensar de ello, y no le importaba que yo lo escribiera si lo tenía por conveniente. José Roqué procede de un colegio de dentistas de Filadelfia, y es uno de los más inteligentes y capaces oficiales de la insurrección.

A punto de partir mandó Gómez dos soldados á re-

conocer si el negro estaba muerto, pues todavía se contraían sus músculos. Estos *doctores* informaron que, aunque con seis onzas de plomo en el cuerpo, todavía daba señales de vida, en vista de lo cual, con otros dos disparos, le deshicieron la cabeza salpicando de pedazos de ropas y sesos el suelo, y haciendo que la multitud de pacíficos que espantados contemplaba aquella carnicería, retrocediera horrorizada.

Dirigióse á ellos Gómez, echando de nuevo mano de sus resortes oratorios, y dijo: «Decidle á Weyler, »que los cubanos no permitimos que los que atrope»llan mujeres, manchen nuestra bandera. Cuando pa»sen por aquí las columnas españolas, mostradles »esas manchas de sangre y el lugar donde enterréis »á ese pillo, como prueba de lo que Gómez os acaba »de decir.»

Rompió la marcha la columna; pero yo me quedé esperando á la negra que había presentado la acusación, la cual al llegar al sitio de la ejecución y ver aquellos sangrientos restos, casi fué presa de un accidente. Traté de hacerle algunas preguntas á las que no obtuve contestación acorde, y al fin tuve que echar adelante apresurando la marcha para incorporarme á la retaguardia que ya estaba á punto de perderse de vista.

En otra ocasión en que volví á pasar por aquellos lugares, supe por los labradores de las cercanías, que la negra había manifestado después: «Que el »muerto no la llegó á violar, sino que la había hecho »proposiciones indecentes; y temerosa de que, si se »rehusaba á complacerle la hiciera algún daño, ha»bía cedido, acusándole después ante sus jefes.»

***

En otra ocasión, pocos días después, un mulatillo fué llevado al campamento de Río Bayamo, acusado de haber robado dinero en la casa de un pacífico, y Gómez ordenó á la escolta que se lo llevaran para matarlo. Jamás olvidaré la expresión de la mirada de aquel desgraciado. Un hermano suyo me suplicó que intercediera con Gómez, pues siendo yo americano el general atendería mi súplica: «Decidle que »mi hermano es inocente, y que la acusación procede de un oficial que quiere así ocultar sus propios »crímenes. Y aunque fuera culpable no es el único »que merecería ser castigado, pues hay muchísimos »soldados y oficiales tan culpados como él. Usted »mismo puede verlo sin más que mirar todo el oro, »la plata y las alhajas que tienen los oficiales. Bien »sabe usted que cuando llegaron á las partidas nada »tenían, y que todo lo han cogido en las casas. Hable usted con Gómez, y procure salvar la vida de »mi infeliz hermano.»

Muy conmovido por esta súplica, prometí hablar al viejo cabecilla en favor del muchacho; pero cuando llegué al alojamiento de Gómez, estaba éste durmiendo la siesta y no se le podía molestar. Hice algunas observaciones á varios de sus ayudantes respecto al objeto que allí me llevaba, y me contestaron que probablemente sería complacido. Poco después abandoné el campo para asistir con el regimiento de Roqué al ataque de Guara, y cuando dos días después pasé por el mismo sitio, ví el cuerpo del mulato colgado de un árbol con un tarjetón que decía: «Por plateado».

Me indigné diciendo á Roqué lo que había ocurrido, y agregué que si la ley se cumpliera, muchos oficiales reputados sufrirían igual suerte.

He visto oficiales insurrectos jugando á las cartas,

y el dinero que por la mesa pasaba excedió en muchas ocasiones de 5.000 duros, y como ninguno de ellos tenía un céntimo cuando tomaron las armas, necesariamente todo aquel dinero procedía del robo de las casas del campo.

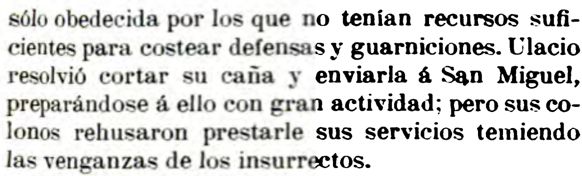
***

Y puesto que de atrocidades estamos hablando, voy á referir varios hechos que han llegado á mi noticia por conducto perfectamente seguro. Sólo relataré algunos de los más importantes que pueden servir de muestra de lo que ocurría.

En primer lugar hablaré de D. Sebastián Ulacio, muerto á manos de Aranguren, y cuyo asesinato produjo gran impresión en Cuba y en España. Mis informes proceden de Aranguren mismo y de Aguirre, autoridades á las que no pondrán tacha alguna los simpatizadores de los insurrectos.

En Febrero se hallaban los azucareros de la Habana y Pinar, en la difícil situación de no saber si podrían ó no podrían moler. D. Sebastián Ulacio se había visto obligado por reveses de fortuna á sacrificar hoy una parte de sus propiedades y mañana otra, hasta el punto de que cuando la insurrección estalló, sólo poseía las fincas Calderón y Tito-Tito. Esta última está situada cerca de la estación de San Miguel y en ella hacía tiempo que no se molía, pues la caña se llevaba embarcada, para ser elaborada, á la Central San Miguel. La otra finca, situada junto á Jibacoa, era también pequeña, no tenía sino un antiguo trapiche y apenas cubría los gastos.

La orden de Gómez prohibiendo la molienda era



sólo obedecida por los que no tenían recursos suficientes para costear defensas y guarniciones. Ulacio resolvió cortar su caña y enviarla á San Miguel, preparándose á ello con gran actividad; pero sus colonos rehusaron prestarle sus servicios temiendo las venganzas de los insurrectos.

Aranguren me informó de que Ulacio los amenazaba con denunciarlos como simpatizadores de la insurrección si en época determinada no se decidían á emprender el trabajo.

Los cabecillas rebeldes estaban á la sazón en la parte oriental de la provincia, y al saber esto ordenó Aguirre que se hiciera una información sobre el particular, y, consecuente á tal disposición, llegó Aranguren el 20 de Febrero de 1895 á Tito-Tito, enviando un mensajero á Ulacio para que compareciera á dar explicaciones. Al recibir el recado enfurecióse Ulacio y, cogiendo un rifle, respondió: «dígale »usted que yo no me comprometo á nada con nin»gún..... rebelde, que no permito que nadie me dé »órdenes en mi casa, y menos un Aranguren.»

En vista de tal respuesta el joven cabecilla ordenó á ocho hombres que fueran á desarmarle y que amarrado, se lo trajeran. Sostuvo Ulacio una corta é infructuosa lucha, pues abrumado por el número de sus enemigos fué atado, arrastrado con una cuerda al cuello y, por último, colgado de un árbol en su propio patio.

Produjo esto una ola de indignación en toda la isla, pues no se debe olvidar que el único crimen del anciano labrador fué su negativa á reconocer la autoridad de los ridículos y personalísimos decretos del caudillo cubano, que no se atrevía á permanecer en ninguna parte el tiempo necesario para demostrar lo efectivo de su autoridad y ver si sus órdenes

eran cumplidas, y sin poder para imponerlas sino á los labradores aislados y huérfanos de protección, pues los más ricos disponían de guarniciones que los defendieran de tales ataques.

Este innecesario asesinato fué aplaudido por la masa de los insurrectos, y cuando llegó á noticia de Gomez cuéntase que dijo que sentía que la ley cubana no consintiera que hubiera más que un teniente general, pues, que si por esto no fuera ascendería á Aguirre por la ejecución; y que si Maceo moría ó era muerto él ocuparía su vacante.

Varias veces me refirió este dicho Carlos Aguirre que entonces estaba con Gómez; y cuando por primera vez me encontré con éste en Galeón el 7 de Marzo de 1896, hacía gran hincapié en este hecho pues, deseaba que yo diera un bombo á su tío en el *Herald*.

Huelgan los comentarios sobre este atropello, pues el que lea puede juzgarlo.

***

Otro desgraciado suceso fué el de D. Isidoro Abreu, anciano é inofensivo encargado de la central Lotería cercana á Jaruco y propiedad de D. Rafael Fernández de Castro, diputado autonomista en las Córtes españolas.

Díjome Aguirre que Castro y su mayordormo estaban complicados en un complot tramado contra su vida con la ayuda de un antiguo bandido llamado Machín. Este había de unirse á los rebeldes, ganar su confianza y envenenarlo en la primera ocasión que se presentara.

Tan burda era la historia que siempre pensé que no se había fraguado sino para ocultar la verdadera causa del proceder de Aguirre que este dejó escapar más adelante.

Castro se había enemistado con los cubanos por su negativa á unirse á ellos, y por haber fortificado su finca, para evitar que fuera destruida. Parece que Aguirre había solicitado con instancias avistarse con él para sacarle una contribución. Sus cartas quedaron sin contestación y cuando la finca estuvo en estado de defensa, Castro le escribió diciéndole que no haría caso de ninguna proposición que se le hiciera.

Ansiaba Aguirre tomar venganza y sin recatarse dijo, que como cogiera á Castro lo ahorcaría. Pero una noche el inocente mayordomo fué capturado y sin más preámbulos el pobre D. Isidoro quedó colgado de un árbol junto al camino.

Poco después Machín fué aprehendido y ejecutado en igual forma; pero el diputado no sufrió la misma suerte, pues no se aventuraba fuera de la Habana. El buen concepto de que Castro y Abreu disfrutaban basta para reputar como absurda la calumnia con que los insurrectos quisieron justificar su conducta.

***

Otro caso semejante fué el de la Central Jiquiabo, distante pocas millas de la Lotería, y propiedad de D. Carlos Pedroso.

Se alojaba en el batey de la hacienda un destacamento de 20 guardias civiles, y el propietario confiado en esto no hizo caso de la circular de Gómez. Montó éste en cólera al saberlo, y ordenó á Aguirre

que destruyera todos los edificios y pasase á cuchillo á todos los que trabajaran allí.

Rendida la guarnición por lo abrumador del número de los insurrectos, entró Aguirre en negociaciones en lugar de cumplir las órdenes de Gómez conviniendo con el dueño en el pago de una crecida multa cuya mitad se pagaría al día siguiente, y el resto en un plazo convenido. Al llegar el segundo plazo pidió el propietario aplazamiento.

Entretanto las columnas españolas acampaban allí frecuentemente, lo cual encolerizaba á los cubanos, que no podían atravesar el valle sin sostener escaramuzas con el enemigo.

El mayor Valencia recibió la orden de aprovechar una oportunidad para acampar en la finca, exigir el pago del plazo, y si no le era entregado incendiar la hacienda. Mientras tanto el cocinero fué sorprendido poniendo unos polvos blancos en la comida; y aguardando á la hora de ésta hízose venir al cocinero y se le ordenó que comiera de aquello. Tembló el hombre poniéndose pálido, y confesó al fin que había sido sobornado para hacerlo, pero negándose á confesar por orden de quién. Sentenciado á muerte no se inmutó, é incontinenti fué ejecutada la sentencia por dos negrazos, siguiendo á esto el incendio de la hacienda.

El propietario, ignorante de todo, se hallaba en la Habana, y se dijo que se ocupaba en buscar dinero para pagar el plazo al siguiente día.

No es probable que quisiera arriesgarse á perder su fortuna instigando al cocinero á que envenenara al cabecilla; pero Aguirre pretendía que sabía á qué atenerse y que como le echara el guante lo había de ahorcar.

***

Otro rico agricultor que lo hubiera pasado mal si hubiera caído en poder de los rebeldes, era el Marqués de Apezteguía, jefe del partido de Unión Constitucional, y propietario de la soberbia Central Constancia próxima á Cienfuegos: gastaba este señor mensualmente en la protección de sus fincas 30.000 duros.

Gómez, que estaba frenético, le escribió que pensaba colgarlo de la rama más alta de una guásima. Contestóle que era un grosero, pero que á pesar de ello desearía que le visitara, pues que si bien él había cortado en su finca todas las guásimas, sin embargo tenía preparada la más alta de las chimeneas de su Central y un buen cordel para ahorcarle. Inútil es decir que Gómez no logró cumplir sus amenazas, y que su venganza hubo de limitarse á quemar algunas de las piezas de caña más alejadas y no protegidas.

***

Dos de los más importantes propietarios de nacionalidad americana en Cuba son Mr. O. B. Stillman, y Mr. Atkins de Bostón, dueños de los ingenios Trinidad y Soledad, el primero en el valle de su nombre y el segundo próximo á Cienfuegos. Durante mi último viaje en busca de Gómez, y poco antes de volver á la Habana, me encontré con un joven teniente rebelde en las alturas de Trinidad, quien alegremente me contó que había colocado una bomba de dinamita bajo un hornillo de la casa de máquinas de Mr. Stillman.

Afortunadamente la explosión hizo muy poco daño

á causa de la ignorancia del que había colocado la bomba, y los trabajos volvieron pronto á proseguirse ordenadamente. Desde lo alto de un monte cercano estaba yo contemplando el hermoso panorama que á nuestros pies quedaba, y el cubano me llamó la atención hacia el humo que salía de la enorme chimenea.

Ahí, díjo, hay un ingenio dirigido por uno de vuestros endiablados paisanos. Es un sinvergüenza: dos veces he intentado volar la finca, y siempre lo arregla todo y á los pocos días otra vez está marchando perfectamente; pero la primera vez ya tomaré bien mis precauciones y estoy seguro de que al fin, con las fábricas, volaré á Mr. Turner, el encargado, y entonces no tendré que luchar ya con americanos y quedará abandonada la finca, que podremos utilizar para acampar en ella. Entonces me preguntó si yo suponía que una vez que después que Turner y Stillman murieran ahorcados, se encontraría algún otro americano que quisiera ponerse al frente de la factoría.

Le dije que tratándose de una compañía muy fuerte, con seguridad enviarían quien los reemplazara. Esto produjo gran efecto, pues entre gruñidos y maldiciones dijo que los yankees eran un hato de «bribones sinvergüenzas» que persistían en resistir las órdenes de la República cubana, y desistió de su intento.



CAPTÍULO V

EL HAMBRE

Febril actividad de las fábricas de noticias de la guerra en La Florida.—Empieza la campaña del hambre.—Programa de Estrada Palma.—Por qué no se destruyó la propiedad en el Este y causas de su destrucción en el Oeste.—Refutación del libro *Verdadera situación de Cuba en la actualidad*.—Primera etapa de la destrucción.—Excursión incendiaria de Gómez.—Su circular para detener la destrucción.—Segunda etapa.—Los soldados españoles encargados de alimentar á los pacíficos.—Error de Mr. Bousal.—Lo que no nos pueden decir los farsantes.—Número de pacíficos en el campo.—Orden de Maceo para destruir la propiedad.—Concentración en Las Villas.—Admonición que el autor recibió de Gómez.—El decreto de Weyler.—Coacción para su cumplimiento.—Gómez responde con otra orden.—Los responsables de todos los daños fueron los insurrectos.

La relativa inacción de Gómez en las dos últimas campañas, y la ausencia absoluta de hechos militares de importancia de parte de los insurrectos en general, quitó interés á este aspecto de la guerra, al menos en tanto que el *chino viejo* realice alguno de los temerarios movimientos en los que siempre está pensando, pero que nunca lleva á cabo.

Las grandes fundiciones de noticias de la guerra establecidas en La Florida, estaban muy apuradas buscando algo que Gómez pudiera conquistar, pues como ya le habían hecho pasearse victorioso por

todas las ciudades y pueblos de Cuba, parecía que el único recurso explotable era dedicarse é confeccionar brillantes descripciones de columnas hechas pedazos en las montañas ó en los sitios más recónditos, donde no fuera fácil que en mucho tiempo pudiera nadie negar tales embolismos.

Esta era la situación cuando Scovel (corresponsal del *New York World)* y yo llegamos al campamento de Gómez, y con nuestras correspondencias pusimos de manifiesto la campaña de sistemática falsedad á que se habían entregado los mal llamados *corresponsales en campaña* de La Florida y la Habana.

Se supo entonces que Gómez no había librado un sólo combate de importancia desde que se separó de Maceo, y que en lugar de ganar las pomposas victorias que se le habían atribuído, no había hecho sino disputar con el gobierno provisional, haciendo desesperados esfuerzos para imponer sus opiniones y autoridad á los miembros de la asamblea. En estas discusiones intestinas logró al menos el triunfo.

Mis cartas al *Herald*, en las cuales con toda crudeza se exponía la verdad y el real estado de la guerra, produjeron el beneficioso efecto de acabar, aunque sólo por una temporada, con las fantásticas fábulas de las grandes victorias y de las heroicas cargas al machete.

Los cubanos que desde los Estados Unidos hacían la guerra, prorrumpieron en un alarido é inundaron al *Herald* con cartas preguntando si su corresponsal estaba vendido á los españoles. Por supuesto, que no me cabe duda de que una parte de los emigrados cubanos en nuestro país habían sido engañados por las camamas inventadas por sus paisanos.

Acostumbrados á que la generalidad de nuestros

corresponsales fueran [illegible] la [illegible] dejando que sus simpatías pesaran más que el deseo de conocer la verdad, cuando uno, [illegible] ó [illegible]cente, escribe la verdad tal cual es, no les cabe en la cabeza que esto pueda hacerse sin segunda intención: una de dos, ó es que se quiere sacar dinero á la junta, ó que se recibe remuneración de sus enemigos; nunca piensan que la verdad se diga por el solo gusto de decirla.

Viendo que mientras Gómez tuviera á su lado un corresponsal, no podían contarle de victorias, los laborantes (así cubanos como americanos) buscaron algo que produjera gran sensación y conmoviese á los americanos contra España.

Pronto se halló lo que se necesitaba y todo el mundo se preparó á empujar la bola. Comenzó la campaña de la miseria, y también se preparó, que »un corresponsal de periódico en la Habana, recibió »órdenes telegráficas de sacar partido del *hambre de* »*los americanos en Cuba, para sus correspondencias.*»

«En consecuencia se corrió la voz y los correspon»sales en la Habana, comenzaron á ver horribles »escenas que ocurrían en el interior, donde todos »tuvieron buen cuidado de no trasladarse.» Así lo decía el *Evening Post*.

∴

Pero el que en Cuba existiera miseria no bastaba para los fines que se perseguían, así que se procedió á investigar de qué manera se podría verosímilmente echar la culpa de ella á los españoles, con lo cual

podría de nuevo salir á relucir la brutalidad é inhumanidad españolas.

Me asaltan dudas respecto á tales investigaciones, pues lo que sigue demostrará, que ó de nuevo fueron engañados y arrastrados por los laborantes, ó que voluntariamente falsearon los hechos, demostrando el mayor desconocimiento de la historia de la guerra hasta entonces, al referir todos los males de Cuba al decreto de reconcentración de Weyler, y al atronar el mundo con sus clamores contra *la más inicua disposición de los tiempos modernos.*

Pero no bastando con esto, comenzaron á descubrir enjambres de americanos que se morían de hambre en aquel país asolado por la guerra y *hasta nuestros cónsules fueron metidos en la conjura*, para que esto fuera más eficaz. El resultado de ello está bien reciente y todos recordamos que nuestro Congreso, juguete de estos falsos informadores, llegó á votar un crédito de 50.000 dollars, para socorrer á los americanos indigentes.

Recordando las noticias que de la Habana llegaban, hay que maravillarse de que á estas horas quede alguien vivo; y es el caso que la gente está todo lo robusta que permite la alimentación con boniatos, habichuelas y ajos, que allí se usa.

Que había hambre en Cuba, no cabe negarlo. Todo el que ha visitado la isla en los últimos doce meses y ha estudiado los progresos de la campaña, estará convencido de que dada la manera de hacer la guerra, más pronto ó más tarde llegaría el hambre como inevitable consecuencia de tan irreflexiva destrucción.

Sin duda que esta calamidad, que se veía venir, fué anticipada por el decreto de reconcentración y comenzó á dejar sentir sus efectos, aunque no hasta

el punto que muchos han querido hacernos creer; y si han pesado más sobre las poblaciones del Oeste, es porque esta zona ha estado en una precaria condición por más de un año.

La real causa de la miseria en Cuba puede encontrarse leyendo cuidadosamente las columnas de los periódicos, que injustamente se han abstenido después de referirla á los hechos que la originaron, y han echado toda la culpa á Weyler.

Aunque no pretenda meterme á defensor de éste, ni de sus métodos de guerra, tampoco puedo defender á los insurrectos en este asunto, en el cual sin género ninguno de duda les corresponde toda la responsabilidad del *bárbaro crimen* que quieren ellos imputar al jefe de sus enemigos.

***

El afán de censurar á los españoles ha hecho que se prescinda de los hechos. Los cubanos que se han alabado en muchas ocasiones de su política de destrucción, se han callado como unos muertos cuando han visto el éxito de su treta de atribuir á Weyler los horribles resultados del sistema que ellos mismos han puesto en práctica.

Seguiré paso á paso los varios períodos que han conducido á la actual situación, y desafío á cualquiera á que me contradiga con fundamentos que merezcan crédito.

Comenzaron los cubanos, proclamando que todo el ganado, caballos y productos alimenticios quedaban confiscados en provecho de la República, y sentado esto, todo quedaba á su disposición.

Se decretaba que todo cubano había de poner sus

intereses y propiedades al servicio de la insurrección.

He aquí la proclama según la cual queda claramente demostrado lo que hemos dicho, documento autocrático muy curioso en sus detalles.

«Proclama dirigida á los cubanos, españoles y ex»tranjeros, por Estrada Palma, sucesor de Martí.

»Art. 1.º Todos los cubanos quedan obligados »y sujetos á contribuir á la independencia de la isla, »bien con sus intereses ó con sus personas. Todo el »que tome las armas en favor de España perderá »sus propiedades, y el que nada posea será expulsa»do de la isla de Cuba, y á aquellos que teniendo in»tereses emigren por cobardía les serán confiscados »por el gobierno cubano la mitad de sus bienes, sin »que les sea permitido volver al país en tanto las »autoridades no lo estimen conveniente.

»Art. 2.º Los que contribuyan á la independencia »de la isla de Cuba, ganarán sueldo desde el mo»mento en que se alisten, el cual será pagado el día »del triunfo. Si ellos murieran se aplicará este bene»ficio á sus familias.

»Art. 3.º Serán respetadas las personas y bienes »de los españoles que no luchen contra la indepen»dencia, pero los que sirvan en voluntarios ó ayu»den al Gobierno Español con su fortuna, serán ex»pulsados de la isla y sus propiedades confiscadas.

»Art. 4.º Ni antes ni después del triunfo se podrá »exigir responsabilidad á los cubanos por las propie»dades, pertenecientes á extranjeros, que sean des»truídas durante la guerra.

»Art. 5.º Los soldados que de las filas españolas »se pasen á las de los libertadores, gozarán de los »mismos derechos concedidos á nuestros mismos »soldados.

»New-York, Agosto, 15, 1895.—*T. Estrada Palma.*»

Resulta, pues, que, después de inaugurada su campaña de destrucción, enfáticamente sacudían los insurrectos toda responsabiliddad por la propiedad destruída durante la guerra. Este plan fué premeditado y cuidadosamente madurado en los primeros meses de la guerra, según lo prueba la fecha del documento transcrito.

* * *

La destrucción de haciendas de caña y en general de toda clase de fincas no adquirió grandes proporciones en tanto que la insurrección estuvo confinada en el Este. La razón es sencilla, pues la mayoría de los habitantes eran cubanos ó negros que favorecían la rebelión, bien tomando las armas, bien quedándose en sus casas para desempeñar el papel, más difícil, de espía. Sus bienes se respetaron por consiguiente.

Según queda explicado, en el Oeste había muy diversos elementos, y existía bastante indiferencia por la causa de la insurrección, en lo cual, se han apoyado los españoles para sostener que la insurrección no fué el resultado de un sentimiento popular de desafección al Gobierno, ni un general deseo de libertad; sino un movimiento tramadò en los Estados Unidos é importado por los descontentos que allí vivían; que al ver las reformas liberales que España concedía á sus súbditos americanos aprovecharon la oportunidad de fomentar la presente insurrección. Enviando expediciones, á las órdenes de hombres que habían adquirido prestigio en la ante-

rior guerra, lograron dar fuerte impulso á la presente en el Este, donde se hallaban los pocos veteranos que quedaban de aquella.

En Occidente, por el contrario, se advertía poco interés por el resultado de esta lucha, deseando tan sólo recoger la cosecha tranquilamente, y con las ganancias de ella ponerse á cubierto de necesidades en los tiempos difíciles que se suponía habían de venir seguramente.

La anterior recolección había rendido muy poco, á causa, entre otras, de la competencia de la remolacha, pues el precio del azúcar había descendido á cuatro reales por arroba. Numerosos labradores de poco capital quebraron, y los que resistieron la crísis se consideraron como muy afortunados si lograron cubrir los gastos de producción; así que todos tenían puestas sus esperanzas en la próxima cosecha, lisonjeándose con realizar alguna ganancia merced á la pequeña alza que los precios habían tenido.

La excursión á Oriente, ó la *invasión*, como se la llamó pomposamente, no tuvo más objeto que impedir á esta gente que trabajara, y como consecuencia obligarlos á que se acogieran á la bandera de la insurrección. Además, España sacaba la mayor parte de las rentas del azúcar y el tabaco que se cultivaban principalmente en aquellas provincias, y los rebeldes creían firmemente que, una vez que estas fuentes de riqueza quedaran cegadas, sería cuestión de pocos meses el que los españoles renunciaran á la lucha. Estos á lo menos eran los argumentos que los cubanos alegaban, y en verdad no los acreditan de perspicaces, ni de conocer el carácter de los españoles, según alardeaban de conocerlo, pues todos hemos visto como á pesar de haberse agotado las

rentas han rehusado los *mercenarios españoles* evacuar la isla. Por el contrario, parece que se ha producido el efecto totalmente opuesto, y que el honor y el orgullo han decidido á toda costa la conservación de la colonia.

Otro motivo muy probable de la invasión debió ser el provocar una intervención de los gobiernos extranjeros al ver que eran destruídas las propiedades de los extranjeros, pues la nacionalidad del propietario no salvaba las cosechas, y la tea se aplicaba lo mismo á las fincas del americano, que á las del francés, al inglés ó el alemán.

Abrigaban los cubanos la ilusión de que alguno de estos gobiernos reclamaría indemnizaciones por esta causa; y como era cosa sabida que el tesoro español se hallaba apurado, se confiaba en que no siendo posible hacer frente á tales reclamaciones, lisonjeábanse los insurrectos con que esto sería origen de dificultades ó conflictos internacionales que habrían de redundar en beneficio de ellos.

Cuando Gómez entró en la comarca azucarera, situada entre Sancti-Spíritus y Artemisa, ordenó que se destruyera toda la caña, en cumplimiento de lo cual quedaron arruinadas completamente millares de hectáreas, y con ellas las esperanzas de los pobres plantadores que esperaban recuperar su antigua prosperidad.

Muchos, que no querían unirse á los rebeldes, en vista de que carecían de dinero ó tenían muy poco, y sin esperanza de hacer nada de provecho en el campo, se trasladaron con sus familias á las poblaciones, con la efímera esperanza de encontrar colocación allí.

***

Preciso es que ahora haga referencia á una obra recien publicada, *La verdadera situación de Cuba en la actualidad*. Este libro, escrito por Mr. Stephen Bousal, es un notable ejemplar del estilo corriente en la literatura que se ocupa en las cuestiones de Cuba; y aunque tengo en la mayor estima á su autor, no puedo menos de cumplir con lo que creo un deber, para rectificar ideas equivocadas que dicho libro ha de sugerir forzosamente á quien lo lea.

El autor describe gráficamente lo que en la isla ha visto, y nada tengo que decir acerca de esto.

Dícese en el libro que los pacíficos, en manadas como un rebaño, son arrojados á los bajos y pantanosos puestos avanzados, donde la caridad no puede alcanzarlos, y donde les es imposible encontrar ocupación ni trabajo.

Triste es su condición é inútil es negarlo, pero el autor ha caído en el error de atribuir toda esa miseria al decreto de reconcentración de Weyler, sin acordarse de las causas anteriores á aquél, que son las que han traído la situación actual. Como dicho libro ha sido considerado por nuestros senadores tan digno de crédito que en él han basado dichos é iniciativas, está perfectamente justificado que ahora llame yo la atención del público hacia los siguientes hechos, que pueden ser comprobados por los corresponsales que han ido al campo para ver por sí mismos, y por una simple lectura de las columnas de los periódicos.

***

Corrían los meses de Diciembre de 1895 y Enero de 1896, y la tea insurrecta devoraba hogares y campos, fábricas y almacenes. ¿Qué fué de las familias á las que los rebeldes dejaron sin casa, muebles ni ropas? Unos buscaron refugio en las alturas ó en los bosques; otras corrieron á las ciudades, amparándose á las guarniciones españolas. Los corresponsales escribían á sus periódicos describiendo el lastimoso estado de los millares de infelices que en bandadas y aterrados entraban en las ciudades en todos los trenes, y hablaban de las multitudes que por los caminos huían dejando á su espalda el hogar y la fortuna entregados á las llamas. Nos contaban conmovedoras historias de muchachas, madres y abuelas que entraban en los pueblos medio desnudas, y el autor agrega que muchas llegaban en tal estado de desnudez, que no atreviéndose á mostrarla quedaban fuera hasta que un alma caritativa les daba cualquier trapo con que tapar sus carnes.

De seguro que ni la gente ni los diputados habrán olvidado todo esto.

El plan de los insurrectos estaba bien pensado, pues á muchos que en un principio se refugiaron en las poblaciones, la desesperación los arrojó al fin en las partidas cuando convencidos de que no encontraban medio de ganar la vida, pensaban que con los insurrectos no les faltaría el diario alimento, y que en el saqueo de pueblos ó almacenes podrían robar algo para enviarlo á sus familias, que medio muertas de hambre dejaban en los pueblos á la merced de la caridad pública.

Así llegó á las poblaciones la primer avalancha de campesinos. ¿Cómo vivían y cómo se procuraban el sustento? En otro país las mujeres pudieran acaso

haber obtenido algún empleo, pero su esfera de acción está sumamente restriginda en los países latinos. La mayoría no podía aspirar sino á ser costureras y lavanderas; eran indigentes que necesitaban de la caridad pública.

***

Dice Mr. Bousal que los lugares de concentración estaban «situados en puntos estrategicos y no en po»blaciones en las que era posible haber encontrado »trabajo ó activa caridad.» De donde parece deducirse que la caridad es una virtud desconocida de la presente generación de españoles.

Veamos lo que en esto hay de cierto:

Cuando entraba la gente á millares en las poblaciones, ¿como vivía? Acudamos de nuevo á las correspondencias de acreditados corresponsales y hallaremos en cada pueblo una «Junta de Socorros», generalmente presidida por la primera autoridad y todos los días enormes calderos de carne y legumbres se distribuían al pueblo hambriento.

Esta hermosa caridad no distinguía de opiniones ni de personas; y era dicho corriente que muchos cubanos que estaban en la manigua, dejaban á sus familias encomendadas á la caridad de sus enemigos. Insisto en que así era, pues visité varios pueblos del campo en aquella época y siempre hallaba á las autoridades ocupadas en distribuir raciones á todo el mundo sin preguntarles sus opiniones: bastaba que carecieran de recursos.

¿Y no es este un proceder notable?

Se nos ha dicho en todos los tonos, que los espa-

ñoles no deseaban sino exterminar la raza cubana, lo cual se aviene muy mal con ocuparse en dar de comer al mismo pueblo que los combate.

Pero aún hay algo más sorprendente y espero que mis cubanizados colegas, no se molestarán si les recuerdo lo que el 13 de Enero de 1896 dijeron los periódicos de New-York.

Encontramos en ellos la noticia de que el general Martínez Campos, había iniciado una suscripción para crear un fondo de auxilio para los perjudicados por la guerra que no tenían recursos; y ¡maravilla de las maravillas!, él encabezaba la lista con 2.000 duros; seguía Arderius con 1 000; el Banco Español con 6 000. Y no se detuvo aquí pues insinuó á los oficiales la idea de que el ejército contribuyera con un día de haber. ¿Podrá cesar la admiración? ¡los bárbaros y sanguinarios asesinos accedieron!

Hispanófobos: los viles, inmundos é ignorantes soldados españoles fueron más cristianos con sus enemigos que la multitud de cubanos que estaban en los Estados Unidos y que bien tranquilos en este país, organizaban expedición tras expedición, violando todas las leyes, para que destruyeran la fortuna y el hogar de sus infelices compatriotas, generosamente socorridos por los calumniados enemigos. En verdad que es bastante cómodo pasearse por la Florida ó por New-York, inventando grandes victorias; pero es muy diferente ir á Cuba y afrontar las balas.

Desde luego, que nuestra prensa no hizo comentario ninguno que ensalzara la generosidad conque el ejército español ayudaba á los cubanos necesitados.

Con posterioridad el Gobierno de España mostró el mismo interés en pro de las familias cubanas pobres, permitiendo que ellas cosieran los unifor-

mes para las tropas, que antes se hacían en España, proporcionando trabajo á las madres, hijas y hermanas de los que en la lejana Cuba se batían por la integridad de la patria. ¡Qué pocos gobiernos en el mundo serían capaces de privarlas de este recurso para evitar que murieran de hambre las familias de los que despedazaban la patria!

Pienso que nada de esto nos convencerá de que, como dice Mr. Bonsal, los españoles no desearan sino el exterminio de los cubanos. Y no es justo, ante tal proceder, hacer la vista gorda para los crímenes de los rebeldes, y no censurar sino los que éstos imputaban á los españoles.

***

Volviendo á ocuparnos de Gómez, se hallaba éste en Enero de 1896 vagando por la provincia de la Habana, donde se entregaba de lleno á la obra de destrucción. Los españoles no le perseguían activamente, como antes, á causa de la parcial crisis política porque atravesaba la Habana. Gracias á que disponía de mucha caballería, lograba frustrar todos los planes que estos formaban para obligarle á combatir, y cuando se veía muy apurado por las columnas que le iban á los alcances, incendiaban los campos entre los que acababan de pasar, y los españoles no tenían más remedio que dar un gran rodeo que retrasaba la persecución. Dos meses duró esta campaña incendiaria, y es locura pretender que ningún ejército, por bien organizado que estuviera, la hubiera podido evitar.

Los agricultores veían consternados la rápida

manera como el movimiento se extendía y la política de devastación adoptada por los caudillos rebeldes. Se reunió una junta en la Habana para ver de ayudar á los que perdían sus cosechas; los negocios estaban paralizados, el comercio muerto, y la inseguridad se apoderó de todos los espíritus á causa de los horribles efectos de aquel reinado del terror.

***

El éxito de sus movimientos sobrepujó los más lisonjeros sueños de los insurrectos. Envanecido con la manera como burlaba la persecución, y pavoneándose con la importancia de sus pocos ridículos y nada sangrientos éxitos, imaginaba Gómez que el triunfo estaba cercano, pues la alarma y la consternación que consigo llevaba, tomólas erróneamente por reconocimiento de su superioridad, y creía que en adelante los agricultores prestarían obediencia á todas las disposiciones sucesivas, que, según la marcha de los sucesos, creyese él oportuno dictar. En consecuencia, graciosamente condescendió en prohibir que se continuara la destrucción de los campos de caña, cuyos propietarios se plegaran á sus órdenes. El 12 de Enero de 1896, en el ingenio Mi Rosa, al Sud de la Habana, promulgó la siguiente circular:

«Circular.—República Cubana.—Ejército Liber»tador.

»En vista de que, suspendida la molienda de caña »en las provincias occidentales, no es ya necesario »recurrir á la destrucción de los campos de caña, »ordeno y mando lo siguiente:

»Art. 1.º Queda terminantemente prohibido in»cendiar los campos de caña.

»Art. 2.º Cualquiera que sea el rango ó condi»ción de quien desobedezca esta orden, será tratado »con el mayor rigor.

»Art. 3.º Las casas de calderas y máquinas de »las haciendas de caña, serán destruidas, á pesar de »esta orden, siempre que los dueños ó encargados »intenten volver á trabajar.

»Art. 4.º Se respetarán las personas y propieda»des de todos los habitantes pacíficos de la isla de »Cuba, sea la que quiera su nacionalidad.

»Cuartel General, en el campo, á 12 de Enero »de 1896.—*M. Gómez.*»

En vista de esta orden se creerá que los insurrectos dejaron de incendiar los campos de caña; pero no fué así, pues aunque por una temporada fué observada por Gómez su propia orden, no sucedió lo mismo con sus subordinados, que nunca desperdiciaron, cuando se les presentaron, las ocasiones de poner fuego á las piezas de caña que se hallaban en apartados lugares, con el objeto de hacer creer á la gente de las poblaciones que se realizaba algún importante movimiento, y para dar lugar á que los laborantes hicieran correr sus maravillosos cuentos, inventando que *los muchachos* habían capturado la guarnición de una finca, incendiando después ésta.

Puedo asegurar, y otros confirmarán esta aseveración, que, á pesar de la circular de Gómez, no pasó un día en el que no pudiera verse desde la Habana el humo de los incendiados campos; y como lo he visto, puedo afirmar que el más insignificante pretexto se aprovechaba para prender fuego, cuando no era la causa el solo deseo de hacer daño.

***

Gómez no había pensado en que las personas de gran capital acudirían á los últimos extremos para proteger sus intereses, y así ocurrió que todos los agricultores ricos fortificaron sus ingenios y organizaron guarniciones, y defendidos por éstas se rieron de sus proclamas y fabricaron azúcar á despecho de las circulares, decretos, anatemas y esfuerzos de sus enemigos. Otros no tuvieron la previsión de pedir tropas al Gobierno; pero, ignorantes del *ultimatum* de Gómez, prosiguieron preparándose para la molienda.

Rabiosos al ver sus órdenes desobedecidas, comenzaron los insurrectos la segunda etapa de su aniquiladora obra. Después de los campos, uno tras otro se quemaban los establecimientos de los ingenios, las casas de los *arrimados* (colonos) y las de todas las personas que no simpatizaban con la insurrección. Familias enteras fueron empujadas así á las poblaciones con prohibición de volver al campo, y se prohibió á los labradores que fueran á los pueblos á vender sus productos.

Tenía esto un doble objeto, y demuestra la misma barbarie de que más adelante han sido acusados los españoles: los insurrectos esperaban que impidiendo la entrada de víveres en las poblaciones, obligarían al Gobierno á gastar cuantiosas sumas en alimentar á las personas indigentes; y éste era uno de los varios procedimientos por los que pretendían apresurar la bancarrota del Gobierno de España.

Y ahora, se presenta oportunamente el momento de tratar de otra cuestión.

¿Cómo se las iba á componer toda aquella gente recien entrada en las poblaciones para procurarse el sustento? No se atrevían á aventurarse en el campo para buscar alimento, por temor á las vengan

zas de los insurrectos. ¿Cómo habían los españoles de continuar alimentando á tantos infelices?

Nuestros rabiosos hispanófobos van á sorprenderse de saber que los soldados españoles empleaban una gran parte de su tiempo acosando ganado y conduciéndolo á los corrales inmediatos á los pueblos, con el solo objeto de que aprovechase á los habitantes.

Cuando recogían ganado cuyos propietarios vivían aún en el campo, dando en pago en lugar de dinero resguardos á cobrar más adelante, decían los insurrectos que era un incalificable ultraje. Pero los españoles al hacer esto legalizaban la recogida dando un documento que en su día podrá ser cangeado por dinero; y puesto que el Gobierno español es el único reconocido por todas las naciones, ¿quién sino él tiene derecho en último caso para imponer contribuciones? Si se llama ladrones á los españoles por requisar en debida forma ganado para sustentar á las familias de sus enemigos, ¿qué nombre merecerán los insurrectos por semejantes acciones? Si los españoles son tachados de despóticos por estas causas, ¿qué se dirá de los insurrectos que anunciaron que todo el ganado se consideraba propiedad de la República? Y cuenta que no procedían tan equitativamente como sus enemigos, pues nada daban en cambio.

Según muchos, deben elevarse estátuas á los insurrectos por que colgaban á los infelices que para dar de comer á sus familias llevaban su ganado para venderlo en las poblaciones; pero si los españoles confiscan el ganado, que sin dueño conocido anda suelto en el campo, ó autorizan á los pacíficos para cazarlo, todo con objeto de que haya que comer en los pueblos, los insurrectos se sentirán ho-

rrorizados, y su general en jefe escribirá á nuestro presidente que los españoles enseñan al pueblo á robar.

El hecho de que los rebeldes hicieran público que no admitirían responsabilidad por la propiedad destruída, no parece indicar el propósito de indemnizar á los infelices labradores por los bueyes que habían desaparecido en sus gargantas.

A despecho de cuanto en contrario se ha dicho, la caridad pública y privada se manifestaba activamente favoreciendo á las multitudes aglomeradas en las poblaciones, pero no siempre podía hacer frente á todo, á causa de que los negocios se hallaban paralizados, y no se podía dar trabajo á los que no tenían recursos.

No dando resultado la estratagema de arruinar á España, apelaron los rebeldes al tercero y más espantoso de sus procedimientos terribles contra los infelices no combatientes.

Se aplicó la tea á los pueblos pequeños no guarnecidos por tropas, y otra vez me ví obligado á presenciar el lastimoso cuadro de millares de desgraciados que en una hora perdían sus bienes y su hogar. No hay excusa ni pretexto para tan bárbara conducta, sólo la explica el deseo de destruir y dejar devastada la isla ni, por estar aquellos pueblos desguarnecidos, cabía invocar que eran fortalezas del enemigo.

***

Habla Mr. Bousal no más que de ocho pueblos de concentración en Pinar del Río, y dice que se eligieron por estar en posición estratégica; pero si hu-

biese estudiado la cuestión con el debido cuidado, y puesto más imparcialidad de su parte, agregara que no se podían haber elegido otros, puesto que los demás los habían destruído los cubanos. El 15 de Octubre de 1896 publicó el *New-York Herald* un mapa que le envié poco antes de que Weyler promulgase el bando. Basta mirarlo para convencerse de que es injusto hacer responsable á dicho general de la miseria que hoy existe, puesto que vemos que de 60 poblaciones ó pueblos sólo ocho escaparon á la tea insurrecta: unas 20 fueron parcialmente quemadas y 40 desaparecieron por completo.

No se avisaba á los vecinos ni se les daba tiempo para salvar nada; sino que como el rayo surge de la nube, así en las sombras de la noche caían los insurrectos y quemaban, saqueaban y arrasaban los pacíficos pueblos, y sus habitantes recibían la brutal orden de buscar refugio en las ciudades guarnecidas donde su sostenimiento originaría mayores gastos al Tesoro español.

¿Se ha dicho nada de esto cuando los fantaseadores de la desolación y el hambre trataban por medio de afirmaciones mentirosas, de arrastrar á nuestro Congreso á intervenir en este asunto? ¿Sería justo que un americano como yo, que conoce que ciudadanos faltos de conciencia quieren colocarnos en una falsa situación, se calle pacientemente? No. Reclamo el derecho que me asiste para ser escuchado, el cual he ganado exponiendo mi vida para poder escribir la verdad, y tienen mis palabras mucho más peso que las de quien sin abandonar las comodidades de la Habana ó visitando, á lo sumo y sin peligro, las líneas españolas perfectamente guardadas, vuelve á los Estados Unidos dándose aires de autoridad en el problema cubano.

¿Qué ha visto esta gente? ¿Qué pueden contarnos? ¿Podrán ilustrarnos respecto á las atrocidades de esta guerra?... Asegurar que Mr. Scovel y yo somos los únicos corresponsales que pueden con verdad asegurar que han visto en el campo un pacífico muerto, y por consiguiente, cuanto se ha escrito sobre las inhumanidades no son sino cuentos que, como papagayos, han aprendido los laborantes. Y si nos hablan de la miseria lo hacen con el mismo conocimiento, puesto que con sus tejidos de embrollos lograron excitar á nuestro Congreso con el relato de millares de americanos que perecían de inanición; y como consecuencia se vió el resultado de sus mentiras, pues á pesar de haberse dedicado nuestros cónsules en Cuba á cazar hambrientos, no se pudieron repartir sino 7.000 duros entre americanos necesitados.

El siguiente artículo del *Everning Port* se refiere á lo mismo:

«La relación que el general Lee envía de las distribuciones votadas por nuestro Congreso para socorrer á americanos indigentes en Cuba, prueba lo »que cuando se votó el crédito dijo el *Everning Port*; »pues no obstante el interés desplegado, el cónsul »general no ha podido repartir sino 10.000 duros, y »es muy verosímil creer que buscando necesitados »se ha paseado por la isla un rastrillo de púas muy »agudas y estrechas.»

Estos corresponsales tuvieron gran cuidado de callarse cuando los sicarios de la tea incendiaban las poblaciones indefensas, y callaron también cuando refugiados á millares en los pueblos fortificados las familias que de aquellos arrojaron, emprendieron la misma campaña contra éstos.

Se abstuvieron de informarnos, que alejados du-

rante el dia llegaban á ellas cuando estaban entregados al sueño los habitantes pacíficos, deslizándose como rastreros indios entre las yerbas, para esconderse de los fuertes; no han relatado los salvajes alaridos y las descargas que despertaban á los moradores, el asalto á los almacenes en busca de petróleo, la apresurada distribución de las latas de él, ni la delicia con que estos merodeadores de las tinieblas se entregaban á su diabólica obra de destrucción. Tampoco nos han contado los hispanófobos, que al cabo de algún tiempo las autoridades dispusieron que todo el petróleo se almacenara en los fuertes, y que no se vendia sino cuando los compradores lo necesitaban realmente.

Como no lo vieron, no nos han referido que una vez dentro de la línea de los fuertes de un pueblo, sólo se ocupaban de quemar, robar y destruir, sin conmiseración de las lágrimas de mujeres y niños, arrancados al sueño por las descargas de sus verdugos y por el asfixiante humo del fuego que consumía sus viviendas, de donde desnudos huían para no morir abrasados: huían las madres con sus hijos en brazos, huían empujadas por aquellos bárbaros, entre el fuego que consumía ambos lados de las calles; corrían desnudas, lamidas por las llamas y heridas por el fuego que se cruzaba entre los fuertes y aquellos demonios que corrían con la tea en la mano. ¿Pueden esos corresponsales contarnos que estas infelices imploraban en vano con gritos de agonía, que se les permitiera salvar, al menos, algunas ropas, y que cuando todo era una horrible hoguera caían muchas desfallecidas y ahogadas por el espantoso calor de aquel inmenso hornillo pereciendo abrasadas? ¿Pueden darnos noticia de cómo los insurrectos, sin ocuparse sino de robar cuanto tenía

algún valor en almacenes y casas particulares, no se acordaban para nada de atacar á los fuertes?

No: estos farsantes no pueden informar á nuestro público de nada de esto porque de ello no saben más que las mentiras que les contaban los laborantes de la Habana.

Pero yo he visto todo esto y dejando alejado á Maceo y su cuartel general, he entrado tres veces en estas poblaciones mientras los insurrectos consumaban su espantosa obra; y desarmado me he expuesto al fuego de los fuertes. Así he conquistado el derecho de decir la verdad.

Mr. Bousal dice: contra los ancianos, las mujeres y los niños, contra huérfanos y viudas de los que luchan por su libertad, esgrime sus armas Weyler.

¿Contra quiénes esgrimían los cubanos las suyas en los ataques nocturnos?

Según las ideas que en los Estados Unidos están más extendidas la respuesta á tal pregunta sería: contra los fuertes españoles. Pero puedo afirmar sin temor de que se me desmienta, que para nada se ocupaban de los fuertes enemigos. Se ha oido hablar de pueblos arrasados y quemados, pero no de fuertes tomados ni rendidos. No, la ocupación era el saqueo durante toda la noche.

He oido despreciar el valor de los españoles porque no abandonaban los fuertes para perseguir á los merodeadores y pienso que en circunstancias semejantes hubieran hecho lo mismo nuestros soldados, pues en la oscuridad es muy difícil evaluar la fuerza del enemigo y es cosa sabida que los rebeldes no abordaban estas empresas sino en gran número.

Por ello creo que hubiera sido demencia que un puñado de españoles abandonaran la protección de los fuertes para hacerse despedazar por una abruma-

dora muchedumbre. Permaneciendo en ellos estaban ciertos de que al rayar la aurora correrían los incendiarios á refugiarse en los montes, pues no registra la historia de la guerra un solo fuerte tomado por asalto.

***

Hemos visto que los pueblos pequeños, todos, y parte de los grandes, fueron quemados por los insurrectos, y se ocurre: ¿fueron al campo sus moradores ó se quedaron en las poblaciones? Tiene importancia la pregunta porque Mr. Bousal nos dice que 400.000 pacíficos estaban sufriendo los efectos del decreto de Weyler, y hay que fijarse en que si esto fuera cierto demostraría que los habitantes de aquellos pueblos se habían trasladado al campo donde murieron para resucitar al promulgarse el decreto de reconcentración. Como esto no es muy probable, acaso estuvieran agazapados en los rincones de las montañas. Pero es el caso que en compañía de los insurrectos he recorrido yo todos estos escondrijos sin encontrar rastro de tales pacíficos; de modo que lo que lógicamente hay que pensar es que Mr. Bousal ha incurrido en la equivocación de sumar todos los pacíficos achicharrados anteriormente por los insurrectos, aprovechándose luego del decreto de Weyler para echarlos sobre la conciencia de éste. Es mi leal y fundada opinión, y creo que Mr. Scovel pensará lo mismo que á la promulgación de aquella orden no podía haber en Pinar del Río más de 2.000 pacíficos que vivieran en el campo y que pudieran sufrir las consecuencias de ella. Muchas leguas he

recorrido en aquella provincia sin encontrar una miserable casa donde tomar un bocado; las familias que vivían en las lomas no pasaban de cincuenta y los bohíos distaban varias millas unos de otros. La mayor parte de los habitantes residían cerca de los pueblos á los que periódicamente iban á proveerse de lo que necesitaban. Asimismo he viajado por la provincia de la Habana, donde la proporción de personas que aún vivían en el campo era mayor que en otras comarcas, y, no obstante esto, su número era relativamente corto y todos estaban en la miseria ó poco menos; pues aunque hacían esfuerzos para vivir, todo cuanto compraban en sus excursiones á las ciudades caía al fin casi siempre en las garras de los rebeldes.

Cuando llegó la concentración hacía mucho tiempo que la escasez de alimentos se hacía sentir en Cuba, hasta en los mismos centros de concentración donde más tarde la descubrió Mr. Bousal.

¿Cómo vino esta escasez? Esta importante pregunta sólo puede ser contestada satisfactoriamente por quien sepa lo que en el campo pasaba. Es sabido que el insurrecto vive á costa del labrador, y las mismas columnas españolas en las expediciones un poco largas tienen que seguir algunas veces igual sistema, pues aunque llevan consigo raciones, no es de suponer que se rehusen de cuando en cuando algún extra de carne ó batatas, máxime cuando saben que de no utilizar ellos estos recursos serían consumidos por el enemigo, y en prueba de esto he oído más de una vez á los insurrectos decir á los infelices pacíficos, á los que les robaban el último cerdo, que eran unos malos cubanos que merecían la horca por tratar de conservar un animal del que se aprovecharían los españoles en cuanto llegaran.

Lo mismo los campesinos que los insurrectos son imprevisores y gastadores. Habían vivido desde que empezó la guerra de la cosecha sin hacer tentativas para suplir su deficiencia; los insurrectos no se ocuparon de regularizar su servicio de provisiones, y aun los oficiales civiles, encargados de la inspección de él, ignoraban totalmente las necesidades de los combatientes, pues no se preocupaban de los demás en tanto á ellos no les faltara.

De todo esto resulta que mi opinión es que los pacíficos estaban incomparablemente mejor en las ciudades que en el campo, donde los rebelde los obligaban á apurar el suplicio de sembrar y labrar incesantemente para lograr cosecha tras cosecha de las que no podría aprovecharse, pues los insurrectos venian á hacer las recolecciones; y después de consumirlo todo dábanle al infeliz la orden de sembrar para que ya que no combatía contribuyera de algún modo á la libertad de Cuba. Nueve décimos de la gente que vivia en el campo á la promulgación del bando de Weyler, dependían de un modo ó de otro de los prefectos ó subprefectos cubanos ó de cualquiera otro de los muchos empleados creados según su sistema.

El ganado era de la República, y enemigo de ella el infeliz labrador á quien se sorprendía matando una res para su consumo particular , aunque fuera de su propiedad. Sólo podían matar los prefectos que distribuían la carne entre los servidores de la insurrección.

***

Como una prueba más del rabioso deseo que los insurrectos sentían de dejar asolada la isla, citaré una orden de Maceo, de la que me fué facilitada una copia por Aguirre:

«República Cubana.»—«Ejército Invasor.»—Cuar»tel General del Segundo Jefe.»

«Llamo la atención de V. acerca de la necesidad »de emplear todos los medios para destruir los ferro»carriles de su demarcación, volando puentes y tre»nes con dinamita.

»Interesa asimismo destruir todos los edificios que »puedan servir de refugio á las tropas españolas, é »inutilizar todo el grano y el tabaco almacenado en »esa comarca.

»El Roble, Junio 9, 1896.—*A. Maceo.*»

He aquí una orden dada á sangre fría para volar trenes con su carga de inocentes pasajeros y quemar todas las casas del campo: pues forzando el sentido cualquier oficial poco escrupuloso podía justificar la destrucción de las propiedades de sus enemigos personales.

La situación al comenzar la campaña de Weyler contra Maceo, era esta: 6.000 insurrectos armados, bien municionados y con abundantes provisiones para sostenerse mucho tiempo en las lomas: diseminados en el campo unos 2.000 pacíficos que, si de corazón no fueran insurrectos, no estuvieran allí, los cuales iban á las poblaciones para extraer víveres y otros efectos para los insurrectos, y á servirles de espías, con lo cual el menor movimiento de las columnas llegaba enseguida á conocimiento de los rebeldes, en tanto que nunca sabían nada si los soldados españoles les preguntaban por el enemigo, cuando no los ponían sobre una pista falsa; los insurrec-

tos ni arriesgaban combate, ni se aventuraban fuera del abrigo de las alturas ó de las ciénagas.

***

Dejemos á un lado por un momento sentimentalismo y simpatías, y veamos lo que otro cualquier general que no fuera Weyler hubiera hecho.

Su primer cuidado para asegurar el éxito habría sido desembarazarse de espías; y como todos los que en el campo estaban era sabido que en espiar se ocupaban hubiérales ordenado acogerse á las poblaciones ó les aplicaría el trato que como enemigos merecían, dando un plazo para optar entre lo uno ó lo otro; y terminado, al que desobedeciendo quedara en el campo lo hubiera hecho prisionero enviándolo á los centros fortificados. A pesar de cuanto se ha dicho, afirmando que en ellos se hizo una carnicería, aseguro que todo esto sólo han sido fantasías de los laborantes cubanos repetidas por los corresponsales, cogidos en la urdimbre de embrollos que aquellos tejen.

Para dar fundamento á mis palabras referiré, entre paréntesis, un incidente relacionado con mi viaje al campamento de Gómez en los Hoyos, al Este de Santa Clara, no tomando el nombre de campamento en su sentido ordinario, sino más bien como lugar de descanso.

Estando yo en la provincia se decretó la concentración: la mayoría de los campesinos obedecieron, y los que no, fueron violentamente obligados por las columnas á trasladarse á los pueblos; pero no era posible que alguno no escapara y unas cuantas familias

se refugiaron en los bosques construyendo bohíos y arrastrando una vida de penosas privaciones.

Por tres meses estuve viajando constantemente entre Trinidad y la trocha del Júcaro llegando á conocer personalmente á casi todas estas familias...

Las interrogué, comparando sus informes, y en toda la comarca no hallé una sola que acusara á los españoles de crueles ni de matar pacíficos. Oí que habían sorprendido un campamento en las lomas de Trinidad y dado muerte á seis enfermos, y poco después hallé yo mismo el cuerpo de un mulato horriblemente mutilado, y este episodio fué la base para que yo acusara á los españoles de inhumanos.

En mi siguiente viaje continué mis investigaciones, y á pesar de mis esfuerzos, no llegó á mis oídos ninguna noticia auténtica de que los españoles hubieran matado gente inofensiva. Cuando volví al campo de Gómez hablé con dos oficiales de graduación de las supuestas carnicerías de pacíficos en Pinar del Río, y entre otras cosas dije, que no se podía acusar á Weyler de asesinatos en la zona de Sancti-Spíritus, pues cualquiera que su reputación fuera en otros sitios, yo estaba seguro de que las atrocidades que allí se le habían atribuído no eran ciertas, de lo cual me había convencido en mis viajes, sin que nadie me hablara de ellas.

Aquellos amigos (los coroneles Valdés y Abreu), debieron contárselo á Gómez, pues en un furibundo discurso contra los americanos en general, y contra mí en particular, me increpó por querer pintar un mónstruo como si fuera un ángel, gritó que en Sancti-Spiritus humeaba todavía la sangre derramada por Weyler; y que tenía yo mucho tupé para atreverme en su propio campo á sostener lo contrario de lo que el sabía perfectamente por sus subordinados.

Repuse que los que se los habían comunicado ó le habían engañado á él ó á mí; que yo había estudiado el asunto con mucha detención y que los mismos oficiales que á él le informaron de aquellas inhumanidades me habían dicho á mí que no tenían noticia de ellas; agregando además que era de suponer que siendo los mismos los soldados que en uno y otro lado combatían presumía que si en Santa Clara no había habido inhumanidades, también podían ser falsas las que de Pinar del Río se contaban.

***

Examinemos ahora varias conclusiones á que Mister Bousal ha llegado y que estampa en su libro.

En primer lugar el decreto en que las funda dice así:

«D. Valeriano Weyler... etc... Ordeno y mando:

»1.° Los habitantes del campo, ó los que residen »fuera de la línea de fuertes de las poblaciones, se »trasladaran en un plazo de ocho días á las que están »ocupadas por las tropas.

»2.° Queda prohibido el transporte de alimentos »entre las poblaciones y el campo ó de un lugar á »otro, por tierra ó mar, sin previo permiso de las »autoridades militares: los que infrinjan esta dis»posición serán tratados como auxiliares de la rebelión.

»3.° Los propietarios de ganados conducirán sus »rebaños á las poblaciones ó á las inmediaciones de »ellas, á cuyo efecto se les facilitarán escoltas.

»4.° Transcurridos ocho días—que en cada dis»trito se contarán desde la publicación de este bando



ANTONIO MACEO

»en la capitalidad de él—á todos los rebeldes que se »presenten les designaré población para que en ella »residan. Servirá de recomendación para los que se »presenten el proporcionar noticias aprovechables »del enemigo, el presentarse con armas de fuego de »su propiedad, y más aun cuando la presentación sea »de insurrectos en crecido número.

»Habana 21 de Octubre de 1896.-- *Valeriano Weyler*.»

He aquí los comentarios de Mister Bousal:

...«Estos bandos no se hicieron públicos como la »ley requiere. Es caritativo suponer que Weyler y »las autoridades sentían vergüenza de un docu»mento que no podía ocultárseles era la sentencia de »muerte de millares y millares de inocentes, con es»pecialidad mujeres y niños.

»En la Habana, Matanzas, y Santa Clara se envió »el bando á los gobernadores de varios distritos mi»litares, se comunicó á los jefes de las guerrillas y »de las columnas en operaciones, á quienes se enco»mendó el prevenir á los campesinos de que tenían »que abandonar sus casas, los efectos de su propie»dad y trasladarse á los centros de concentración.

»No se les permitió llevar consigo sino lo que po»dían cargar en sus hombros, antes de ponerse en »marcha para las poblaciones—donde les esperaba »la muerte por inanición ó por las calenturas,—vie»ron como se confiscaba su ganado, como se entre»gaban sus casas á las llamas y quedaban abrasadas »sus cosechas. Como es natural, en muchos sitios se »resistió la orden con tanto más motivo cuanto que »no se había publicado en debida y legal forma, y »muchos campesinos fueron fusilados en vista de su »resistencia.

»A pesar de lo inhumanamente que los no comba»tientes fueron tratados por las guerrillas—com-

»puestas casi exclusivamente de presidiarios saca»dos de las cárceles españolas para hacer de verdu»gos en esta guerra—y por los granujas del país »alistados por su conocimiento del terreno y la gen»te, ha habido casos en que más horribles que sus »mismos actos han sido los que á veces originaba el »terror que tal gente inspiraba.»

***

Parece que Mr. Bousal olvida ó quiere olvidar los siguientes hechos:

Dice que no se publicó la orden, sin tener en cuenta que al día siguiente de dictarse la publicaban íntegra muchos periódicos. Como él no llegó á Cuba sino tres meses después le excusaremos por no saber que la publicaron todos los de la isla.

Hablando ahora de su ejecución en la provincia de Santa Clara deseo manifestar que está totalmente equivocado. La prensa reprodujo el bando; y en cuanto á la aserción de que los pacíficos nada supieron hasta que se lo comunicaron los *incalificables guerrilleros*, es ridículo y denota absoluta falta de conocimiento de cómo se trasmiten las noticias en Cuba, pues al día siguiente de dársele cumplimiento en Santa Clara, no había pacífico en el pais que no conociera hasta los menores detalles y que no estuviera discurriendo la mejor manera de burlarla, tanto que muchos, sin esperar la notificación oficial, liaron los bártulos trasladándose á la ciudad más cercana. Los que conocemos la táctica insurrecta sabemos que una de sus manías es que tan pronto como los españoles dan una orden han de oponer

ellos otra; así ocurrió en este caso en que Gómez dió apremiantes órdenes para aprehender á todos los pacíficos que se encotrase en las cercanías de los pueblos; y aunque no puedo decir que se haya aplicado, sin embargo se entendía que la pena que se les había de aplicar era la de muerte. Solamente los jefes principales tenían autorización para hacer estos viajes, y para vigilar el cumplimiento de lo dispuesto se establecieron guardias y piquetes en las diversas avenidas de las poblaciones, que llegaron hasta querer impedir comunicarme con mi correo, y que lo hubieran realizado si yo no hubiera recibido de Máximo Gómez una orden para que permitieran lo que sin aquella y sín otra de Cisneros no habrían consentido. Sí esto hacian conmigo á quien conocían como corresponsal, ¿cuál sería su proceder con los pobres pacíficos?

Vemos, pues, que también en esto se equivoca Mr. Bousal porque no obstante el mayor interés en dar gran publicidad al decreto, en muchos casos lo hubieran impedido las guardias rebeldes, y todos los que se acogieron á las poblaciones tuvieron que hacerlo antes que Gómez interceptara con sus piquetes los caminos. ¿Cómo había de llegar la notifi cación á los del campo?

Los periódicos eran secuestrados por los jefes insurrectos siempre que contenían algo que perjudicara á su causa, y sobre todo si se ocupaban de concentración ó rendición de rebeldes.

Asi, pues, si Weyler encomendó á los guerrilleros la publicación, empleó el único medio seguro de notificación de que podía disponer. Mr. Bousal nos hace enseguida creer que aquellas gentes tenían hermosos mobiliarios, pero que tenían que limitar su carga á lo que personalmente pudieran llevar. Si

hubiera visto los bohíos alguna vez sabría que no merece la pena de ocuparse de tales ajuares, ni siquiera de transportarlos á ninguna parte, pues por regla general todo se reducía á una hamaca para el matrimonio, que no valía tres duros, y dos ó tres sillas de 75 céntimos. En muchas casas unos tablones sostenidos en borriquetes hacían de mesa; en otras se prescindía de tan gran lujo y se servía la comida en el suelo. Cuando la familia era muy numerosa solían casi todos dormir en hamacas hechas con sacos de azúcar; y con tantas idas y venidas de los insurrectos, los tenedores, cuchillos y cucharas era cosa extraordinaria que se encontraran después de tanto hurto y tanto robo, que ni aun había respetado las cacerolas y calderos, hasta el punto de que la mayoría de rebeldes y pacíficos tenían que guisar sobre las brasas. En cuanto á los últimos apenas tenían la ropa suficiente para encubrir su desnudez, pues si se sabía de alguien que tuviera más de una muda de ropa no faltaba nunca algún rebelde desnudo que le ayudara á usarla.

Las mantas y demás ropas de cama habían sido llevadas á sitio seguro en los arzones de las sillas de los insurrectos. Cuando Mr. Bousal dice que no podían llevar sino lo que ellos mismos cargaran dice bien; pero lo que ignora es que infinitas veces he visto á la misma gente llevar atado á la espalda cuanto en el mundo poseen, para buscar nueva residencia en los bosques.

Que les quemaron sus casas es cierto; pero no es esto cosa que apure á los cubanos, pues sin más ayuda y armados con su machete pueden construir otra igual en dos días. ¡Las cosechas quemadas y el ganado confiscado! Esta afirmación parece de mucho peso; pero si se recuerda lo que llevamos dicho,

se recordará que para esta fecha habían dejado los rebeldes muy pocas cosechas, y que en cuanto al ganado lo habían declarado de propiedad de la República, lo cual nos parece que no se sabrá como llamarlo sino se lo llama confiscación. Pues entonces, ¿cabe censurar á los españoles porque capturasen la propiedad de sus enemigos, máxime cuando se hacia con objeto de impedir que los legítimos dueños de ella murieran de inanición?

*
* *

Me parece haber demostrado de una manera concluyente que Mr. Bousal se ha equivocado al interpretar el decreto y la manera de plantearlo. Pudiera continuar demostrando que se ha engañado en otras muchas cosas; pero basta lo dicho para patentizar lo absurdo de muchos de los cargos hechos á los españoles y para hacer caer sobre sus enemigos la parte de responsabilidad que les corresponde ante la pública opinión por los abundantes crímenes de que son culpados.

He dicho que cualquinr general hubiera tenido la precaución de limpiar el país de espías; y si al hacerlo sufrían con tal medida sus culpables enemigos no habría por qué censurarle. Téngase en cuenta que Weyler no adoptó estas disposiciones más que para proteger á las tropas desembarazándolas de solapados enemigos en el campo, y recuérdese que durante un año estuvieron los rebeldes obligando á concentrarse en las poblaciones á todos los que no les convenía que estuvieran fuera de ellas.

Después que la comarca quedó libre de tan peli-

grosos espías, ¿qué había que hacer inmediatamente, en vista de que, rehusando el enemigo los combates, era preciso renunciar á terminar la guerra por la fuerza de las armas? ¿Qué recurso le resta á un general en semejante caso? A nuestros amigos les hubiera parecido muy bien que Weyler abandonase la lucha concediéndoles la independencia; pero no es esto la guerra, y un general que tranquilamente consiente en ser vencido sin sufrir una derrota no sirve para el oficio. Puesto que no se batían no quedaba más camino que seguir que privarlos de mantenimientos. ¿Y cuál era el medio de lograrlo? Los insurrectos habían acorralado ganado en escondidos rincones de las alturas y de los bosques; habían hecho excursiones nocturnas para coger algunas reses de las que estaban en los corrales próximos á los pueblos para servir de alimento á la muchedumbre de infelices que allí vivían, y cuando no podían apoderarse del ganado, ó lo soltaban para que huyera, ó mataban los bueyes aquí y allí sin utilizarse de ellos, sin más objeto que el de que no pudieran aprovecharlos los infelices concentrados.

Después de esto los soldados españoles cuando no podían capturar al ganado, que suelto andaba por el campo, lo fusilaban; y así ha desaparecido una gran cantidad de reses en la campaña.

Los insurrectos jamás mataban uno de sus bueyes cuando podían apoderarse de otro en los corrales del enemigo, sin pensar que así apresuban la llegada del momento en que sus familias abandonadas en las poblaciones carecerían de alimento.

Tal es la situación en dos palabras: con la destrucción constante de las cosechas y la persecución del ganado los insurrectos han llevado á sus paisanos á tan precario estado. Llegó un momento en que los



españoles no pudieron llevar más ganado á los pueblos porque apenas quedaba en el campo; y así la miserable y desdichada gente que en ellos vivía sufrió hambre, llegando bastantes á morir por esta causa.

¡Y todavía hallamos escritores—como mister Bousal y otros—que en presencia de tales hechos nos muestran de intento la situación desde un falso punto de vista é intentan comprometer á nuestro Congreso en una parcial y perjudicial información! No creo que sea político de mi parte tomar caminos diametralmente opuestos á la corriente popular en este país que simpatiza con los cubanos, ni aparecer como defensor de España en este asunto; pero cuando tengo la moral certeza de que digo la verdad, adquirida por experiencia propia (mucho mayor que cuanto puedan decir los fantaseadores); cuando veo cómo han engañado á mi patria una pandilla de gentes que no saben lo que se dicen, creo mi deber de ciudadano americano aportar el peso de mi conocimiento en la materia, sin preocuparme de lo que pueda pensar el público, pues tal manera de sentir no es sino el resultado de las falsedades que nuestra prensa, ansiosa de producir efecto, ha publicado.



CAPÍTULO VI

De cómo un editor y autor fué engañado por los laborantes de la Habana. — Rectificación de algunos erróneos conceptos del libro "Historia de Cuba,,.

Gran reputación de Mr. Halstead.—Sorprendentes verdades.—La leyenda del machete.—Verdadero papel de tal arma en esta guerra.—Las terribles cargas de los macheteros son un mito.—Corresponsales que han presenciado combates.—Las únicas cargas en toda la guerra.—Otro mito: Las amazonas.—En el ejército cubano no hay ninguna.—Las mujeres que había con Maceo.—Una verdadera amazona.—Culpa de los españoles en que exista tal creencia.—La destrucción de poblaciones según Mr. Halstead.—Lista de poblaciones incendiadas.—Irresponsabilidad de los españoles.—Ejemplo de cómo trabajan los laborantes en la Habana.— Cartas fantásticas de Mr. Mauix.—Mr. Ewing.—El campeón embustero.

Una de las principales obras entre las que sobre la actual situación de Cuba se han publicado, es el libro de Mr. Halstead, plagado de errores.

En su «Historia de Cuba» nos dice francamente que tal es el amontonamiento de mentiras y absurdas invenciones que hay en Cuba, á causa de la fuerza imaginativa de cubanos y españoles, que es casi imposible á una persona sesuda sustraerse á su influencia.

Para quien, como yo, está de acuerdo con esto,

resulta claro que si bien Mr. Halstead ha tenido perspicacia para comprender la imposibilidad de que fueran ciertos varios hechos atribuídos á cada partido por sus partidarios de la Habana, no ha logrado sin embargo evitar ser víctima de los laborantes; con lo que su obra, estimable por otros conceptos, contiene varias invenciones que sólo quien, como yo, ha estado en el campo, puede contradecir.

La reputación de Mr. Halstead como autor y editor le pone á cubierto de la sospecha de que parcialmente haya querido desfigurar los hechos, según plan preconcebido. Así que no debe verse nada personalmente ofensivo en mis rectificaciones, sino sólo mi deseo de patentizar que nuestros mejores escritores han sido sugestionados por embusteros agentes de una causa cuya sola intención era poner á nuestro Congreso en una falsa situación con el reconocimiento de la beligerancia.

Pienso que justifica mi conducta, al hacer esto, el hecho de que diputados y senadores, confiando en la reputación de aquel autor, han sufrido la influencia del libro; y como ya he señalado lo triste del espectáculo que nuestros legisladores ofrecen pronunciando discursos ó proponiendo resoluciones que se apoyan en bases totalmente falsas, creo que debe hacerse luz para que en estos asuntos se pueda ver claro.



Las más sorprendentes verdades se hallan en el séptimo capítulo, en el que prudentemente dice mister Halstead:

«Es conmovedora y patética, hasta cierto punto,

»la credulidad de los cubanos en los asuntos de más
»vital interés para ellos. Digo, cubanos, sin hacer dis-
»tinción entre unos y otros, pues salvo raras excep-
»ciones, que no hay para qué citar, todos son opuestos
»á la dominación española, sin que se distingan sino
»por el más ó menos de su desesperación. La actual
»generación, cuando menos, ha mamado la rebe-
»lión, y política es sinómino de conspiración.......

....

»Los hechos significan allí muy poco, la fantasía
»lo llena todo.

»Oía yo relatar sorprendentes hechos á uno que
»había sido testigo presencial de un hecho sangrien-
»to, y cuantos le oían interrumpíanle, muy excita-
»dos, con preguntas insidiosas; cuando un caballero
»americano que conservaba su serenidad, y conocía
»perfectamente el castellano, dijo: «Déjenle ustedes
»que cuente la cosa tal como es, y no traten de ha-
»cer que la describa peor de lo que es, pues ya es
»bastante mala.» Nada hay demasiado extravagan-
»te para ellos, las exageraciones se amontonan y la
»verdad queda tan oculta que no hay quien la des-
»cubra. La novela de que el Gobierno español había
»pagado un motín en Washington, fué creída por
»muchos, y lo propio ocurrió con la conseja de que
»el senador Sherman había sido negrero. Refirióse
»en otra ocasión, que un gran tren del Gobierno ha-
»bía sido atacado por Maceo; que llegó una columna
»española, trabándose un furioso combate, y que,
»aunque llevándose cartuchos y otros despojos del
»tren, se retiraron los insurrectos, dejando 30 heri-
»dos que fueron asesinados por los españoles. Se
»daban toda suerte de detalles, y sin embargo, no
»había habido tren, ni combate, ni asesinatos, ni
»nada absolutamente. Correspondencias *perfecta-*

»*mente dignas de crédito*, llegan por secretos con»ductos dando cuenta de importantes cosas total»mente imaginarias.

»Los cuentos de los cubanos son mucho más fan»tásticos que los partes oficiales de los españoles, y »esto obedece á la opresión militar en que aquellos »viven, con sus odios, celos y rivalidades comprimi»das, la astuta hipocresía, y la siniestra finura, una »maligna cortesía exterior: frutos que recoge la »tiranía.

»Es costumbre en los cubanos el olvidar el agravio »más importante cuando se quejan de los españoles »y su forma de gobierno: hablan de afrentas perso»nales, y de ambas partes se arroja sobre el contra»rio la acusación de entregarse á bárbaros y diabó»licos excesos con las mujeres. Esta es la primera de »las acusaciones que de uno y otro lado se hace.

»El general Weyler, sobre todo, ha sido abrumado »de acusaciones de increibles brutalidades. Sería »poco delicado amontonar aquí todos los crímenes »que se dice han señalado su carrera más que la de »otro cualquiera, y los cubanos se asombran si al »relatarlos os atrevéis á poner en duda sus pala»bras. Arrojan sobre regimientos españoles en masa »acusaciones de monstruosidades tan repugnantes, »que á cualquier persona de juicio le parecen desca»belladas.»

El autor de este libro explica en otro lugar, que la mayoría de las historias de abusos deshonestos eran pura fantasía, y como resultado de sus investigaciones deduce, que en este punto son los cubanos tan acreedores á la censura, como los españoles; pero, en tanto que pocos casos auténticos puedan imputarse á éstos, la evidencia habla contra aquéllos, mostrándose en el gran número de mujeres en-

contradas en los montes y escoltadas á las poblaciones por los españoles.

Dice más adelante Mr. Halstead, que Weyler rechazó enérgicamente estas acusaciones de crueldad y barbárie, reputándolas completamente falsas, y diciendo, que á los que convenían era á los mismos que las fraguaban, y que ellos eran los asesinos, los incendiarios y devastadores, que cubrían todo esto bajo la máscara de un falso patriotismo. Protestó de la especie que suponía que en La Cabaña se cometían diarias y clandestinas ejecuciones al romper el alba, y dijo: «Campos mató tres, y yo no he mata»do ninguno, ni lo sentenciaré, á menos que no sea »algún jefe culpable que merezca claramente la »muerte.»

Sigue Mr. Halstead:

«No puedo dudar de lo que el capitán general me »dijo acerca de las muertes de prisioneros; pues los »que hablaban de docenas de hombres fusilados to»dos los días, no podían nunca decir el nombre de »uno solo, ni eran capaces de decir cuales prisione»ros eran los que faltaban, si alguno faltaba. Ade»más ninguna razón había para matar en secreto »gente oscura y sin significación como no fuera el »afán de matar, y á esto no se ha llegado».........

....

***

En el libro que traducimos siguen, á continuación de los anteriores párrafos, otros en los que el autor copia de la obra de mister Halstead, una entusiasta tirada que se refiere á las cargas al machete, y en

la cual se dice que la caballería insurrecta es de las más temibles del mundo, no siendo extraño que los españoles se atemoricen al oir el terrible alarido de «al machete», «al machete».

Después continúa el autor por su cuenta en los siguentes términos:

«Todo insurrecto, combatiente ó no, lleva por regla general machete; lo mismo ocurre con los jornaleros, y en realidad puede decirse que todo cubano lo usa.»

La última vez que ví juntos á Gómez y Maceo en el ingenio San Gervasio (Matanzas), llevaban 10.000 hombres. De ellos 4.000 tenían fúsiles y el resto machete ó revólver. En otro ejército estos 6.000 hombres hubieran sido una buena caballería, provechosamente empleada en empresas propias de dicha arma. Y si esas leyendas del machete tuvieran algún fundamento, ¿no es probable que Maceo, el rey del machete, se hubiera enorgullecido de mandar tal fuerza?

Pero supe que antes de marchar al Oeste á través de la Ciénaga, apartó 1.000 de estos inútiles que le estorbaban formando un cuerpo pomposamente llamado regimiento de zapadores y minadores de Sanguilí, á los cuales ordenó que tomando la Ciénaga por base de operaciones se ocuparan en destruir los ferrocarriles próximos. A la llegada á Pinar desmontó el resto de tan inutil fuerza continuando la campaña á pie, pues estaba disgustado de la holgazanería de aquella indisciplinada masa, que cabalgaba en los aspeados caballos hasta que los pobres animales perecían.

Varios combates he presenciado sin tener la suerte de ver una lucha al arma blanca, por la sencilla razón de que no la ha habido.

A pesar de que las fuerzas insurrectas tenían siempre más de una mitad de caballería armada con machete, es notorio que en cuanto comenzaba el fuego estos *bravos jinetes* se sentían invadidos del rresistible deseo de la exploración en sentido opuesto al sitio por donde el enemigo avanzaba; y sendas, veredas y caminos se llenaban de pequeñas *partidas exploradoras* que no cesaban de correr hasta que el ruido de las descargas quedaba ahogado por la distancia. Llegó á tal punto este afán de explorar en cuanto el enemigo se acercaba, que la sola sospecha de su aproximación era suficiente para engendrar paroxismos de terror que los hacían escapar por el extremo del campo más alejado del que se suponía había de sufrir el ataque.

Estando Maceo en Las Lajas ocurría esto tan amenudo que, en dos ocasiones, se vió obligado á montar su rápido caballo y correr más de una legua para hacer regresar á aquella espantada muchedumbre, golpeando en sus espaldas á planazos.

Si en lugar de relegar toda esta gente bien armada á la impedimenta, donde eran desdeñados, despreciados y sujetos á toda suerte de indignidades, se les hubiera dado un jefe emprendedor, que, poco á poco, los hubiera ido acostumbrando á la carga, el ejército cubano pudiera haber llegado á enorgullecerse del que nunca fué sino un inutil cuerpo. Pero la idea predominante de prolongar la guerra sin batirse, y el deseo de conservar sus preciosas vidas para gozar más adelante de las libertades de la República, hizo sentir sus deplorables efectos en los mal llamados campos de batalla.

Cuando Mr. Halstead dice que en ninguna guerra se han visto tantos combates cuerpo á cuerpo como en ésta, demuestra claramente que ha sido víctima

de los laborantes de la Habana. No pretendo afirmar que no haya ocurrido ninguno, pues entonces incurriría en la misma falta que critico; pero, en conjunto, no puedo menos de rectificar la afirmación de Mr. Halstead oponiendo la mía de que en ninguna guerra moderna se han visto menos luchas al arma blanca que en la de Cuba. Al manifestar que no he visto ninguna carga, hago excepción de la que Maceo y su escolta dieron en Galope sin que nadie le apoyara, pues su ejército huía cobardemente, y ya muy lejos, cuando el aguantaba el empuje de fuerzas ocho veces mayores.

Mr. Scovel, que algún tiempo acompañó á Maceo y á Gómez, dice lo mismo que yo, pues aunque presenció dos ó tres tentativas de carga, ninguna se llegó á llevar á fondo, ni á entablar la lucha al arma blanca.

Mr. Flint, del *New-York Journal*, describe gráficamente el combate de Saratoga, y, como he oído varias versiones de él, no vacilo en decir que mister Fluit tuvo la suerte de presenciar uno de los hechos de armas más importantes de esta guerra; y aunque se considere su relación un tanto exagerada por haber él aceptado un empleo en el ejército cubano, no obsta para que sea la descripción más autorizada de una *batalla* en Cuba, como relatada por un testigo presencial.

***

Mr. Scovel, del *World;* Mr. Flint, del *Journal*, y yo, somos los únicos corresponsales que han hecho dura campaña en Cuba mientras la insurrección es-

taba en su apogeo el año pasado; y según los informes que de ellos tengo y los míos, nadie ha visto ninguna de las famosas cargas de que persistentemente nos habla la cubanizada prensa de nuestro país. Y no conviene olvidar que entre los tres hemos visto los más importantes combates de esta guerra.

La carga, al machete, de Mal Tiempo es la única que pueden los insurrectos apuntarse como una victoria. En otra guerra cualquiera se hubiera considerado como una escaramuza; pero á cubanos y á españoles les agrada considerarla como una gran batalla. Es extraño que los insurrectos después de ella no hayan intentado repetirla en otras ocasiones.

Pero son necesarios antecedentes. El batallón de Canarias estaba compuesto de reclutas bisoños á quienes sin instruirlos en su manejo les entregaron los Maüsser al desembarcar en Cienfuegos, y que apresuradamente fueron lanzados á oponerse á la marcha de la invasión rebelde.

Cuando Maceo y Gómez se arrojaron sobre ellos no tenían la suficiente instrucción para formar el cuadro en debida forma; y esto, unido á la perturbación que les ocasionaba tener en sus manos un arma nueva en cuyo manejo estaban torpes, dió á los insurrectos la única oportunidad en toda la guerra de dar una carga con éxito.

Gómez y Maceo estaban engreidos del resultado, el ejército engreído con su victoria, y ansiosos aguardaban el primer encuentro con el enemigo. Ocurrió éste en Colmenar, y temerariamente intentó Gómez repetir la carga de Mal Tiempo, pero en lugar de una columna de quintos encontraron los curtidos veteranos del joven y entusiasta general García Navarro que la recibieron en buen orden. Gómez atribuyó su

fracaso á una zanja que cruzaba el campo cerca del enemigo, y en la que él no había reparado, pero otros cubanos confesaban lealmente que la línea española estaba perfectamente formada, y calificaban la orden de Gómez de locura.

El otro único caso en que los insurrectos hicieron realmente verdadero daño con sus machetes fué en una emboscada cerca de Santa Clara, y no contra tropas regulares sino contra inexpertos voluntarios en Febrero de 1897. Se hallaba emboscado el mayor Mendieta con 90 hombres en espera del enemigo, y cuando éste pasó saltaron de pronto los cubanos cayendo sobre aquella fuerza que dejó 64 muertos sobre el campo. Por el número de muertos, este hecho es el que inmediatamente sigue en importancia á Mal Tiempo, donde murieron 200.

Queda, pues, probado que las celebradas cargas al machete tienen muy escasa importancia militarmente consideradas.

Existe una antigua conseja de la pasada guerra, según la cual un insurrecto con un tajo de su machete cortó el cañón del fusil de un soldado, y se agrega que dicho fusil se conserva en un museo en España. Apenas hay quien habiendo estado en Cuba no haya oído esta historia; pero respondo que en la presente campaña no ha ocurrido ningún caso por el estilo, pues sin duda los cañones de los Maüsser y los Remingthon no son tán fáciles de cortar en rajas como el salchichón de Bolonia.

Hay en Cuba unos cuantos rifles de caza con cañones muy delgados, que sin duda han ido allá en varias expediciones y acaso alguno de éstos pudiera cortarse de un tajo que diera algún membrudo rebelde, pero aun esto lo considero muy dudoso; pero de lo que desde luego no cabe duda es, que en caso

de lucha al machete, los estragos que esta pesada arma puede hacer son horribles.

Es un hecho muy notable que, á pesar de hablarse tanto del entusiasmo de Maceo por el machete, el valiente mulato no llevaba este arma en la actual guerra, sino que estaba orgulloso de un hermoso sable de Toledo, que era lo que siempre usaba, aunque arreglada la empuñadura según la antigua moda cubana.

El machete más apreciado en Cuba es el modelo paraguayo, de la marca Collins; pero la mayoría de los que usan los insurrectos son de tan mala calidad, que un golpe fuerte separa la hoja del puño.

***

Manifiesta más adelante Mr. Halstead, que ha llegado á prestar crédito á la existencia de las amazonas—que no son más que un mito—en el ejército cubano; y después de ocuparse de buena fe de tal asunto, reproduce una carta de Mr. Flint al *New-York Journal,* con lo que se demuestra que mister Flint es uno de los muchos que han sido víctimas de los embrollos que circulan en la manigua. Como por fortuna estoy perfectamente informado de este asunto, me tomo la libertad de corregir equivocaciones.

Cuando me uní á Gómez no ví mujeres entre su fuerza; y á mis preguntas sobre las amazonas no respondieron los oficiales cubanos sino con sonrisas que me demostraron que en la Habana se habían burlado de mí los patriotas. Al incorporarme á Maceo en San Antonio de Las Vegas, ví á una hermo-

sa mujer vestida con un traje corto de montar, y como cerca vi un buen caballo con una lujosa silla de señora, deduje que al fin veía una amazona; y mis esperanzas fueron mayores cuando pude ver un pequeño revólver en la cintura de la hermosa; y enseguida pensé que aquella debía ser la coronela del feroz regimiento cuyas proezas habían cantado los *corresponsales en campaña;* pero sin duda estaba lejos, porque no lo veía por ninguna parte al atravesar el campamento en busca de Maceo. Después de hablar un rato con él, solicité de éste que me presentara á su bella acompañante; y al complacerme, me sorprendió presentándome enseguida á su marido el Dr. Hernández. Desvaneciéronse los sueños de cargas dadas por las hermosas amazonas cubanas, pues me enteré de que aquella señora se había decidido á unirse á los rebeldes cuando su marido aceptó una plaza de cirujano en el estado mayor de Maceo, reuniéndose á él en Pinar del Río, y lejos de mezclarse en ningún combate se la hallaba siempre en el más seguro sitio de la retaguardia ayudando á su esposo á curar los heridos. No consentía Maceo mujeres en su hueste; pero en este caso, y atendida la calidad de las personas, infringió la regla. Comían generalmente á su mesa, y nunca permitía en ella conversaciones que pudieran herir la modestia de su hermosa huéspeda. Ultimamente, dejó la pareja al frente del hospital que se estableció en la Ciénaga, cerca de Galeón.

***

En la escolta de Maceo había efectivamente una verdadera amazona. Era una muchachilla negra de unos diez y ocho años que lejos de ser feroz era tierna y compasiva á su modo. Había seguido á su amante para estar cerca de él, y con este objeto tomó lugar en las filas y llevaba su machete y su revólver. Los soldados la habían hecho capitán honorario y la llamaban «mi capitana», y cuando había que batirse se la hallaba siempre en su puesto y en primera fila.

En uno de los muchos combates que hubo en Tapia una bala la rompió un brazo teniendo que pasar al hospital, accidente que la curó de su valentia. Cuando se incorporó de nuevo á su tropa su amante había sido muerto, pero en lugar de llorarlo hizo como otras muchas buscando inmediatamente sustituto, y enseguida se desertaron los dos atravesando la trocha por la Ciénaga y se encaminaron á Oriente, con objeto de vivir juntos y felices en Cubita libre sin que los perturbara el constante temor de que los *gringos* los cogieran.

***

No había en todo Pinar del Río otra mujer que pudiera llamarse amazona, aunque varias rameras seguían á Banderas y á Ducasse, y otras muchas estaban escondidas en los rincones de las alturas sólo conocidos de los que allí las habían llevado y las procuraban sustento. Con las excepciones que he señalado puedo afirmar positivamente, que era muy raro que hubiera mujeres que se unieran á los insurrectos, para seguir su suerte en el campo.

Gómez, y otros cabecillas, no las permitían en sus campamentos. En otras partes se encontraban muchas mujeres que vivían en escondrijos y cuyos maridos, hijos ó amantes estaban en la insurrección: pero pretender que existían compañías de amazonas, y atribuirles los atrevidos hechos que ha publicado la prensa de los Estados Unidos, es el colmo de la exageración y una prueba de que mis paisanos desconocen por completo el carácter de la mujer cubana, flor hermosa, delicada y tierna que no puede trocarse en las amazonas sedientas de sangre que con tan vivos colores se nos han pintado. Tipo femenino más digno de ser amado no existe en el mundo, y aunque muchas han hecho sacrificios y sufrido penalidades por la bandera que su corazón ama, es una calumnia pintárnoslas como ordinarios soldados, mezcladas con los más despreciables y groseros elementos con todas las consecuencias que tal promiscuidad implica. El mismo retraimiento y modestia femenina que caracteriza á las clases acomodadas de Cuba, se encuentran en las viudas y hermanas de los guajiros, así que no cabe pretender que se han reclutado en estas clases.

Mr. Flint llegó á admitir que en el regimiento de Núñez había dos bonitas mujeres armadas y que alguna vez se batieron. Como en la fecha citada (7 Enero 1895) estuve dos meses en este regimiento, puedo decir con conocimiento de causa que mister Flint fué engañado; y Scovel, que estuvo en el mismo cuerpo durante la invasión hasta tres días antes de aquella fecha, tampoco vió ninguno de estos femeninos prodigios.

Cuenta también Mr. Flint el caso de una Cristina Lazo que, presa en un calabozo de Jaruco, fué libertada por las fuerzas de Maceo el 19 de Febrero; re-

lata que al salir de la prisión la incendió, arengó al pueblo para invitarlo á unirse á los insurrectos y se marchó con estos.

Respecto á esto sólo diré que asistí al ataque nocturno de Jaruco, sin que viera ni oyera, ni en él ni después, nada de tan misteriosa heroína, por lo cual se me puede permitir que afirme que aquel corresponsal fué también en esto engañado por los omnipresentes novelistas cubanos.

Lo mismo puedo decir de otro cuento atribuído á un Mr. Rappleye con referencia á la partida de Gómez, pues no existen vestigios ni de la realidad de tal caballero ni de su presencia én el campamento de Máximo Gómez, que es donde se supone que vió cuatro amazonas blancas.

Alguna culpa tienen los españoles de que hayan corrido estas filfas, pues á veces han dado cuenta de la captura de alguna de estas amazonas, y en ocasiones manifestaron que habían visto cabalgar mujeres á la cabeza de los rebeldes. Es probable que examinado bien el asunto resulte que se trataba de la mujer de algún ranchero, conducida á un pueblo en virtud de la orden de concentración.

***

Toquemos otro punto abordado por Mr. Halstead en forma que manifiesta claramente que sus fuentes de información no eran dignas de crédito. Se trata del capítulo en que se ocupa de la destrucción de la propiedad.

Las palabras con que comienza ponen de manifiesto la malicia de Gómez al intentar arrojar sobre los españoles la pública condenación que sus pro-

pios actos merecen. Dice esto por boca de Mr. [illegible]tead:

«Cuba está hoy llena de [illegible] de sangre [illegible] »incendio ha secado. Nuestros enemigos queman »las casas para privarnos de [illegible] »narnos. Jamás usaremos de represalias [illegible] »triunfar no necesita la revolución [illegible] »bitraria.»

Son notables estas palabras [illegible] lo conocido de su política de [illegible] en los documentos de nuestro [illegible] y en las columnas de nuestros periódicos.

La lista de fincas de caña [illegible] rrección, formada por los españoles [illegible] ca en el libro á que nos venimos [illegible] ta en conjunto, pero en [illegible] cuentro con una relación [illegible] atribuye á los españoles [illegible] y la malicia con que [illegible] que luchar en Cuba.

Para probar con mayor [illegible] en dicha lista se encierra [illegible]

Como me hallaba en el [illegible] ques de algunas de estas [illegible] fectamente informado [illegible] demás por necesidades [illegible] dencia con el periódico [illegible] de la exactitud de lo que [illegible] puede comprobarse con las [illegible] Habana, y con las cartas [illegible]

El incendio de todas las [illegible] enumerar se atribuye en [illegible] Mr. [illegible] á los españoles, cuando [illegible] á continuación se indica.

***

* Los Arroyos (Pinar).—Destruía por la brigada Occidental insurrecta.

* San Juan y Martínez (Pinar).—Parcialmente quemada por la misma fuerza.

* Piñales.—Al tiempo de formar la lista no había sido destruída.

* San Diego de los Baños.—Lo mismo que la anterior.

* Teniente, Aurora, Flora. — No existía pueblo con estos nombres, y probablemente será una finca cercana á Bolondrón.

* El Cristo (Santiago de Cuba).— Destruída por los cubanos.

* Banchuela (Santa Clara).—No fué quemada.

Salamanca, Boniato y * Bejucal.—Parcialmente destruídas por Gómez.

* Santa Catalina de Güines (Habana).—Lo mismo que la anterior.

* Jaruco (Habana).—Destruída por Maceo.

Los Abicus.

* San Juan de las Yeras (Santa Clara).—Destruída por Zayas.

* Paso Real (Pinar).—Totalmente destruída por Bermúdez.

* Los Palacios (Pinar).--Lo mismo que la anterior.

* Santa Cruz de los Pinos (Pinar).—Lo mismo que las anteriores.

* Bahía Honda (Pinar).—Destruída parcialmente por Sotomayor.

Roque (Matanzas). — Destruída por fuerzas de Lacret.

Maía.

* Los Abreus (Santa Clara).—Destruída parcialmente por los cubanos.

Dos Vacos.

* **Cayajabos (Pinar).**—Totalmente destruida por Delgado.

* **Cabañas (Pinar).**—Lo mismo por el mismo y Maceo.

San Diego de Núñez (Pinar).—Totalmente por Sotomayor y Gil.

Quielra Hacha (Pinar).—Totalmente destruída por Delgado.

* **San José de los Ramos** (Matanzas).—Parcialmente destruída por Lacret.

Puerto Piton.

* **San Ramón** (Santiago de Cuba).—Destruída por José Maceo.

* **Bainoa** (Habana).—Destruída por Cárdenas.

* San Nicolás (Habana).—Destruída por partidas locales.

* Ceiba Mocha (Matanzas).—Parcialmente destruída por Cárdenas.

Benavides (Matanzas).—Lo mismo que la anterior.

Ibarra (Matanzas).—Destruída por partidas locales.

* Navajas (Matanzas).—Parcialmente destruída por Lacret.

* Corral Falso (Matanzas).—Lo mismo que la anterior.

Cartagena (Santa Clara).—Partidas locales.

* Morón (Puerto Príncipe).—No fué quemado.

* Melena del Sur (Habana).—Destruída parcialmente por Díaz y Castillo.

Los pueblos señalados con asterisco son los que aún conservan los españoles como centros fortificados.

Por esta lista se ve que en lugar de los españoles son los rebeldes los responsables de tan espantosa

destrucción, y resulta patente cuál es la confianza que merecen los *sabelotodo* de la Habana.

Cuando tal gente ha engañado á una persona como Mr. Halstead, ¿se puede esperar saber la verdad de lo que pasa en el interior de Cuba? Es este un país que dista pocas horas de nuestras costas, y es sin embargo, más fácil informarse de lo que ocurre en el Africa Central, que de lo que allí sucede.

***

Hay gentes en la Habana que pretende tener directa comunicación con los jefes insurrectos, y llevan de cuando en cuando á nuestros corresponsales cartas recién llegadas del campamento de Maceo ó del de Gómez. Pero algunos corresponsales no tienen paciencia para esperar que se las traigan los laborantes, y ansiosos de producir efecto en un público que, como el americano, no tiene medios de descubrir la verdad, inventan tranquilamente una carta de Gómez, y los inocentes que luego la leen se entusiasman con los medios de información de que su periódico favorito dispone.

Me hallaba en la Habana al día siguiente á la captura de Ríus Rivera que se hallaba preso é *incomunicado;* y estando en el despacho de un corresponsal americano, llegó un muchacho cubano, tomó asiento y se puso á escribir durante más de una hora; llamó después al intérprete y cuchichearon ambos unos minutos, entregándole dentro de un sobre azul el manuscrito. Pregunté quién era aquel misterioso personaje; y con muchas precauciones, bajando la voz y mirando á todas partes, me dijo el intérprete,

que era uno de los principales agentes insurrectos en la Habana. Al cabo de un rato entró mi amigo el corresponsal, recibiendo del intérprete el sobre azul. «Gran adquisición, me dijo, un interwiew con Ríus »Rivera que fué aprehendido ayer. Esto se llama sa»ber trabajar, amigo Rea.»

Díjele, cómo había presenciado la confección de aquel tejido de embrollos, y que era imposible que el papel contuviera una palabra de verdad.

«Qué importa, me contestó, si yo no lo tomo irá á »manos de otro corresponsal; y después de todo, no »está mal arreglado, y parecerá perfectamente.» Ignoro si el cuento llegó ó no á publicarse; pero cito el caso como muestra.

***

En el libro de Mr. Halstead se insertan varias cartas atribuidas á Gómez y á Maceo, y me costaría muy poco demostrar, que todas son supuestas; así, que me parece muy atinada la conclusión á que más adelante llega el mismo Mr. Halstead, cuando dice: «Que es cosa muy difícil comprobar la autenticidad »de las cartas de los jefes cubanos; pues aunque es »sabido que mantienen comunicación con los ami»gos que en Cuba y aquí tienen, su peligroso é inse»guro servicio de correos está expuesto á contínuas »sorpresas.»

Otro ficticio personaje es Mr. Ewing—un veterano de la pasada guerra—que sirvió á las órdenes de Maceo, Gómez y García, y asistió á 21 combates, sin que nadie en estas partidas pueda dar noticia de tal caballero. El único veterano americano que ha es-

tado en la insurrección es el ingeniero Ulrich, que acabó por no estar en buenas relaciones con Gómez por haberse permitido criticar sus operaciones.

Uno de los más sorprendentes ejemplos de fingidos heroes nos lo ofrecen las aventuras de Walter S. Withcomb, narradas en el libro de Mr. Halstead; aventuras tan auténticas como las de Gulliver.

He aquí como muestra un fragmento de una conferencia fingida con este ficticio personaje:

«Me alisté en una compañía, no habiendo recibido »un mando, pues tengo algunos conocimientos mili- »tares, á causa de conocer poco el español.

»Apenas tenían armas de fuego y casi todos esta- »ban armados con machetes. Después llevaron mu- »chos fusiles, pero muy pocos eran Maüser.

»Me sorprendió encontrar cuatro compañías de »mujeres en el ejército de Maceo, las cuales estaban »comprendidas entre quince y cuarenta años y eran »muy valientes y entusiastas, llevaban machetes y »no desmerecían en la pelea de los hombres. Muchas »montaban caballos ó mulas.

»Estuve allí unas cinco semanas. Había unos »12.000 hombres. Todas las mañanas nos desperta- »ba á las cinco la diana, y unas cuantas horas se »empleaban en la instrucción militar. Tuvimos varias »escaramuzas con los españoles, y casi siempre los »derrotamos, cogiéndoles prisioneros que inmedia- »tamente se alistaban en nuestras filas. En estas se- »manas fué cuando Maceo se apoderó de la provin- »cia de Pinar del Río entera.

»Los cubanos están mucho más familiarizados »con las evoluciones militares que los españoles, »pues estos carecen de organización y son unos co- »bardes de la peor especie. ¡Qué más! Una mujer »sola puso en fuga á cinco españoles con su cuchillo

de cortar caña. Nunca se harán dueños de la isla.

¿Pero á qué seguir la narración de este gracioso embustero que merecía una plaza de editor en las fábricas de noticias de La Florida, pues ni ha visto el campo de Maceo, ni tal vez siquiera la isla de Cuba?



CAPÍTULO VII

Examen de las principales filfas publicadas en los periódicos de Nueva York durante el año 1896

La captura de la Habana.—Esfuerzos de los cubanos para que nuestro Congreso reconozciera la beligerancia.—La flota cubana y su almirante.—Mr. Call y Mr. Platt.—La toma de Pinar del Río, el Angel de Ayoleta y otras filfas.—Destrucción de Pinar y Santa Clara.—Más enormidades.—Mr. Lawrence al ministerio de Estado.—Más inhumanidades atribuídas á los españoles y supuestas victorias de los insurrectos.—La novela de Mr. Wm Ryan, Inclán prisionero.—¡Los presos de la Habana pasto de los tiburones!—El general Weyler aterrorizado, la oficialidad española calumniada.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR. Este capítulo ha sido aligerado mucho al traducirlo, pues se han entresacado de él unos cuantos del os ejemplos más interesantes de los que el autor presenta, para que se juzgue lo que vale la información de la prènsa newyorkina; pero los multiplica tanto, que llega la lectura á hacerse monótona y pesada. No cabe duda que como colección de documentos tiene más valor que si las citas fueran menos numerosas; pero para el objeto de esta traducción que se hace para personas convencidas de antemano, como los españoles, no hace falta insistir tanto como el autor que se propo-

ne demostrar la verdad á gentes que, como sus paisanos, están de ella á cien leguas porque no quieren verla.

Varias veces he hablado de los artículos fantásticos, sin una palabra de verdad, escritos por quien nunca vió la isla de Cuba ó por los emigrados cubanos en La Florida, que pretenden tener regular correspondencia con los jefes de la insurrección.

Es verdaderamente sensible que nuestros mismos corresponsales hayan cometido igual falta, desfigurando los hechos de tal modo, que resulta casi imposible encontrar la verdad. Excusado es decir, que los directores de nuestros periódicos no han sido en esto cómplices, sino engañados sistemáticamente.

De tal naturaleza han sido las burdas patrañas urdidas por los laborantes, que ninguna ha resistido á la acción del tiempo, pues en pocos días ha quedado patente la falsedad. Los telegramas de Cayo-Hueso, Tampa, Jacksonville, etc., pueden desde luego considerarse falsos; pero á pesar de que nuestros periódicos saben que estas noticias no merecen confianza, continúan admitiendo en sus columnas la mentira y alentando de tal modo á los criminales á que no se detengan. Si no es crimen entregarse á invenciones en asunto que puede encender la guerra entre dos naciones, debía votarse una ley que así lo declarara..

Este mal comenzó con la marcha hacia Occidente de los rebeldes. Yo, que he examinado cuidadosamente la prensa del último año y medio, puedo afir-

mar que dos terceras partes, cuando menos, de las noticias referentes á Cuba, son falsas, y para probarlo, reproduciré algunas de ellas que pueden verse en las colecciones de los periódicos que se citan:

«*New-York World.*—Rumores de la toma de la »Habana.—Boston, Enero 6.—El *Traveler* ha recibi»do el siguiente telegrama:—Batabanó, Cuba Ene»ro 6.—Los cubanos se han apoderado de la Haba»na, y sólo el castillo del Morro sigue defendiéndose »general Campos... Aquí se interrumpe el despacho »por haberse cortado de pronto la comunicación te»legráfica.»

El *New-York-Sun* del 8 desmintió la noticia en esta forma:

«La prensa asociada de Chicago circuló el lunes »la noticia de la toma de la Habana por los cubanos. »Es extraño que tan sorprendente noticia no viniera »directamente de la Hebana, como seguramente »hubiera ocurrido si allí estuvieran los insurrectos »realmente; pero fué lanzada al público desde Bos»ton, donde debe indudablemente residir el corres»ponsal que la prensa asociada *tiene en la Habana.*»

Un despacho del *Sun* informó al público de que la Habana estaba muy tranquila. El *Leader* dijo el 7:

«La prensa asociada ha tomado la Habana: des»pertó la noche pasada á Gómez, lo metió en la po»blación con la misma facilidad que si se tratara de »una de las diarias operaciones de aquella sociedad, »y se apoderó de todo menos del castillo del Morro, »que sin duda se guarda para divertirnos otro día. »Y habiendo dado ya al general Campos el *golpe de »gracia* dió la última mano á su obra nocturna ¿in»cendiando? el Congreso americano; pues Cubita li»bre, fuerte y potente por obra de Chicago, buscará »la alianza de otro Gobierno que no sea el nuestro.»

Hé aquí el título de un artículo del *New-York-Recorder* del 6 Enero 1896:

«La junta de New-York se dispone á [illegible]
»Oferta de un rápido barco para llevarla á [illegible]
»Quiere coadyuvar el ataque de la Habana.—[illegible]
»rán á los miembros del gobierno [illegible]
»sencia del poder ejecutivo [illegible]
»á los soldados de Gómez.»

El gobierno provisional estaba [illegible] Camagüey á 500 millas de las [illegible]

⁂

Es notable la habilidad [illegible] ventaja de todos los incidentes [illegible] contraran corresponsales [illegible] ellos les dijeran, no cabe [illegible] resto.

La rapidez con que [illegible] ducido por las patrañas de [illegible] en sus desesperados [illegible] tro Congreso reconociera [illegible] que pasara tiempo que [illegible] aquéllos, hiciera cambiar [illegible] nes despertadas.

Con tal objeto una [illegible] estableció en Washington [illegible] sin pérdida de tiempo. [illegible] Estado, dejándole [illegible] lectura, y después se [illegible] tantear á los diputados [illegible]

No había que perder [illegible] que se desmintiera la [illegible] bana no lograban [illegible]

paso precipitado, era preciso perder la esperanza por aquella vez.

En honor de Mr. Olney diremos que si concedió la entrevista fué advirtiendo antes que no habría de tener caracter oficial, y que no admitía á Estrada Palma como representante del gobierno provisional ante el de los Estados Unidos.

El lazo fué visto por muchos de nuestros legisladores, que aunque fueran de los que simpatizaban con la causa cubana no hicieron sino contestar diplomáticamente con buenas palabras. Sagazmente dijeron algunos que si la Habana fuera tomada por los insurrectos, aparecería justificado el reconocimiento de la beligerancia.

Otros, más alegres de cascos, no podían contener su impaciencia hasta que se pudieran tener informes fidedignos, y aprovechaban todas las oportunidades de precipitar la cuestión de Cuba.

Uno de los primeros en proponer una resolución fué Mr. Willis, pero basando su discurso en consideraciones sentimentales.

La proposición fué combatida, pasando á la comisión de asuntos exteriores.

Pero esto no detuvo á otros, pues dos días después Mr. Kile solicitó en el Senado que se autorizara al presidente para recibir á los agentes debidamente acreditados para trabajar en favor de los insurrectos y proporcionar pruebas de que tenían establecida una residencia del gobierno, y de que la mayoría de los criollos auxiliaban en una ú otra forma la rebelión.

Aunque esta proposición parecía bastante templada, era en realidad de gran alcance, puesto que en una ó en otra forma admitía nuestro gobierno representantes acreditados del gobierno cubano; y

si el nuestro hubiera procedido según se solicitaba se hubiera visto en la difícil situación de reconocer á Estrada Palma significación, y autoridad á sus palabras en las que habría que basar determinaciones posteriores.

Nuestra Cámara de Albany fué la primera en sufrir la influencia de la simpleza popular, y Mr. Warner propuso: «Que se solicitara del presidente y del »Congreso el reconocimiento de la beligerancia de »los cubanos.»

Votóse la proposición, dándose el espectáculo de que personas que debieran mirar bien las cosas antes de hacerlas, cometieran una ligereza que no tiene excusa.

Enseguida corrió otra filfa inventada, con el mismo objeto que las demás: precipitar á los legisladores á tomar determinaciones antes que se conociera la realidad de los hechos: de una manera vaga y misteriosa comenzó á esparcirse el rumor de que Francia estaba tan inclinada á reconocer á los cubanos como gobierno serio, que el de aquel país se hallaba ya en negociaciones con los rebeldes para concertar un tratado de reciprocidad comercial, cuando quedase definitivamente asegurada la República. Por supuesto, que el fin de esto era empujar á nuestro Congreso á ejecutar actos favorables á la insurrección: pues, locamente, pensaban que el temor de que otro país se aprovechara de tan *valiosas concesiones* antes que el nuestro, decidiría á nuestros diputados.

Gómez ejecutó por esta época una de sus *maravillosas* marchas, llegando de nuevo á 20 millas de la Habana, y esto bastó para que la historia de la toma de esta población resucitara.

* * *

El *New-York-World* del 12 de Enero de 1895, nos informó en un artículo titulado «Escuadra ligera de Cuba», de que los barcos *Neptuno, Edgerton, Scithian* y *Foxhall* componían la flota insurrecta que transportaría generales y cañones. Esta imponente escuadra, según los enterados, había sido armada en el arsenal Perth Amboy. El capitán F. C. Miller había sido nombrado almirante de la flamante escuadra cubana, y para dar más peso á la noticia, se imprimió una copia de la dimisión que había presentado de su antiguo empleo.

Otra noticia que apareció el *Sun* del 16, fué la del desembarco de una expedición en la Bahía Honda, consistente en gran cantidad de armas y municiones para Maceo. Como jamás oí hablar á Maceo ni á Miró de tal expedición, sino que, por el contrario, siempre dijeron que la primera que llegó á Pinar fué la del *Competitor*, tengo motivos para decir que aquel infalible periódico fué engañado.

***

El amigo de Cuba, el senador Call de La Florida, que constantemente ha estado agitando la cuestión de la anexión de la isla, tenía que hacer algo para acallar el clamor de sus electores que formaban el elemento cubano de aquel Estado; así que no obstante el fracaso de las anteriores proposiciones presentó otra, pidiendo que el secretario de Estado remitiese á la Cámara todos los documentos que se hubieran cruzado con los cónsules en Cuba, concernientes á la guerra, á lo que Mr. Sherman contestó, que en tanto las circunstancias no cambiaran no se-

ría prudente hacerlo, puesto que esto sería exponerlos á la enemistad de los españoles ó de los insurrectos.

Entonces anuncio Mr. Call, que en un breve plazo propondría que se procediera á una votación en favor del reconocimiento de la beligerancia de los cubanos.

Mr. Platt, dió la única nota razonable y conservadora en aquella ocasión, indicando que tal asunto era de la incumbencia del Poder Ejecutivo; y que por otra parte no debía considerarse desde el punto del derecho á la conveniencia de los cubanos, sino como hecho que afectaría á los Estados Unidos, pues si tal resolución se basara sólo en razones de simpatía y por el efecto que pudiera producir en el resultado de la guerra, justamente, sería considerado con arreglo al derecho internacional como una ofensa á un país amigo.

***

Otro camelo de primera magnitud fué el publicado por el *Journal*, el 29 de Marzo de 1898 cuyo encabezamiento, que basta para formar juicio, era el siguiente:

«Los rebeldes se apoderan de Pinar del Río, forta»leza española en la parte occidental de la isla.—»Rudo combate sostenido por la artillería americana »del *Bermuda*.—La guarnición no puede resistir á los »cañones Hotchkis y Gatling—El general Maceo »destruye la población».

El mismo periódico me sorprendió con la pintura de una doncella cubana, llamada el *Angel de la*

guerra, de Ayoleta, relatando una interesante historia de sus aventuras y muerte, en la cual, entre líneas, se está leyendo la palabra camama. Volvió á insistirse en que el *Bermuda* hizo un desembarco en Pinar, pero ya hemos manifestado que Maceo no vió al *Bermuda*; y aunque así no fuera es muy gracioso que librara un combate en Quemado de Güines, que está en la jurisdicción de Sagua, cuando él se encontraba en las alturas del Cuzco á 300 millas de dicho punto.

El propio periódico dió al público otro artículo sumamente instructivo, debido á la pluma de Mister Lawrence, en el cual entre otros interesantísimos datos se decía que Maceo acaudillaba ¡25.000 hombres!

Mr. George Brisson, corresponsal á la sazón del *Herald,* envió el 2 de Abril la siguiente noticia:

«La trocha de Mariel atravesada. De nuevo Ma»ceo y los suyos burlan la estratégica línea espa»ñola.»

***

Gómez penetró el 24 de Marzo en el corazón de la provincia de Santa Clara.

Maceo estaba acampado cerca de San Diego de los Baños en la misma fecha, y el ataque á Santa Clara fué conducido por Vidal.

Con estos antecedentes podrá apreciarse este otro producto de Mr. Lawrence, que apareció en el *Journal* del 2 de Abril.

«Dos poblaciones quemadas.—Pinar del Río y »Santa Clara destruídas por Maceo y García.—La

»toma de Pinar del Río y de Santa Clara por los in»surrectos, que en ellas permanecieron, y que al »abandonarlas las incendiaron, es un rudo golpe »para las armas españolas. «Weyler pensaba que »Pinar estaba tan fuertemente defendido que le se»ría imposible á Maceo entrar en él, pero á media »noche del 25 de Marzo, reforzado con gente de la »expedición del *Bermuda*, llegó y dejó la población »reducida á cenizas.»

La cosa es de lo más fantástico que imaginarse puede: en dicha noche, después de una marcha forzada, descansaban las aspeadas tropas de Maceo en una pequeña finca cercana á Pan de Guaijibón, sin soñar en la victoria que para ellos ganaba el audaz corresponsal del *Journal*, que por si era poco les hacía apoderarse también de Santa Clara, que no está más que á 350 millas de Pinar del Río.

No hubiera sido mala jornada para unas horas atravesar la trocha y las 356 millas para cumplimentar las órdenes de su general en jefe Mr. Lavorence; pero esta insignificante imposibilidad física es poca cosa para él cuando tiene que tomar una ciudad é inventar una patraña.

Otro embrollo, maravillosamente novelesco, del propio autor, lo encontramos en el *Journal* del 6 de Abril. Basta con el título y el sumario:

«Cómo se baten las mujeres en Cuba. Entre las »balas y los tajos de machete nadie más bravo que »ellas.—Muerte de Isabel Verona en lo más reñido »del combate de La Palma.—Dos muchachas hacen »tajadas á un hombre que mató á la hermana de »ellas.—La heroína de las alturas de la Habana.— »Los oficiales y tres soldados españoles caen á los »certeros golpes de Florencia Palmas.—Caballería »femenina.»

La invención es la más absurda de cuantas ha producido este *brillante corresponsal de la guerra.* Estuve con Maceo en el ataque á La Palma, y si hubo mujeres serían espíritus, pues de carne y hueso no vi una sola.

***

Otra bola enorme:

«Maceo ha vuelto á la provincia de la Habana »desde Pinar, abriéndose camino fácilmente á tra»vés de ¡50.000! hombres apostados al Oeste de la »Habana para cerrarle el paso.» (Grover Flint.—*Journal* del 9 de Abril.)

«Avance de los insurrectos.—20.000 del Oeste es»tán ahora en la provincia de la Habana.—Los pa»triotas capturan 380 españoles, les quitan los uni»formes y se los ponen á su gente.

»Los insurrectss han ido reuniendo sus fuerzas en »la provincia de la Habana durante los últimos trein»ta días. Ahora hay unos 20.000 hombres en la pro»víncia mandados por los siguientes jefes: Maceo, »con 5.000, en Güira de Melena; Lacret, con 5.000, »en San José de las Lajas á unas 8 millas de la Ha»bana; Pedro Díaz y Castillo, con unos 4.000, cerca »de Güines; José María Aguirre, cerca de Bainoa, »en Jaruco; Juan Masso, junto á Quivicán; Francis»co Carrillo á las inmediaciones de Bejucal, y Colla»zo al lado de Santiago de las Vegas.» *(New-York-»Sun,* Abril 30 1896.)

¡Y no tomaron la Habana! Ni uno de estos cabecillas estaban en los lugares que se citan.

***

Otra filfa.

«**Ataque á la trocha—Maceo hace una enérgica »pero inútil tentativa para romper la trocha**». (J B. Lawrence en el *Journal* del 2 de Mayo de 1896).

En la fecha citada estaba Maceo en Cacarajícara, en las alturas de Los Pozos.

El mismo periódico, en su número del 19 de Mayo, publicó el informe escrito que Mr. Lawrence había sometido al secretario de Estado (Mr. Olney) como un verdadero trasunto de la situación de Cuba.

No obstante que el *Herald* y otros periódicos habían demostrado la falsedad de la noticia de la toma de Pinar del Río y Santa Clara, y que el tiempo por sí sólo bastó para evidenciarla, todavía tuvo mister Lawrence la audacia de tratar de convencer á mister Olney de la verdad de su invención. Conviene tener en cuenta que este corresponsal no estuvo nunca en el campo, ni presenció por tanto ninguna de las sangrientas inhumanidades que describe con tan vivo colorido; pero, como otros muchos, se ha entregado por completo á los embusteros de la Habana; que para dar á sus mentiras alguna apariencia de certeza habían fingido la existencia de un imaginario corresponsal en el campo. Es un hecho perfectamente conocido que Scovel, y yo somos los únicos que hemos estado con Maceo, y todos los demás que lo pretenden no son sino unos farsantes. Lo menos duro que de Mr. Lawrence cabe suponer, es que sistemática y constantemente ha sido juguete de los laborantes; pues es muy fuerte creer que el representante de un periódico de importancia pueda prostituir persistentemente una honrosa profesión, hasta el punto de inventar una serie de cartas autorizadas con su firma, bajo cuya fé millares de personas aceptan como verdad lo que él inventaba de Cuba.

La fantasía es tolerable cuando no tiene más objeto que divertir; pero cuando se llega con la fantasía á comprometer la paz entre dos naciones amigas, es ocasión de ponerla término.

Dice Mr. Lawrence en su informe: «Los represen»tantes de todas las naciones en la Habana reciben »sus informes, por el mismo conducto, que merece »poca confianza, que los corresponsales. Las auto»ridades españolas alteran siempre las noticias an»tes de darlas á la publicidad. Por otra parte, los in»surrectos y sus auxiliares ofrecen constantemente »exageradas relaciones, pero estas falsas noticias «de los insurrectos son las que no provienen de los »cuarteles generales ni de las autoridades de la Re»pública cubana, pues las que llegan por tal conduc»to me ha probado la experiencia que invariable»mente son dignas de crédito.

»Hago estas manifestaciones para responder á al»guna duda que pueda abrigarse respecto á la con»fianza que merecen las noticias suministradas por »los corresponsales de la prensa americana, que han »sido negadas por las autoridades españolas.»

Demostrada por sucesos posteriores la falsedad de cuanto este caballero ha dicho acerca de Cuba, es evidente que su única defensa será á lo sumo que ha sido engañado por los que él presenta como modelo de veracidad: los agentes cubanos, que son los más descarados forjadores de falsedades en cuanto se refiere á la presente guerra. Esto no se refiere á los verdaderos agentes entre los cuales he encontrado algunos dignos de crédito, y que suelen decir la verdad dentro de lo posible y dadas las circunstancias.

Lo más deplorable de la obra de Mr. Lawrence es, tal vez, el espectáculo ofrecido por nuestro au-

gusto senador por Alabama, Mr. Morgan, al pronunciar un discurso en el Senado en el que declaró que el testimonio de Mr. Lawrence le había suministrado las mejores pruebas del actual estado de Cuba; y el mismo senador en otras ocasiones ha acudido á la propia autoridad al pronunciar sus discursos de repertorio contra España. No hacen falta comentarios.

***

Otro ejemplo de los recursos de imaginación de los laborantes lo suministra la noticia que á continuación copiamos del *New-York-World*, la cual pretendía el corresponsal haberla recibido de los soldados españoles de la columna Altamira y que se refiere á la retirada que siguió á la acción de Quiñones.

«Un hospital arrasado.—Más de cuarenta enfer»mos y heridos cubanos asesinados.—Cuatro prisio»neros asesinados.—Los soldados hablan de estas »atrocidades como de cosas á las que están muy »acostumbrados.—Quema del hospital después de la »matanza.—Los cuerpos de los muertos arrojados »á las llamas.»

Estuve presente en este combate y puedo asegurar que aunque hubiera habido una docena de hospitales junto al camino, y al alcance de los españoles, no se hubieran detenido para apoderarse de ellos, pues Maceo, que marchando á lo largo de las montañas, hostigaba su flanco, no les dejaba respirar para entretenerse en excursiones laterales. Basta decir que dejaron tendidos á lo largo del camino 20

muertos; pero además tengo absoluta seguridad de que no existía semejante hospital en aquella zona.

«Los españoles arrojados de dos grandes ciuda-»des.—Puerto Príncipe y Jiguaní tomadas por Gómez »y García.—Grandes combates en los dos sitios, pero »los patriotas logran victoria completa.»

Puerto Príncipe y Jiguaní están aún en poder de los españoles, y nunca han sido tomados, como no sea en la imaginación de la junta cubana de New-York, que comunicó la noticia al *New-York-Journal.*

***

Uno de los más notables y extraordinarios interviews á que la presente guerra ha dado lugar, es sin duda alguna el que varios periódicos publicaron, y en el cual llevaba la palabra nada menos que Mister Wm. Ryan, colector de rentas en Virginia, que á bordo del *Yumurí* llegó á New-York procedente de la Habana. Si dicho señor pretende que sus palabras son expresión de la verdad, es evidente que ó Mister Ryan se contagió de la epidemia de exageración que reina en la Habana, ó que algún guasón se divirtió á sus expensas. Pretende que Maceo tenía noticia anticipada de su llegada á la Habana, y que fué á dicha población exprofeso para hacerle una visita. Asegura también que dicho cabecilla visita con bastante frecuencia aquella población disfrazado de guajiro, con el objeto de hacerse retratar, para conferenciar con los principales agentes de la insurrección, y para qué se yo cuantas más ridiculeces. No merece la pena de ocuparse en refutar tales cosas.

El siguiente noticia salió de la factoría de Cayo Hueso y vió la luz en el World [illegible].

«El general Inclán prisionero.—En una emboscada »su fuerza es derrotada y él cae en poder de Maceo.

»Los españoles pierden más de 300 hombres.—Ba»talla librada cerca del cuartel general insurrecto »en Pinar del Río, á las inmediaciones de la tro»cha.—Ofensiva insurrecta.—El general queda como »rehen para asegurar la vida de los cubanos prisio»neros de los españoles.»

Otros periódicos acogieron esta noticia en sus co-lumnas, y aun se llegó á decir que Maceo quería cangear al general por Sanguily.

Todo es absolutamente falso: ni Maceo capturó nunca á Inclán, ni libró batalla alguna, pues el [illegible] citado estaba tranquilamente acampado en Tapia, ocupado en curarse una herida en una pierna.

***

La más atrevida é inconcebible invención de supuestas atrocidades, lleva el sello de «La Prensa Unida», y apareció en el *Evening Sun* y el *Journal* el 6 de Octubre de 1896.

El sumario del artículo del *Sun*, es como sigue:

«El carnicero Weyler.—Nueva fase de sus espan»tosos crímenes contra la civilización.

»Prisioneros arrojados á los tiburones.—Todas las »noches se sacan algunos prisioneros de los calabo»zos, se anota en los libros que han sido puestos en »libertad, y se los arroja al mar en la bahía de la »Habana.—Setenta y tres asesinados de esta mane»ra en veinte días.—Uno de los procedimientos de

»tortura que se emplean, es darles á comer pescado »salado y negarles el agua.»

La noticia apareció en el *Everning Journal*, en esta forma:

«Cubanos á los tiburones.—Sesenta y tres prisio»neros desaparecidos en veintiseis días, como si se »los hubiera libertado.

«Se oyen gritos por la noche.—Se los saca fuera »de la bahía, y los lúgubres remeros vuelven solos.»

La edición de la mañana reprodujo la noticia *adornada*.

El *Herald* telegrafió á su corresponsal en la Habana para que averiguara lo que hubiera de verdad en todo esto, y su contestación, publicada al día siguiente, fué que «la noticia de que el capitán general »Weyler ha arrojado presos á los tiburones, ha sido »invención de los cubanos para conmover á sus sim»patizadores de América. En tanto no haya pruebas, »hay que considerarla como *totalmente ridícula y »falsa*.

El *Herald* telegrafió también al ministro español, Dupuy de Lome, pidiéndole una negativa de tales atrocidades. He aquí su respuesta:

«Lenox Mass.—Al editor del *Herald*.—Aún no he »leído la fábula de que usted me habla; pero tan »monstruosas noticias, no merecen una negativa. »Sus fuentes son las de otras de semejante índole, »hechas públicas y nunca confirmadas.

»Recien llegados á Cuba (en cuatro semanas) »40.000 hombres, y cuando va á abrirse la campaña, »esperaba la agitación que se está produciendo.— «Dupuy de Lome.»

***

Cayo-Hueso envió [illegible]
otro:

«El general Weyler [illegible]
»sus bravatas, no se [illegible]
»el campo.—Teme la suerte de [illegible]

La verdad de esto [illegible]
más que unos cuantos [illegible]
ña, sin duda consegui[illegible]
su valor tenía la [illegible]
la cual parecía que era [illegible]
auxiliares escapad[illegible] Ma[illegible]—[illegible]
la Habana—pues hasta [illegible]
sus noticiones ha [illegible]

La siguiente [illegible]
Mazorra:

«Maceo en la provincia [illegible]
»melo á González M[illegible]

»Maceo, con 2.50[illegible]
»está en la provincia [illegible]
»Gómez en su marcha á [illegible]
»general Rius [illegible]
»Río con 10.000 [illegible]
»rrectos. La p[illegible]
»arruinada, habien[illegible]

Maceo atacó á Ar[illegible]
ta; pero ni tomó la plaza [illegible]
Este ataque se efectuó [illegible]
rayaba ya andaban [illegible]
guaridas en las lomas [illegible] á [illegible]. En
cuanto á la marcha de Gómez [illegible] Habana re-
sulta que todavía [illegible] al lado de la
trocha del Júcaro ó Morón [illegible]

Un corresponsal de Cayo Hueso [illegible] al *Journal*
el siguiente despacho:—«22 de Noviembre. Weyler,
»el verdugo, en completa retirada, etc., etc.»

Otra vez el *Mail and Expres* nos dijo, con referencia á un corresponsal «muy digno de crédito», que «el general Weyler tiene la guardia personal »más enorme que la historia de las guerras registra. En las alturas de Pinar del Río está rodeado »por un cordón de 6.000 hombres que no se ocupan »sino en cuidar de su seguridad.

»Los oficiales y la tropa del ejército español son »ignorantes hasta un extremo increíble. Muchísimos de ellos no han oído hablar nunca de New-»York y sólo tienen de América vagas ideas, sin el »menor conocimiento respecto á su extensión ni á »su población. Es un honor para ellos el ser nombrados para mandar el piquete que fusila los prisioneros, y los oficiales gestionan ansiosamente tal »comisión. Cuando hay que fusilar unos cuantos á »la vez, se da en secreto la orden de que uno de »ellos quede ileso ó ligeramente herido, para que el oficial tenga el gusto de darle el golpe de gracia.»

No cabe duda que el corresponsal *digno de crédito* es tan profundamente ignorante de las costumbres españolas como el más imbécil soldado del interior de España lo es de las de los Estados Unidos.

El 26 de Noviembre el corresponsal del *Mail and Expres* debía seguir de temporada con sus amigos de Cayo Hueso, pues nos dijo lo siguiente:

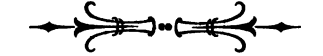
«Weyler asesina ochocientos.—En la matanza del »Rubí sacrificó mujeres y niños.—Las tropas están »horrorizadas de su conducta.»

La mejor manera de deshacer este tejido de embrollos es manifestar que en el Rubí no había en aquel entonces más de cien pacíficos y que todos estaban en relaciones con el gobierno insurrecto.

El activo corresponsal del mismo periódico en Jacksonville comunicó que

—«Las tropas se pasan á los rebeldes.—Un despa»cho especial de Cayo Hueso dice que la guarnición »española de San José de Las Lajas—veinte millas »al Sudoeste de la Habana—abandonaron sus pues»tos y se unieron á los insurrectos.»

Absolutamente falso.



CAPÍTULO VIII

PRINCIPALES FILFAS

Muerte de Maceo.—Criminales tentativas para enzarzarnos en una guerra con España.—El origen de tan cobarde invención achacado á Mr. Huau de Jacksonville por el corresponsal del *Chicago Record*.—Nuestros diputados empequeñecidos y engañados por ciudadanos espúreos.—El caso de Ruiz.—La filfa de la miseria y el hambre.—El Congreso, nnevamente embaucado, vota una suma cinco veces mayor de lo necesario.—El registro ultrajante en el Olivete.—Carta de Mr. Davis.—El asunto Cisneros y la declaración del general Lee.

El colmo de esta campaña de atroces falsedades, de parte de los cubanos empleados como corresponsales en La Florida, se alcanzó el 9 de Diciembre con la noticia de la muerte de Maceo, publicada en todos los periódicos, como consecuencia de la narración oficial suministrada por las autoridades españolas de la Habana.

Maceo había cruzado la trocha sin ser descubierto por los centinelas españoles; su presencia en la provincia de la Habana era ignorada de sus enemigos; su fuerza fué atacada cerca de Punta Brava por el batallón de San Quintín á las órdenes del Comandante Cirujeda, y en la pelea cayó Maceo.

Este es, en breves palabras, el relato puesto en circulación en un principio por el Gobierno, y este es el que el tiempo ha venido á confirmar. Los cubanos no se resignaban al pronto á creer que su héroe hu-

hiera muerto, y todos sus principales jefes empezaron por negar el hecho en todos los tonos. La pérdida de su más bravo cabecilla era natural que perjudicara á su causa hasta cierto punto, y algo era preciso hacer para aminorar el efecto producido por la victoria de sus enemigos.

No queriendo Zertuche, médico de Maceo, servir á las órdenes de otro jefe se rindió á los españoles, y los cubanos exclamaron «ese hombre es un traidor, »que ha entregado á su general», é inmediatamente cuantos componían la fábrica de noticias de la guerra de Jacksonville pusieron manos á la obra para madurar un plan que hiciera reos de traición y artería al doctor y á su supuesto cómplice en el crimen el marqués de Ahumada.

La misma idea ocurrió á otros, pero, en lugar de trabajar de acuerdo en forjar el mismo cuento, cada cual inventó uno distinto.

***

El *Herald* del 13 de Diciembre de 1896, presentaba dos versiones distantas del suceso:

«Una noticia muy extraordinaria, de orígen cubano, ha llegado á nuestra redacción: la de que el »general Antonio Maceo, el caudillo de las fuerzas »insurrectas, fué envenenado por uno de los individuos de su séquito, que estaba de acuerdo con los »jefes españoles. Se dice que una columna le atacó »con el sólo objeto de ocultar el verdadero procedimiento empleado para acabar con su vida. Una razón para no presentar el cadáver ha sido la de que

»un examen de él hubiera patentizado que había »sido envenenado.

«El agente de la junta de Jacksonville Mr. Huau, »recibió una carta de Cuba que ofrece distinta ver»sión. Sus noticias son que el 7 de Diciembre, fué »Maceo atraído á una emboscada, á la que acudió »en la confianza de que iba á celebrar una conferen»cia con el marqués de Ahumada, y allí fué asesina»do á sangre fría. Todos los que formaban su cuar»tel general, excepto el médico Zertuche, fueron »muertos».

Mil versiones, todas sobre la base de acusar á los españoles de traición y asesinato, siguieron rápidamente á estas, inventadas cada una por los que coadyuvaba á los trabajos de la gran *fundición de noticias*. Poco importaba que difirieran unas de otras puesto que la prensa las admitía y sus autores cobraban su importe.

Como todos estos corresponsales eran cubanos ó cubanizados, convenía á sus propósitos hacer cuanto pudieran para mancillar el nombre de España y prolongar cuanto les fuera posible el estado de excitación creado por sus mentiras.

La junta de New-York, poniendo el oído hacia Jacksonville había oído que Maceo y su cuartel general cruzaron la trocha, y al encontrarse con el marqués de Ahumada fueron asesinados á machetazos. Otro despacho de la misma procedencia dijo que había sido villanamente asesinado en una cita con Ahumada en la que se trataba de la suspensión de las hostilidades, tomando como punto de partida la independencia de Cuba. De Atlanta comunicaban que no se había presentado el cuerpo porque las mutilaciones horribles que había sufrido hubieran indignado hasta á los mismos españoles.

Preciso sería un folleto de buen tamaño para reproducir todas las mentiras, invenciones ó descabellados relatos referentes á la muerte de Maceo.

Nuestra prensa conservadora se abstuvo discretamente de hacer por cuenta propia comentario ni acusación contra España; pero los periódicos cubanizados largaron sus opiniones como si todas estas desacordes y desatinadas noticias fueran el Evangelio. El *Journal* decía:

«¡Maceo ha muerto! Mas ¡ay! ¿cómo se le ha matado?..... Se sabe auténticamente que sólo la negra »traición lo ha podido lograr: atraído con engaño á »una conferencia, vendido por un traidor, murió »asesinado cuando confiadamente se creía bajo la »protección de la palabra de honor de un general »español. El fuego de asesinos emboscados segó su »vida y la del joven Gómez.»

Debe advertirse que todas estas fábulas carecían de firma que las autorizara y respondiera de su veracidad. Los únicos nombres que aparecían como garantes de esta abominable sarta de falsedades eran los de Mr. Huau y Justo Carrillo, un hermano del cabecilla del mismo apellido: ambos residían en Jacksonville. Estos dos propaladores se defendieron con el subterfugio de que habían recibido cartas de la Habana descubriendo el complot.

***

Del *Chicago Record* del 6 de Febrero de 1897:

«Tampa, Febrero 4.—El jefe de la junta de La Flo»rida es un tabaquero de Jacksonville, cuyo nombre »chino es Huau. Tiene una tiendecilla en una es-

»quina de la calle principal de la capital de La Flori»da, en la cual se vende muy poco y se conspira mu»cho, y de allí fluye sin cesar una corriente de noti»cias de sensación. Allí nació la novela del asesinato »de Maceo; pero es muy curioso que los periódicos »de Jacksonville no quisieron acogerla en sus colum»nas, pues conocen demasiado los procedimientos »del *novelista.*

»Pretendía Mr. Huau haber recibido una carta de »un amigo que estaba en las huestes de Maceo, dán»dole detalles; pero la carta llegó antes que el co»rreo. Suponiendo que el amigo en cuestión hubiera »escrito una hora después de la muerte del cabecilla, »y que las facilidades postales en el campo insurrec»to fuesen tan grandes como en Illinois del Norte, »se hubiera recibido la carta por el vapor que llegó »á Tampa el mismo día que Mr. Huau la daba á la »prensa, y hubiera llegado á Jacksonville la misma »mañana que se publicó en los periódicos de New»York y Chicago. Como los periódicos de Jackson»ville están enterados de los itinerarios de los co»rreos, declinaron el honor de publicar tan interesan»te noticia, pues conocieron que tenía que haber sido »facilitada por algún adivino una semana antes por »lo menos de que ocurrieran los sucesos que se des»cribían; y los periódicos de Jacksonville no quieren »distinguirse tanto. Reflejan el sentimiento público » simpatizan con la insurrección, pero no más.»



Un periódico de Washington nos hizo saber, que Quesada, el *Ministro Plenipotenciario de la República Cubana,* se había ingeniado para que circulase la especie de que Maceo, con 40 hombres, había sido

invitado á almorzar por Ahumada, siendo en el almuerzo envenenado con una codorniz asada. En varias conferencias con diversos corresponsales, este diplomático dió su aprobación oficial á las diferentes versiones que corrían sobre este asunto, pero sin decir cuál era la verdadera. «El asesinato de »Maceo, es la libertad de Cuba», dijo al corresponsal del *Herald*. «No me cabe duda de que Maceo fué »asesinado...»

Los miembros de la junta de New-York se expresaban en igual forma. Tal campaña había producido su efecto, pues todo el país estaba en el colmo de la indignación, y conspícuos legisladores, sacerdotes y otras personas constituídas en autoridad, sin esperar confirmación, prorrumpieron en discursos contra España, y reclamaron inmediato reconocimiento de la independencia cubana; en tanto que otros, todavía más entusiastas, pedían una inmediata declaración de guerra contra «la bárbara nación que de »modo tan evidente infringe todas las leyes que ri»gen la guerra entre pueblos civilizados.»

***

Nuestros legisladores jingos no se quedaban rezagados en este desecho aluvión de insultos á una nación amiga, basados en las meras palabras de ciudadanos sin crédito.

El Senador Chandler dijo: «Es esta una demostra»ción de los brutales y salvajes procedimientos que »usa España en Cuba; no hay nada semejante en la »historia del mundo; y el asesinato de Maceo y su

»cuartel general debe ser causa para que el Con»greso y el presidente Cleveland reconozcan inme»diatamente la independencia completa de los cu»banos.»

El Senador Mills se expresó como si la patraña fuera un hecho perfectamente probado, diciendo, entre otras cosas: «No me cabe duda de que la muer»te de Maceo se ha llevado á efecto violando una »tregua, lo cual constituye la más vil de las infrac»ciones de las leyes de la guerra. Espero que el Con»greso y el presidente adoptarán una actitud enér»gica.»

Mr. Cullom pedía claramente la intervención de los Estados Unidos, diciendo: «No hay palabras que »expresen la justa indignación que un gobierno ci»vilizado debe sentir ante los atroces actos de Es»paña, que han ocasionado la muerte del caudillo »cubano. No conozco ley internacional que nos auto»rice á intervenir, pero el universal sentimiento de »indignación que despierta la descarada y ociosa »crueldad española, empujan á todo pueblo civilizado »á impedir tales brutalidades.»

El senador Thurston dijo que gustoso votaría que el Gobierno protestara de la manera cómo España hacía la guerra.

Mr. Mac-Millan y Mr. Berry, propusieron la adopción de alguna determinación que demostrase al mundo que los Estados Unidos no permanecían impasibles, ni con su silencio aprobaban el proceder del Gobierno español en Cuba.

Cuando los alaridos de esta general gritería contra España llegaron á su apogeo fué cuando senadores y diputados, sin preocuparse de comprobar la cobarde calumnia, se apresuraron á inundar las Cámaras con sus proposicianes.

Wilkinson Call, de La Florida, propuso la siguiente resolución:

«Se resuelve.—Que si es cierto que la muerte del »general Antonio Maceo, renombrado oficial al ser»vicio de la República Cubana, se ha verificado vio»lando una tregua, bajo la salvaguardia de la pala»bra de Cap. Gen. español, constituye tal hecho una »violación de las leyes de la guerra civilizada, una »vil cobardía y un asesinato cobarde que produce la »execración de todos los gobiernos y pueblos del »mundo, sean civilizados ó salvajes: que el gobierno »que autoriza, tolera ó deja de castigar con todo el »peso de la ley á los asesinos complicados en cual»quier forma en este crimen, está proscripto del con»cierto de las naciones, del mundo civilizado y fuera »de la ley: que la Comisión de Relaciones Estranje»ras proceda á una investigación del hecho, dando »cuenta del resultado al Senado en un breve plazo.

»Se resuelve: Que se requiera del Presidente que »exija la libertad de todos los ciudadanos america»nos detenidos en el penal español de la *¡isla de »Ceuta!* en la costa de Africa.

»Se resuelve: Que el Senado reclame del Secreta»rio de Estado una lista de todos los ciudadanos »americanos presos en establecimientos españoles, »colonias penales, etc., con expresión de las causas »de la aprehensión, acusación, pruebas, etc.»

El diputado Milford W. Howar de Alabama presentó la siguiente Resolución:

«Se resuelve que los EE. UU. reconocerán como »libre é independiente al gobierno cubano, conce»diéndole en nuestros puestos y en el interior de »nuestro país todos los derechos de tal.»

En 15 de Diciembre, Mr. Woodman, de Illinois, presentó varias proposiciones de resoluciones encade-

nadas—joint resolución—para que el Presidente interviniera en la cuestión cubana. En el preámbulo, después de los obligados improperios á España, se decía que el Presidente no había sabido interpretar los deseos del pueblo americano; las proposiciones decían:

«Los senadores y representantes de los Estados »Unidos de América, reunidos en Congreso, resuel»ven; que el presidente se dirija al Gobierno de Es»paña por conducto oficial condenando severamente »los procedimientos de guerra empleados en Cuba, »y con especialidad los medios usados en el asesina»to del general Antonio Maceo.

»Se resuelve: que el presidente sea invitado á re»conocer la República Cubana como Estado inde»pendiente con todos los derechos de tal en los puer»tos y territorios de los EE. UU., gozando del trato »de nación más favorecida.

»Se resuelve: que el presidente es y sea invitado á »exigir de España, por conducto de los representan»tes acreditados, que su ejército evacue inmediata»mente el territorio y puertos de la isla de Cuba; y »que tome las disposiciones necesarias para obligar»la si necesario fuere».

Todas estas proposiciones pasaron á la comisión de Relaciones Exteriores.

Cuando el senador Mills fué preguntado por el corresponsal del *Journal*, se expresó muy violentamente, mostrándose partidario decidido de la guerra con España, diciendo. «Si el relato del asesinato de »Maceo fuera exacto, el ministro español debería re»cibir sus pasaportes de nuestro Gobierno sin dila»ción ninguna, y nosotros lanzarnos valientemente »á la guerra acudiendo en auxilio de un pueblo des»graciado. Nadie puede negar que los Estados Uni-

»dos somos los que mantenemos á Cuba en la escla»vitud de España; porque nosotros lo permitimos »prosigue ese villano Weyler su obra de devastación »y muerte; pero nada de esto ocurriría si sacásemos »la espada, como es nuestro deber hacerlo. Todo »eso debe acabar; pero hoy mismo, sin dejarlo para »mañana. Debemos intimar á España y apoyar nues»tra intimación con todo nuestro poder militar y »naval.»

Enmedio de este desatentado é inoportuno torrente de injurias dirigidas contra una nación amiga, á la que no se le daba ocasión de probar lo ultrajante de las acusaciones, era consolador ver que muchos de nuestros hombres de mérito y editores de importantes periódicos trataban de contrarrestar el movimiento iniciado por los demagogos. El *New-York-Tribune* del 16 de Diciembre de 1896 publicó un razonable artículo sobre el asunto, el cual merece reproducirse:

«SI FUERA CIERTO

»Acaso recuerden algunos que entre los procedi»mientos preparatorios de la guerra de Secesión ha»bía uno que se llamaba «inflamar los corazones del »Sud» con historias de agresiones y ultrajes dirigi»dos contra gentes de aquellos estados, que con los »esclavos de su propiedad viajaban por el Norte. En »esta época ardía el Congreso en discursos amena»zadores; se agotaba el vocabulario de las palabras »rabiosas para expresar los frenéticos sentimientos »que agitaban á aquellos violentos hombres de Es»tado que habían llegado á la demencia y no querían

oír hablar sino de secesión ó de independencia de la Confederación del Sud. *La inflamación de los corazones del Sud* dió resultado, y ya sabemos cuál: los que querían guerra la tuvieron, y bastante para quedar satisfechos por mucho tiempo. Ahora parece que algunos han descansado y quieren otra vez guerra; y como no han logrado fomentar perturbaciones interiores en las últimas elecciones enzarzando unos ciudadanos contra otros, están ahora ansiosos de meternos en una guerra extranjera, para lo cual proponen descabelladas resoluciones, y nos abruman con sus discursos que suenan como un toque de rebato que por muchos es tomado como patriotismo. Así inflaman ahora el corazón de la nación entera.

Pero se exceden, pues con tanto calor defienden la causa que apoyan, que la convierten en ridícula con su defensa poco meditada, con sus prisas temerarias, sus salvajes discursos, sus enormes exageraciones y su ciega credulidad.»

Tomar, por ejemplo, una resolución como la que propuso el senador Call para el caso de que la muerte de Maceo resultara cierta.—Aquí la copia de la proposición.

¡Basar toda esta declamación apasionada no más que en hechos no comprobados y en noticias contradictorias! ¡Hacer depender todo esto de un condicional, si fuera verdad!

Si fuera verdad! ¿Qué pensar del sentido común de quien con toda la violencia que palpita en la proposición, hace depender la resolución de un asunto internacional de un estado de cosas, que él mismo admite, que acaso no exista? ¿Por qué no esperar á que se pusiera en claro la verdad, en lugar de correr el riesgo de ponerse en ridículo apasionándose

»por lo que más tarde puede resultar desprovisto de »fundamento?

»Bien conocida es la simpatía que el pueblo ame»ricano siente por los que luchan por la independen»cia de Cuba: la hemos demostrado por todos los me»dios legítimos; y si la cuestión pudiera ser resuelta »con nuestros votos, á buen seguro que la votación »sería unánime; pero, dadas las circunstancias, no »cabe admitir que podamos prestar á los insurrectos »ninguna ayuda decisiva. No se puede olvidar tam»poco que nuestro gobierno está sujeto á las leyes »internacionales, y aun en las manifestaciones de »sus simpatías hacia los pueblos oprimidos, hay lí»mites que no puede rebasar. Tiene sobre sí las más »graves responsabilidades, y ha de mantenerse en »una actitud digna. Aquellas responsabilidades no »le permiten lanzarse temerariamente á la guerra, »ni tratar ligeramente serias cuestiones que pueden »perturbar la paz; aquella dignidad no puede ser »mantenida cuando el más alto cuerpo legislativo »malgasta su tiempo en frívolas resoluciones basa»das en afirmaciones que tienen que subordinarse á »un si fuera verdad.»

Es deplorable que nuestros lengüi-largos hombres de estado no consultasen con nuestro cónsul general en la Habana, antes de permitirse dar rienda suelta á sus apreciaciones.

El *New-York-World* publicó una manifestación oficial del general Weyler sobre el asunto de la muerte de Maceo; el *Herald* insertó asimismo una carta de Zertuche en la que éste relataba puntualmente lo ocurrido; pero la mayoría de la gente prefería aceptar las otras versiones, y las declaraciones firmadas por uno y otro se tomaron como viles supercherías para ocultar su participación en el crimen.

La carta de Weyler decía:

«Habana, Diciembre 14.

»Sr. Editor del *New York World:*

»Maceo murió á causa del triste estado en que se »hallaban las partidas insurrectas en la provincia »de la Habaña. Indudablemente, antes de los brus- »cos ataques del batallón de San Quintín iban per- »diendo terreno.

»Para reorganizar estas partidas se puso él mismo »á su cabeza, y por esto murió con parte de los que »le rodeaban.

»Del mismo modo han muerto muchos generales »en muchas guerras del muudo.

»Maceo no murió por haber caído en ninguna em- »boscada, lo cual se prueba por el hecho de que la »columna española que se batió con sus tropas tuvo »que sufrir el fuego de éstas, y que los insurrectos »tuvieron fuerza suficiente para recuperar los cadá- »veres de Maceo y del hijo de Máximo Gómez, y se »los llevaron del campo de batalla.

»Maceo estaba rodeado de la gente que embarcó »con él y pasó la trocha. Esto lo afirma su propio »médico el Dr. Zertuche.

»No es cierto que Maceo viniera á conferenciar »conmigo, y puedo probarlo de dos maneras: prime- »ra, porque estando yo en Pinar del Río mal podía »llamarlo á la provincia de la Habana; segunda, »porque conociendo la desesperada situación en que »Maceo se hallaba, en Pinar del Río, hasta el punto »de tener que llamar en su auxilio á los rebeldes que »estaban en otras zonas de la isla, no iba yo á ser »tan inocente en admitir que la conferencia se veri- »ficara al otro lado de la trocha, pues entonces yo »mismo le habría resuelto el problema de romper el

»círculo en que le había encerrado á él y á sus tro»pas en Pinar del Río.

»Maceo murió como mueren todos los que man»dan fuerzas que huyen á la vista del enemigo. De »esta clase era la desmoralizada gente que él lleva»ba á la provincia de la Habana con la esperanza de »hacerla batirse; y cualquiera otro jefe en semejan»tes circunstancias hubiera muerto seguramente. »Esto fué lo que ocurrió á Maceo.

»Firmado.—*Weyler*.»

La noticia de la muerte de Maceo fué telegrafiada con caracter oficial al ministro español Dupuy de Lome.

El anuncio oficial, procedente del ministerio de Estado de Madrid, se publicó en la siguiente forma:

«Madrid 15 Diciembre de 1896.—Al ministro de »España en Washington:

»La muerte de Maceo tuvo lugar en leal combate »en Punta Brava y fué ocasionada por las balas es»pañolas. Está esto probado hasta la evidencia por »la carta escrita por el hijo de Máximo Gómez en la »cual manifesfaba éste que se mataba para no aban»donar el cuerpo de su general. La letra de esta car»ta ha sido sometida á un reconocimiento, y todos »los detalles de la lucha y de las circunstancias en »que Maceo y Gómez fueron heridos se han compro»bado; por último, estos detalles se han publicado »en Europa, siendo transmitidos tanto por corres»ponsales españoles como por los extranjeros.— »*Tetuán*.»

La Legación española hizo cuanto pudo para descubrir al autor de la calumnia.

Despacio; pero sin que hubiera lugar á duda, iban

nuestros legisladores convenciéndose de que habían sido juguetes de ciudadanos poco escrupulosos y de origen cubano; y apenas si lograron escapar de hacer un ridículo papel ante el mundo entero. Sin embargo de esto, es notorio que en tanto que nuestra prensa se apresuró á publicar la calumnia con todos sus detalles, únicamente el *Herald* fué el que dijo la verdad transmitida por su corresponsal en el campo; y no obstante que muchísimos se convencieron en aquella época de la total falsedad de la historia inventada por los cubanos, es triste que hoy mismo los nueve décimos de la gente de nuestro país siga creyéndola: si se pregunta en la actualidad á cualquiera que pase por la calle cómo murió Maceo, responderá que, á traición, lo mataron los españoles.

Todos los detalles relativos á las causas que obligaron á Maceo á abandonar Pinar del Río no llegarán á conocerse hasta que la guerra se termine.

Yo me uní á Gómez seis semanas después del hecho, y á poco recibió éste el parte de Miró, jefe de Estado Mayor de Maceo.

Mis investigaciones me convencieron de que la muerte de éste fué como la relataron las autoridades españolas, Zertuche, *el traidor*, aparecía sin culpa alguna, y resultaba que en lugar de los españoles eran los cubanos los culpables de la más baja y despreciable de las calumnias.

Scovel, sobre el terreno de la lucha, llegó á las mismas consecuencias, y ya hemos referido antes de qué manera fué secuestrada la carta en que él daba cuenta al *World* del resultado de sus pesquisas.

Silverio Sánchez, jefe de las fuerzas que se incorporaron á Maceo en la mañana del día en que murió me dijo que la muerte de éste tuvo por causa haber sido mortalmente herido en leal combate.

Conversé con el criado negro de Maceo, y aunque resistiéndose un tanto á hablar en cumplimiento, según supuse, de órdenes superiores, logré al fin sacarle algo que corroboró los informes que Sánchez me había dado. Por cierto, que casi todo el mundo convenía en que Sánchez se había conducido bastante mal en Punta Brava.

Máximo Gómez me dijo también, que Maceo y el hijo de aquel habían sucumbido en leal combate; pero que nunca perdonaría á los españoles el haber mutilado á su hijo.

Pedro Díaz y Gordon, otros dos testigos presenciales, coincidían en sus informes con los que me habían dado todos los que quedan anteriormente citados.

He aquí los términos en que Gordon relataba el hecho:

«Acompañado de 12 oficiales de su cuartel general y cuatro criados, atravesó Maceo la trocha en la noche del 4 de Diciembre á primera hora. Los acompañantes eran: Miró, Díaz, Nodarse, Piedra, Peñalver, Justiz, Sanvanel, Zertuche, Francisco Gómez y Gordon. Con los cuatro sirvientes eran en total, 16.» Todos ellos eran conocidos del autor de este libro, y los que era lógico que Maceo eligiera por compañeros suyos. Miró, como jefe de estado mayor, no podía ser dejado atrás.

Como Ríus Rivera se había hecho cargo del mando en Pinar del Río, era natural que Pedro Díaz, superior á él en graduación no se quedase allí; Nodarse era el ayudante en quien Maceo tenía más confianza, hacía tiempo que le tenía prometido enviarle al Este; Gordon y Piedra eran apreciados como buenos combatientes; Piedra había sido herido siete veces al lado de Maceo y Nodarse seis; Jus-

tíz estaba encargado del archivo; Sanvanel era ahijado suyo; Peñalver su mejor guía. En cuanto á Gómez formó parte de la expedición por atención á su padre, y al fin, probó ser el más adicto de todos.

Gordon dice que la trocha se cruzó por la bahía de Mariel en un pequeño bote de fondo chato (yola), que sólo podía contener cuatro personas, por lo cual hubo de hacer igual número de viajes.

Cuenta Gordón que durante la lucha en Punta Brava, y mientras Maceo y su séquito personal la presenciaban, una nutrida descarga dirigida á ellos causó la catástrofe.

Cayó Maceo con el cuello atravesado, mortalmente herido; Nodarse, Piedra, Gordon y otros cuatro más fueron también heridos por la descarga, y Justiz muerto. Según acontece en casos tales se produjo una dispersión general. No puedo recordar los detalles de lo que inmediatamente ocurrió; pero Gordon afirma que el cuerpo de Maceo permaneció por algún tiempo en el mismo sitio en que cayó, y por la noche, al hacer un reconocimiento en busca del cádaver, se encontraron los cuerpos del caudillo y de Gómez mutilados teniendo el del primero la cabeza dividida en dos partes, que solo estaban unídas por una tira de pellejo junto á la nariz. Fueron enterrados en un lugar oculto y este secreto es solamente conocido de muy pocos.

Los detalles todos del suceso no serán nunca completamente conocidos, pues el afán de disculparse, del abandono de su jefe ha dado orígen á relatos contradictorios. Pedro Díaz pretende haber rescatado los cuerpos valientemente, y á esto debe su ascenso á mayor general; Gordon y otros cuentan la cosa de distinto modo, y piensan que tal ascenso no le fué concedido sino porque siendo el primero que llegó al

campamento de Gómez, narró lo sucedido de la manera que convenía á sus intereses.

En suma: Maceo cayó como caen los valientes, á la cabeza de sus tropas. Su cadaver quedó abandonado como los de Zayas, Mirabal y otros; y como Ríus Rivera fué abandonado por su gente en la hora del peligro. Sus razones para atravesar la trocha fueron, ó una orden del gobierno para que fuera á reemplazar á Gómez, ó una determinación personal para ver por sí mismo lo que éste hacía, y porque se le había abandonado á él á sus propias fuerzas en Pinar, sin hacer un esfuerzo para prestarle auxilio.

Sea lo que quiera, lo que de todos modos resulta claro, es que el pueblo americano, la prensa, las Cámaras, el clero y muchas personas importantes, han sido criminal y voluntariamente engañadas y sorprendidas por una cuadrilla de gentes sin principios ni moralidad que, so capa de su ciudadanía americana, han intentado precipitar á nuestro país en una guerra con España, para lograr un fin que son incapaces de alcanzar por sí empleando medios legítimos, y para llegar al cual no les ha inspirado reparo el rebajarse hasta emplear las más bajas falsedades, exageraciones y calumnias. Y puede apostarse que, en el caso de que su campaña de mentiras no les diera resultado, seguramente emigrarían entonces á otro país cualquiera, para volver más tarde al de su nacimiento á gozar de los beneficios de la libertad que los desinteresados americanos les hubieran conquistado y comprado.

Es casi seguro que si todos los cubanos que han emigrado á este país en estos dos años últimos, y que de tan patriotas y bravos alardean, se hubieran quedado en el suyo para batirse allí por su ideal, en la actualidad se hallarían bastante más cerca de

éste de lo que se encuentran, habiendo, por otra parte, evitado el estigma que hoy pesa sobre ellos como autores de la más indigna campaña de falsedades que nuestra nación se ha visto en el caso de tolerar.

***

Terminaré este capítulo con un breve resumen de las tres principales cuestiones con que se ha querido agitar al público de los Estados Unidos desde el principio de este año—1897—; y así nos convenceremos de que cuando *nuestros amigos* ven que un asunto no da juego, rápidamente encuentran otro, y que al fin todos han resultado sin fundamento suficiente para justificar una intervención de nuestro gobierno.

El caso de Ruiz está reciente y en la memoria de todos. Se nos quiso hacer creer que el cónsul general Lee había advertido á nuestro gobierno que si no se enviaba á la Habana un barco de guerra que le sirviera de apoyo moral presentaría su dimisión. Como consecuencia de la muerte de Ruiz se había conseguido que surgieran dificultades entre ambos gobiernos, y los laborantes estaban en su elemento. Las estrañas y opuestas versiones de este hecho están muy recientes para que se hayan olvidado.

De nuevo surgió la indignación en todo el país, volviendo á hablarse de guerra á todas horas. Una comisión pasó á la Habana para inquirir detalles respecto á la muerte de Ruiz, y la información que de esto resultara había de servir de base á la reclamación que se presentaría á España. Es notable que

después de pesquisas, detallado examen, etc., resultó una vez más que nuestro Congreso se había colocado en una situación insostenible; pues no obstante que existían fuertes sospechas contra España, faltaban pruebas en qué fundar acto ninguno: aunpue muchos tienen la certeza moral de que España es indirectamente responsable de la muerte de Ruiz, la investigación no encontró hechos que permitieran acusar á las autoridades.

Los que lean la prensa recordarán que Mr. Calhoun dijo á su regreso que era imposible llegar á conclusión ninguna positiva á causa de la imposibilidad de conocer la verdad enmedio de la multitud de inverosímiles historias que en la Habana circulaban.

***

En cuanto este asunto quedó descartado los corresponsales y laborantes iniciaron el de la miseria y el hambre. Este punto ha sido extensamente tratado en otro capítulo: allí se demostró como las Cámaras se habían dejado engañar, pues que sólo 10.000 duros de la suma votada se pudieron emplear en el objeto á que se destinaba aquella, y esto experimentando grandes dificultades para cazar hambrientos.

El New-York Eevrning Port, consagró varios artículos á este asunto. Uno de ellos decía:

«Estos infelices americanos de Cuba han sido casi »completamente olvidados desde que se ha averi»guado que no los había; pero los cónsules están

»haciendo cuanto pueden para distribuir el dinero »que aquí se votó á ciegas. Un periódico de Sagua »la Grande, *El Productor*, dice que el cónsul en »aquella población no encontrando americanos que »necesitasen socorro los está distribuyendo á chi- »nos y negros. En la provincia de Matanzas se hace »lo propio: Se citan los nombres de *pacíficos cubanos* »arrojados de sus casas por la *brutalidad de los es- »pañoles* que tan pronto como han oído hablar de »las cantidades que se destinaban para americanos »necesitados se han convertido en americanos nece- »sitados, etc...»

El 4 de Junio el mismo periódico decía:

«Los cubanos podrán estar pereciendo de inani- »ción, pero es lo cierto que no parecen percatarse de »ello. Un oficial del cuartel general de Máximo Gó- »mez, que acaba de llegar del campo después de dos »años de campaña, informó ayer á la subcomisión »del Senado que el hambre que tanto se preocupó »nuestro Congreso de remediar á la carrera era ima- »ginaria: negó que los insurrectos estuvieran esca- »sos de provisiones, afirmando que el pueblo de la »isla de Cuba no padecía por falta de alimentos. Esto »concuerda con otros testimonios dignos de mayor »crédito. Si el Congreso hubiera sabido esto no hu- »biera procedido precipitadamente en asuntos exte- »riores votando con temerario apresuramiento y sin »debate la primera cantidad que se le propuso. Tal »como las cosas son, resulta que se ha hecho la lo- »cura de haber socorrido á rudos pordioseros cinco »veces más de lo que necesitaban; siendo lo peor del »caso que no se ha hecho esto á petición de los mis- »mos necesitados que nunca pensaron en ser tan »descaradamente falaces, sino á consecuencia de las »apremiantes y solapadas instancias de una cuadri-

»lla de granujas callejeros que á sí mismos se lla-
»man *corresponsales de la guerra.*»

El Diario de la Marina, periódico de la Habana, públicó el 3 de Junio una carta de un corresponsal de Santa Clara, atacando brutalmente al cónsul de los Estados Unidos en Sagua la Grande, Mr. Walter B. Barker, acusándole, entre otras cosas, de suministrar socorros en especie á los señores Seigle y Jova y á sus familias, siendo uno y otro, según se afirmaba, propietarios de fincas azucareras que no tenían necesidad que se los socorriera.

El *Eoerning Port* del 3 de Junio dijo asimismo:

«Nosotros los americanos estamos altamente obli»gados á fijar la atención en lo burlesco y dispara»tado que es el camino emprendido por la prensa y »el Congreso en todo este largo proceso á que ha »dado lugar la insurrección de Cuba. Tenía este país »dos sendas que seguir en los asuntos de aquella »isla: la buena y la mala, y constantemente hemos »tomado la peor: hemos *bramado* hablando de beli»gerancia, cuando no eran beligerantes, y hemos »delírado acerca de la independencia cuando no ha»bía manera de encontrar al gobierno que se tenía »que reconocer; por último nuestra flamante deter»minación de votar 50.000 duros para aliviar la tris»te situación de los americanos que están en Cuba »muriéndose de hambre, ha venido á crear una ri»dícula situación al Presidente y al Congreso.

»¿Qué es lo que ahora resulta evidente? El cónsul »general Lee dió el primer pinchazo á esta enorme »burbuja de jabón, telegrafiando que con 10.000 du»ros había muy suficiente para el objeto, lo cual pa»reció paralizar instantáneamente á los caritativos »de Washington. ¿Dónde están aquellos barcos que »se iban á fletar? ¿Dónde las provisiones? Nada se

»ha vuelto á oir de todo esto, y nuestra explosión »humanitaria parece extremadamente tonta. Si con »10.000 duros había más que suficiente, ¿á qué la he»roicidad de votar 50.000?........................

....

....

»La falta de informes concienzudos que siempre »ha experimentado nuestro gobierno es verdadera»mente una desdicha. ***Pero de cónsules y comisiona»dos especiales que no saben una palabra de español, »que no tienen conocimiento de las leyes españolas, »que nunca salen de las poblaciones y que fácilmente »son embaucados por la turba que siempre anda al»rededor de nuestros consulados, no se puede espe»rar otra cosa.*** Pero pasar de cónsules incompeten»tes á corresponsales fanfarrones y embusteros, y »tomar como base de decisiones gubernamentales el »romanticismo y la fantasía, es convertir la trage»dia cubana en una espantosa farsa.»

***

Uno de los más flagrantes abusos del periodísmo moderno fué el cometido por el *New-York Journal,* el 12 de Febrero de 1897; pues el dibujante que pintó la viñeta que acompañaba á la noticia desfigurando la carta de un corresponsal, nos presentó una distinguida señorita cubana sufriendo un registro prácticado por empleados españoles, que llegaron á obligarla á desnudarse en su presencia. Se decía que tan ultrajante pesquisa se llevó á cabo á bordo del vapor americano *Olivette,* en la bahía de la Habana.

Varias señoritas habían recibido la órden de

abandonar la isla en determinado plazo, por acusárselas de simpatizar con los insurrectos y de mantener correspondencia con los que estaban en la manigua. Al llegar una de ellas á nuestro país confesó que había ido á un campamento rebelde para ver á su hermano, y que se ocupaba en llevar documentos. No cabe duda que era tan resuelta como hermosa, pues durante el viaje que ella confesaba haber hecho en el mes de Septiembre, me hallaba yo en la partida de su hermano, acampada en Vista Hermosa. Poco después de haber ella abandonado la casa donde tuvo lugar la entrevista, pasaron por allí las tropas españolas, y después de no haber dejado un rincón por registrar, la destruyeron pegándola fuego. En vista de las manifestaciones de dicha señorita que publicó el *New-York World*, y en la cual, hablaba de sus visitas á los insurrectos hay que convenir en que las autoridades españolas no estaban tan ansiosas de hacer la guerra á indefensas mujeres como algunos corresponsales nos han querido hacer creer, pues era este excelente motivo para perseguir á la citada señorita; y sin embargo, se la permitió largarse sin castigo y sin más precaución que la de asegurarse de que no era portadora de comunicaciones secretas.

El cuento de que había sido registrada y desnudada por hombres produjo naturalmente espantosa indignación; y, según costumbre, nuestros legisladores jingos de Washingtón no pudieron esperar hasta que el hecho fuera confirmado y comprobado, sino que, como en el asunto de la muerte de Maceo, en la cuestión del hambre, en el caso de Ruiz y en otros muchos, inmediatamente acudieron á sus antiguos procedimientos para perturbar las relaciones de nuestro país con España, precipitándose para con-

seguirlo antes de que la verdad se pusiera en claro. Al día siguiente, de la aparición en la prensa de esta filfa el diputado Amós Cummings propuso la siguiente resolución:

«Resuelve la Cámara de representantes de los Es»tados Unidos de América que su señoría el secre»tario de Estado sea invitado, siempre que no sea »esto incompatible con la conveniencia, á que pre»sente á la Cámara de representantes cualquier in»formación que él pueda allegar, relativa á un re»gistro indecente que tres señoritas que viajaban en »el vapor correo de los Estados Unidos, *Olivette*, »sufrieron estando aquél anclado en la Habana, y el »cual practicaron agentes de policía, según refiere »el corresponsal del *New-York-Journal* del 12 del »corriente.»

El periódico citado, en su número del 14 de Febrero, insertó una opinión del profesor Beale del colegio Harvard, respecto al derecho de España para practicar registros de personas sospechosas á bordo de barcos extranjeros en sus puertos. Héla aquí:

«Cambridge 13 de Febrero.—Director del *New-»York-Journal*.—En tanto que no haya reconocido »la existencia de un estado de guerra en Cuba, no »tiene derecho el Gobierno español para detener y »registrar nuestros barcos en alta mar, aunque se »sospeche que puedan conducir contrabando de »guerra, ni tendrá la facultad de sujetar á los ciuda»danos y barcos americanos en aguas jurisdicciona»les á trato que no fuera legal si fueran ciudadanos »ó barcos españoles.»

«Pero el Gobierno de España tiene en Cuba dere»cho de someter á los americanos á las mismas le»yes por [illegible] s se rigen, á menos que »cierto [illegible] :én' prohibidos en virtud

»de tratados especiales con los Estados Unidos. El »hecho de que un barco arbole en la bahía de la »Habana una bandera neutral, no lo libra de la su»jeción á las leyes españolas. Por muy imprudente ó »inhumano que pueda resultar el hecho de que las »autoridades busquen á las mujeres á bordo del »*Olivette* no puede negarse que han usado de un »perfecto derecho.—Joseph H. Beale Fr.»

Después de los discursos feroces, las acusaciones frenéticas á España, y el acostumbrado repertorio de artículos clamando por la guerra, llegó, como siempre, la sorpresa producida por el conocimiento de la verdad, cuando se demostró que aquello no era sino una fábula.

En esta ocasión la misma señorita á quien la noticia se refería, negó indignada la veracidad de ella, declarando que había sido registrada por una inspectora, que no estuvo grosera, sino que la trató en buenas formas; y cuando se hubo convencido que no era portadora de documentos que la comprometiera, se retiró dejándola que volviera á vestirse.

Pero con lo que esta descarada patraña recibió el golpe de gracia fué con la publicación de la carta auténtica que el corresponsal dirigió al *World*, dando cuenta del hecho, la cual fué torcidamente interpretada por el dibujante. Declara en ella el corresponsal, bajo su firma, que la viñeta que vió la luz era lisa y llanamente imaginaria, y que distaba mucho de pintar el hecho como en la carta lo describía él.

La carta, escrita al *New-York-World* el 17 de Febrero de 1897, estaba concebida en los siguientes términos:

«Explicaciones de Mr. Dawis.—Se aclara cómo »fué el registro del *Olivette*.—Una carta del corres-

»ponsal.—El periódico, y no Mr. Richard Harding »Davis, fué el que se equivocó.—Una viñeta pura»mente fantástica.—La mujer desnuda registrada »por hombres fué una invención de un periódico de »New-York.—Los Diputados fueron engañados.

»Philadelphia 16 de Febrero.

»Al director del *World*.

»Acabo de leer un artículo en el periódico el *World* »correspondiente á la tarde del lunes, que dice que »yo he falsificado los hechos al dar cuenta del re»gistro de una mujer, hecho por los españoles, á »bordo del vapor americano *Olivette*. Se me atribu»ye el dicho de que aquella mujer fué registrada por »hombres, cuando en realidad lo fué por otra mu»jer. Nunca he escrito que fueran hombres los que »practicaron el registro, pues mi carta decía bien »claro que los empleados españoles paseaban arriba »y abajo sobre cubierta en tanto el registro se veri»ficaba en una habitación que el capitán facilitó.»

»Mr. Federico Remingthon, que no estaba presen»te, dibujó una viñeta puramente imaginaria del »hecho, y él es responsable de la especie de que el »registro fué llevado á cabo por hombres. Si antes »de que el dibujo saliera á luz lo hubiera yo visto, »de ningún modo hubiera permitido que encabezara »mi artículo.

»Excepto en el detalle de que la señorita fuera re»gistrada dos veces, según ella manifiesta, en lugar »de tres, que fué lo que yo dije con arreglo á las no»ticias que un amigo de ella me proporcionó, no hay »una sola palabra en mi artículo inexacta ni exage»rada, y recuso enérgicamente toda responsabilidad »por lo que ha hecho pensar del hecho la viñeta de »mi amigo Remingthon.

»Mi único objeto al escribir aquella corresponden-

»cia era mostrar y probar al pueblo americano la »escasa protección que puede esperar en un barco »que enarbola la bandera americana, si se encuentra en la bahía de la Habana, donde desde hace seis »meses debíamos tener anclado un buque de guerra.
»Insisto en que aparte la insignificante discrepancia »arriba señalada, no hay en mi artículo un sólo de»talle que no sea absolutamente cierto.
»Suplico á usted que dé á estas manifestaciones »la misma publicidad que tuvo vuestro artículo so»bre la señorita á que me refiero en lo anterior.
»Queda vuestro etc., Richard Harding Davis.»

***

Llegamos al último caso que demuestra sobradamente hasta qué extremos puede llegar un periódico para aumentar su circulación. Este caso es el de una muchacha cubana, llamada Evangelina Cisneros, presa por estar acusada de complicidad en una revuelta ocurrida en la isla de Pinos.

El periódico en cuestión se erigía en defensor de ella y propuso que las principales señoras de nuestro país y de Inglaterra firmaran una solicitud á la Reina de España pidiendo el perdón de la *infortunada víctima de la crueldad de Weyler*.

Cuando ya iba pasando la impresión que este asunto produjo, llegó á New-York el cónsul general Mr. Lée el 8 de Septiembre. Después que este señor rehusó hablar de política con los corresponsales que con él conferenciaron, hizo manifestaciones sobre el asunto de que nos ocupamos, las cuales fueron

publicadas en los periódicos de New-York, en la siguiente forma.

«Hay un asunto del que puedo hablar con libertad, y lo haré con gusto, pues deseo rectificar la »falsa y estúpida impresión que han creado aquí algunos periódicos con motivo de la señorita Cisneros. Esta jóven tenía dos buenas habitaciones en »el convento de las Recogidas, y estaba bien vestida »y bien alimentada. Es falso cuanto se ha dicho suponiendo que se la hacía fregar los suelos y que se »la sometía á un trato indigno y cruel. Habría sido »perdonada hace ya mucho tiempo, si no fuera por »el tole-tole que nuestra prensa ha armado.

»No creo que ni por un momento haya pensado el »Gobierno español en enviarla á las colonias penales de Africa ni de cualquiera otra parte; y creo que »su nombre está en la lista de los que han de ser perdonados.

»Que se hallaba complicada en la insurrección de »la isla de Pinos es cosa que no me cabe duda, pues »ella misma, en una carta que me escribió, lo confesaba, manifestando que la hizo traición un cómplice llamado Arias.»

El Commercial Advertizer en un artículo del 9 de Septiembre, refiriéndose á las anteriores palabras y otros informes, referentes á este mismo asunto, decia:

....

....

»Por lo menos nueve décimas partes de lo que en »este país se ha publicado acerca de Miss Cisneros »parecen haber sido falsedades escandalosas. Ahora »se ve que el deseo de convertir este en asunto »de importancia internacional, ha sido únicamente »una audaz procedimiento de propaganda periodís-

»tica, que no se preocupaba de los verdaderos inte»reses de aquella señorita.»

En vista de informes tan autorizados de nuestro corresponsal en la Habana está claro que cuanto se ha dicho de la situación de esta señorita ha sido exagerado con deliberado intento.



Aquí termina, según dijimos en la introducción, la parte del libro que puede despertar interés en el público español en los actuales momentos. Lo restante de él se refiere á las idas y venidas del autor en el campo insurrecto, y está más dedicado á narraciones episódicas, aventuras del autor y conversaciones, que á la calumniosa campaña de difamación que de común acuerdo emprendieron yankées y cubanos entre nosotros.

Como mi objeto al traducir este libro ha sido que en España se pueda ver, desde la parte de adentro, semejante campaña, aquí termina esta traducción de lo que un yankée escribió para yankées, y que debiéramos desear los españoles fuera conocido del mundo entero.

FIN

ÍNDICE

Páginas




SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS